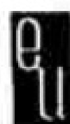
Luis E. Valcárcel / *Tempestad en los Andes*

LUIS E. VALCARCEL

TEMPESTAD EN LOS ANDES


Editorial Universo S. A.
LIMA—PERU

PRIMERA EDICION UNIVERSO 1972

Av. Nicolás Arriola 2285 - La Victoria
Teléfono 24 1339 - Casilla 241 - Lima

44 AÑOS DESPUES

Sale esta nueva edición de "TEMPESTAD EN LOS ANDES" cuarenta y cuatro años despúes de su aparición en Lima, bajo el padrinazgo espiritual de José Carlos Mariátegui, quien había publicado antes algunas de sus páginas desde el primer número de la Revista "Amauta". Casi medio siglo nos separa de aquel tiempo en que el Indigenismo alcanzaba su clímax en lo ideológico y en lo artístico. Habían amainado los ataques de los hispanistas, cuyos líderes comenzaban a reconocer que la Cultura Peruana no era un simple apéndice de la española. José de la Riva Agüero y Raúl Porras habían escrito hermosas páginas sobre la Cultura Incaica. Nadie volvió a afirmar que el Perú solo había recibido el territorio como legado de la Edad Antigua, ninguno se atrevió a repetir que la partida de nacimiento del Perú había sido firmado por Francisco Pizarro. La polémica parecía terminada al patrocinarse la transacción: El Perú tenía una doble e igualmente grandiosa tradición. Sin embargo, recrudeció a raíz de la guerra en España, en que el fascismo peruano se hizo presente y continuó en vigencia en los primeros años de la Gran Guerra. Los intelectuales y artistas libres atacamos acerbamente a la España de Franco que completaba el terceto con Hitler y Mussolini. Pasada la Guerra, comenzó la lucha de las ideologías hasta alcanzar contornos trágicos (asesinatos políticos, verdaderas masacres de obreros y estudiantes, prisiones, persecuciones.)

Aprovechando del poder en sus manos, las minorías nefastas multiplicaron los abusos, sobre todo los

grandes terratenientes o gamonales. Las ursupaciones de tierras, la opresión y miseria del campesinado, agravaron los conflictos. Los ligeros respiros democráticos muy poco pudieron hacer y a lo más de treinta años, resultó ineficaz todo esfuerzo defensivo de la población aborigen.

En 1963 se produjeron las primeras invasiones de haciendas en acción reivindicatoria, sobresaliendo los sucesos ocurridos en el Cuzco. Un voto de censura del congreso al primer ministro del nuevo gobierno por no reprimir tales movimientos, dio la tónica de la situación. La aparición de grupos guerrilleros ofrecía un aspecto nuevo. En esa generosa aventura perdieron la vida jóvenes estudiantes, muchos de ellos de notable calidad humana. Infructuoso sacrificio, que costó tan caro.

No se había producido la "TEMPESTAD EN LOS ANDES" que, yo vaticinaba. Si la tempestad no se produjo con rayos y truenos, en cambio en estos veinte años un incontenible aluvión humano cayó sobre Lima y otras ciudades. Más de un millón de personas "tomaron" la Capital, como un ejército invasor, sin armas. La "tempestad" ahora anda por dentro.

LUIS E. VALCARCEL.

PROLOGO

Después de habernos dado en sus obras "De la Vida Inkaica" y "Del Ayllu al Imperio" una interpretación esquemática de la historia del Tawantinsuyu, Luis E. Valcárcel nos ofrece en este libro una visión animada del presente autóctono. Este libro anuncia "el advenimiento de un mundo", la aparición del nuevo indio. No puede ser, por consiguiente, una crítica objetiva, un análisis neutral; tiene que ser una apasionada afirmación, una exaltada protesta.

Valcárcel percibe claramente el renacimiento indígena porque cree en él. Un movimiento histórico en gestación no puede ser entendido, en toda su trascendencia, sino por los que luchan por que se cumpla. (El movimiento socialista, por ejemplo, sólo es comprendido cabalmente por sus militantes. No ocurre lo mismo con los movimientos ya realizados. El fenómeno capitalista no ha sido entendido y explicado por nadie tan amplia y exactamente como por los socialistas).

La empresa de Valcárcel en esta obra, si la juzgamos como la juzgaría Unamuno, no es de profesor sino de profeta. No se propone meramente registrar los hechos que anuncian o señalan la formación de una nueva consciencia indígena, sino traducir su íntimo sentido histórico, ayudando a esa consciencia indígena a encontrarse y revelarse a sí misma. La interpretación, en este caso, tal vez como en ninguno, asume el valor de una creación.

"Tempestad en los Andes" no se presenta como una obra de doctrina ni de teoría. Valcárcel siente resucitar la raza Keswa. El tema de su obra es esta resurrección. Y no se prueba

que un pueblo vive, teorizando o razonando, sino mostrándolo viviente. Este es el procedimiento seguido por Valcárcel, a quien, más que el alcance o la vía del renacimiento indígena, le preocupa documentarnos su evidencia y su realidad.

La primera parte de "Tempestad en los Andes" tiene una entonación profética. Valcárcel pone en su prosa vehemente la emoción y la idea del resurgimiento inkaiko. No es el Inkario lo que revive; es el pueblo del Inka que, después de cuatro siglos de sopor, se pone otra vez en marcha hacia sus destinos. Comentando el primer libro de Válcarcel yo escribí que ni las conquistas de la civilización occidental ni las consecuencias vitales de la colonia y la república, son renunciables. (1). Valcárcel reconoce estos límites a su anhelo.

En la segunda parte del libro, un conjunto de cuadros llenos de color y movimiento nos presenta la vida rural indígena. La prosa de Valcárcel asume un acento tiernamente bucólico cuando evoca, en sencillas estampas, el encanto rústico del agro serrano. El panfletario vehemente reaparece en la descripción de los "poblachos mestizos", para trazar el sórdido cuadro del pueblo parasitario, anquilosado, canceroso, alcohólico y carcomido, donde han degenerado en un mestizaje negativo las cualidades del español y del indio.

En la tercera parte asistimos a los episodios característicos del drama del indio. El paisaje es el mismo, pero sus colores y sus voces son distintos. La sierra geórgica de la siembra, la cosecha y la kaswa se convierte en la sierra trágica del gamonal y de la mita. Pesa sobre los ayllus campesinos el despotismo brutal del latifundista, del kelkere y del gendarme.

En la cuarta parte, la sierra amanece grávida de esperanza. Ya no la habita una raza unánime en la resignación y el renunciamiento. Pasa por la aldea y el agro serranos una ráfaga insólita. Aparecen los "indios nuevos": aquí el maestro, el agitador; allá el labriego, el pastor, que no son ya los mismos que antes. A su advenimiento no ha sido extraño el misionero adventista, en la apreciación de cuya obra no acompaño sin pru-

dentes reservas a Valcárcel por una razón: el carácter de avanzadas del imperialismo anglo-sajón que, como lo advierte, Alfredo Palacios, pueden revestir estas misiones. El "nuevo indio" no es un ser mítico, abstracto, al cual preste existencia sólo la fe del profeta. Lo sentimos viviente, real, activo, en las estancias finales de esta "película serrana", que es como el propio autor define a su libro. Lo que distingue al "nuevo indio" no es la instrucción sino el espíritu. (El alfabeto no redime al indio). El "nuevo indio" espéra. Tiene una meta. He ahí su secreto y su fuerza. Todo lo demás existe en él por añadidura. Así lo he conocido yo también en más de un mensajero de la raza venido a Lima. Recuerdo el imprevisto e impresionante tipo de agitador que encontré hace cuatro años en el indio puneño Ezequiel Urviola. Este encuentro fue la más fuerte sorpresa que me reservó el Perú a mi regreso de Europa. Urviola representaba la primera chispa de un incendio por venir. Era el indio revolucionario, el indio socialista. Tuberculoso, jorobado, sucumbió al cabo de dos años de trabajo infatigable. Hoy no importa ya que Urviola no exista. Basta que haya existido. Como dice Valcárcel, hoy la sierra está preñada de espartacos.

El "nuevo indio" explica e ilustra el verdadero carácter del indigenismo que tiene en Valcárcel uno de sus más apasionados evangelistas. La fe en el resurgimiento indígena no proviene de un proceso de "occidentalización" material de la tierra keswa. No es la civilización, no es el alfabeto del blanco, lo que levanta el alma del indio. Es el mito, es la idea de la revolución socialista. La esperanza indígena es absolutamente revolucionaria. El mismo mito, la misma idea, son agentes decisivos del despertar de otros viejos pueblos, de otras viejas razas en colapso: hindúes, chinos, etc. La historia universal tiende hoy como nunca a regirse por el mismo cuadrante. ¿Por qué ha de ser el pueblo inkaico, que construyó el más desarrollado y armónico sistema comunista, el único insensible a la emoción mundial? La consanguinidad del movimiento indigenista con las corrientes revolucionarias mundiales es demasiado evidente para que precise documentarla. Yo he dicho ya que he llegado al entendimiento y a la valoración justa de lo indígena por la vía del

socialismo. El caso de Valcárcel demuestra lo exacto de mi experiencia personal. Hombre de diversa formación intelectual, influido por sus gustos tradicionalistas, orientado por distinto género de sugestiones y estudios, Valcárcel resuelve políticamente su indigenismo en socialismo. En este libro nos dice, entre otras cosas, que "el proletariado indígena espera su Lenin". No sería diferente el lenguaje de un marxista.

La reivindicación indígena carece de concreción histórica mientras se mantiene en un plano filosófico o cultural. Para adquirirla —esto es para adquirir realidad, corporeidad,— necesita convertirse en reivindicación económica y política. El socialismo nos ha enseñado a plantear el problema indígena en nuevos términos. Hemos dejado de considerarlo abstractamente como problema étnico o moral para reconocerlo concretamente como problema social, económico y político. Y entonces lo hemos sentido, por primera vez, esclarecido y demarcado.

Los que no han roto todavía el cerco de su educación liberal burguesa, y, colocándose en una posición abstractista y literaria, se entretienen en barajar los aspectos raciales del problema, olvidan que la política y, por tanto la economía, lo dominan fundamentalmente. Emplean un lenguaje pseudo-idealista para escamotear la realidad disimulándola bajo sus atributos y consecuencias. Oponen a la dialéctica revolucionaria un confuso galimatías crítico, conforme al cual la solución del problema indígena no puede partir de una reforma o hecho político porque a los efectos inmediatos de éste escaparía una compleja multitud de costumbres y vicios que sólo pueden transformarse a través de una evolución lenta y normal.

La historia, afortunadamente, resuelve todas las dudas y desvanece todos los equívocos. La conquista fue un hecho político. Interrumpió bruscamente el proceso autónomo de la nación keswa, pero no implicó una repentina sustitución de las leyes y costumbres de los nativos por las de los conquistadores. Sin embargo, ese hecho político abrió, en todos los órdenes de cosas, así espirituales como materiales, un nuevo período. El

cambio de régimen bastó para mudar desde sus cimientos la vida del pueblo keswa. La Independencia fue otro hecho político. Tampoco correspondió a una radical transformación de la estructura económica y social del Perú; pero inauguró, no obstante, otro período de nuestra historia, y si no mejoró prácticamente la condición del indígena, por no haber tocado casi la infraestructura económica colonial, cambió su situación jurídica, y franqueó el camino de su emancipación política y social. Si la República no siguió este camino, la responsabilidad de la omisión corresponde exclusivamente a la clase que usufructuó la obra de los libertadores tan rica potencialmente en valores y principios creadores.

El problema indígena no admite ya la mistificación a que perpetuamente lo han sometido una turba de abogados y literatos, consciente o inconscientemente mancomunados con los intereses de la casta latifundista. La miseria moral y material de la raza indígena aparece demasiado netamente como una simple consecuencia del régimen económico y social que sobre ella pesa desde hace siglos. Este régimen, sucesor de la feudalidad colonial, es el gamonalismo. Bajo su imperio, no se puede hablar seriamente de redención del indio.

El termino gamonalismo no designa sólo una categoría social y económica: la de los latifundistas o grandes propietarios agrarios. Designa todo un fenómeno. El gamonalismo no está representado sólo por los gamonales propiamente dichos. Comprende una larga jerarquía de funcionarios, intermediarios, agentes, parásitos, etc. El indio alfabeto se transforma en un explotador de su propia raza porque se pone al servicio del gamonalismo. El factor central del fenómeno es la hegemonía de la gran propiedad semifeudal en la política y el mecanismo del Estado. Por consiguiente, es sobre este factor sobre el que se debe actuar si se quiere atacar en su raíz un mal del cual algunos se empeñan en no contemplar sino las expresiones episódicas o subsidiarias.

Esa liquidación del gamonalismo, o de la feudalidad, podía haber sido realizada por la república dentro de los principios

liberales y capitalistas. Pero por las razones que llevo ya señaladas en otros estudios, estos principios no han dirigido efectiva y plenamente nuestro proceso histórico. Saboteados por la propia clase encargada de aplicarlos, durante más de un siglo han sido impotentes para redimir al indio de una servidumbre que constituía un hecho absolutamente solidario con el dé la feudalidad. No es el caso de esperar que hoy, que estos principios están en crisis en el mundo, adquieran repentinamente en el Perú una insólita vitalidad creadora.

El pensamiento revolucionario, y aún el reformista, no puede ser ya liberal sino socialista. El socialismo aparece en nuestra historia no por una razón de azar, de imitación o de moda, como espíritus superficiales suponen, sino como una fatalidad histórica. Y sucede que mientras, de un lado, los que profesamos el socialismo propugnamos lógica y coherentemente la reorganización del país sobre bases socialistas y, —constatando que el régimen económico y político que combatimos se ha convertido gradualmente en una fuerza de colonización del país por los capitalismos imperialistas extranjeros,— proclamamos que este es en un instante de nuestra historia en que no es posible ser efectivamente nacionalista y revolucionario sin ser socialista; de otro lado no existe en el Perú, como no ha existido nunca, una burguesía progresista, con sentido nacional, que se profese liberal y democrática y que inspire su política en los postulados de su doctrina. Con la excepción única de los elementos tradicionalmente conservadores, no hay ya en el Perú, quien con mayor o menor sinceridad no se atribuya cierta dosis de socialismo...

Mentes poco críticas y profundas pueden suponer que la liquidación de la feudalidad es empresa típica y específicamente liberal y burguesa y que pretender convertirla en función socialista es torcer románticamente las leyes de la historia. Este criterio simplista de teóricos de poco calado, se opone al socialismo sin más argumento que el de que el capitalismo no ha agotado su misión en el Perú. La sorpresa de sus sustentadores será extraordinaria cuando se enteren de que la función del socia-

lismo en el gobierno de la nación, según la hora y el compás histórico a que tenga que ajustarse, será en gran parte la de realizar el capitalismo, —vale decir las posibilidades históricamente vitales todavía del capitalismo,— en el sentido que convenga a los intereses del progreso social.

Valcárcel, que no parte de apriorismos doctrinarios, —como se puede decir, aunque inexacta y superficialmente de mí y los elementos que me son conocidamente más próximos de la nueva generación,— encuentra por esto la misma vía que nosotros a través de un trabajo natural y espontáneo de conocimiento y penetración del problema indígena. La obra que ha escrito no es una obra teórica y crítica. Tiene algo de evangelio y hasta algo de apocalipsis. Es la obra de un creyente. Aquí no están precisamente los principios de la revolución que restituirá a la raza indígena su sitio en la historia nacional; pero aquí están sus mitos. Y desde que el alto espíritu de Jorge Sorel, reaccionando contra el mediocre positivismo de que estaban contagiados los socialistas de su tiempo, descubrió el valor perenne del Mito en la formación de los grandes movimientos populares, sabemos bien que éste es un aspecto de la lucha que, dentro del más perfecto realismo, no debemos negligir ni subestimar.

"Tempestad en los Andes" llega a su hora. Su voz herirá todas las conciencias sensibles. Es la profesía apasionada que anuncia un Perú nuevo. Y nada importa que para unos sean los hechos los que crean la profecía y para otros sea la profecía que crea los hechos.

JOSE CARLOS MARIATEGUI.

Tempestad en los Andes

"No forman el verdadero Perú las agrupaciones de criollos y extranjeros que habitan la faja de tierra situada entre el Pacífico y los Andes; la nación está formada por las muchedumbres de indios diseminados en la banda oriental de la cordillera".

GONZALEZ PRADA.

COMO UN LADRON EN LA NOCHE

"Los grandes movimientos del alma de la especie vienen al principio COMO UN LADRON EN LA NOCHE, y he aquí que luego súbitamente se les descubre poderosos y mundiales".

WELLS.

Si, como un ladrón en la noche, ha llegado la nueva conciencia. ¿Quién la ha sentido llegar? No ladraron los perros centinelas. No hay ánades en el Capitolio. Pero la nueva conciencia aquí está en el silenciador, en las tinieblas predecesoras.

La sentimos latir en el viejo cuerpo de la Raza, como si de la cegada fuente volviera a manar el agua viva. El muerto corazón, la oculta entraña, reinicia su dinámica de péndulo. Lento, lento, casi imperceptible.

Venid ya, la nueva conciencia ha llegado. Corre la savia por el viejo tronco.

EL MILAGRO

Era una masa informe, ahistórica. No vivía, parecía eterna como las montañas, como el cielo. En su rostro de esfinge, las cuencas vacías lo decían todo: sus ojos ausentes no miraban ya el desfile de las cosas. Era un pueblo de piedra. Así estaba de inerte y mudo; había olvidado su historia. Fuera del tiempo, co-

mo el cielo, como las montañas, ya no era un ser variable, perecedero, humano. Carecía de conciencia.

El bien y el mal, el dolor o el plácido vivir, Dios el mundo, habían perdido, para él todo valor.

Era una Raza muerta. Le mataron los invasores hasta a sus dioses. La Españolada había caído sobre el jardín inkaico con la implacable y universal fuerza destructora de un crudo invierno.

Pasaron los siglos; para la Raza era ayer. Los agostados campos se desentumecen de su sueño de piedra. Hay un leve agitar de alas; quedamente se percibe un lentísimo arrastrarse de orugas; algo como sordo preludio de lejana sinfonía. La naturaleza vive el milagro primaveral.

La masa informe de los pueblos muertos se mueve también y todos los sepulcros tornaránse matrices de la Nueva Vida.

Hay un milagro primaveral de las razas.

¡DEJADNOS VIVIR!

De todas partes sale el grito uniforme.

Los hombres de la montaña y de la planicie de la hondonada y de la cumbre ululan el grito único.

Lo lanzan al cielo como una saeta vibrante y sonora.

No se escucha otro clamor, como si todos los hombres sólo fueran aptos para emitir esa sola vibración vocal.

¡Dejadnos vivir!

Es la raza fuerte, rejuvenecida al contacto con la tierra, que reclama su derecho a la acción. Yacía bajo el peso aplastante de la vieja cultura extraña.

Aprisionada en la férrea armadura del conquistador, la pujante energía del alma aborigen se consu-

me. Estalla la protesta, y el grito unánime resuena de cumbre en cumbre hasta convertirse en el vocerío cósmico de los Andes.

AVATAR

La cultura bajará otra vez de los Andes.

De las altas mesetas descendió la tribu primigenia a poblar planicies y valles. Desde el sagrado Himalaya, desde el Altar misterioso arranca el impulso vital de los pueblos fundadores. En el camino las razas se juntan y entrechocan, se mezclan y se separan. Cada una se afirma en su esencia, pese a homologías temporarias. El árbol étnico vive de sus raíces aunque sus ramas se enreden en la maraña del bosque, aunque su copa se vista de exóticas flores. La Raza perdura.

Eclipses, quebrantamientos, inferioridad y opresión todo lo resiste. Vive en alzas y bajas, en florecimientos y decadencias: el brillo o la sombra no le afectan en lo íntimo.

Puede ser hoy un imperio y mañana un hato de esclavos. No importa. La raza permanece idéntica a sí misma. No son exteriores atavíos, epidérmicas reformas, capaces de cambiar su ser.

El indio vestido a la europea, hablando inglés, pensando a la occidental, no pierde su espíritu.

No mueren las razas. Podrán morir las culturas, su exteriorización dentro del tiempo y del espacio. La raza keswa fue cultura titikaka y después ciclo inka. Perecieron sus formas. Ya nadie erige monolitos Tiawanaku ni fabrica aryballus Kocko.

Pero los keswas sobreviven todas las catástrofes. Después del primer imperio, cayeron los andinos en el felahísmo. Mas, de la humana nebulosa, casi antropopiteca, surgió el inkario, otro luminar que duró cinco si-

glos, y habría alumbrado cinco más sin la atilana invasión de Pizarro.

De ese rescoldo cultural todavía viven cuatro millones de hombres en el Perú y seis más entre el Ecuador, Bolivia y la Argentina. Diez millones de indios caídos en la penumbra de las culturas muertas.

De las tumbas saldrán los gérmenes de la Nueva Edad. Es el avatar de la Raza.

No ha de ser una Resurrección de El Inkario con todas sus exteriores pompas. No coronaremos al Señor de Señores en el templo del Sol. No vestiremos el unku ni cubriráse la trasquilada cabeza con el llautu, ni calzaránse los desnudos pies con la usuta. Dejaremos tranquila a la elegante llama servicial. No serán momificados nuestros cuerpos miserandos. No adoraremos siquiera al Sol, supremo benefactor. Habremos olvidado para siempre el kipus: no intentaremos reanimar instituciones desaparecidas definitivamente. Habrá que renunciar a muchas bellas cosas del tiempo ido, que añoramos como románticos poetas. Mas, cuánta belleza, cuánta verdad, cuánto bien emanan de la vieja cultura, del milenario espíritu andino: todo fue desvalorizado por la presunción de superioridad de los civilizadores europeizantes. La Raza, en el nuevo ciclo que se adivina, reaparecerá esplendente, nimbada por sus eternos valores, con paso firme hacia un futuro de glorias ciertas. Es el avatar, la incesante transformación, ley suprema que todo lo rige, desde el curso de los mundos estelares hasta el proceso de estas otras grandes estrellas que son las razas que pululan por el globo, erráticas dentro de un sistema: es el avatar que marca la reaparición de los pueblos andinos en el escenario de las culturas. Los Hombres de la Nueva Edad habrán enriquecido su acervo con las conquistas de la ciencia occidental y la sabiduría de los maestros de oriente. El instrumento y la herramienta, la máquina, el libro y el arma nos darán el dominio de la natu-

raleza: la filosofía-clave-metapsíquica hará penetrante nuestra mirada en el mundo del espíritu.

En lo alto de las cumbres andinas, brillará otra vez el sol magnífico de las extintas edades. Por sobre las montañas, en el espacio azul que sirve de fondo a los Andes —bambalinas de lo infinito— se producirá la armonía de Oriente a Occidente, cerrando la curva abierta milenios atrás. Se cumple el avatar: nuestra raza se apresta al mañana: puntitos de luz en la tiniebla cerebral anuncian el advenimiento de la Inteligencia en la actual agregación subhumana de los viejos keswas.

EL SOL DE SANGRE

"La sociedad alentaba en un espíritu occidental y el pueblo vivía con el alma en la tierra. Entre esós dos mundos no había inteligencia alguna, no había comunicación; no se perdonaban uno a otro".

SPENGLER.

¿Rusia? ¡¡El Perú!

He aquí nuestra historia nacional, el perenne conflicto entre los invasores y los invadidos, entre España y las Indias, la lucha de los Hombres Blancos y la Raza de Bronce; guerra sin tregua, todavía sin esperanzas de un pacto de paz. Cinco siglos de cotidiana batalla que consagra y ratifica en cada amanecer el dominio victorioso del conquistador, pero que no da la seguridad de nuevas auroras idénticas. Desconfía el que oprime y maltrata; si no muere la víctima, se vengará.

Desgraciadamente para el tirano, las razas no mueren.

Un día alumbrará el Sol de Sangre, el Yawar-Inti, y todas las aguas se teñirán de rojo: de púrpura tornarán las linfas del Titikaka; de púrpura, aún los arroyos cristalinos. Subirá la sangre hasta las altas y nevadas cúspides. Terrible Día de Sol de Sangre.

¿Dónde están las fuentes de esta inundación de rojas aguas?

¿Se ha vertido el ánfora secreta?

Es que sangra el corazón del pueblo. El Dolor de un Milenio de Esclavitud rompió sus diques. Púrpura de los espacios, púrpura del Sol, púrpura de la tierra: eres la Venganza.

Aún en la noche el Fuego alumbrará los mundos. Será el incendio purificador.

¡Oh! la esperada Apocalipsis, el Día del Yawar-Inti que no tardará en amanecer.

¿Quién no aguarda la presentida aurora?

El vencedor injusto que ahogará en su propia sangre al indio rebelde. ¿No oís por allí la prédica del exterminio, de la cacería inmisericorde? Ya las matanzas de Huanta, de Cabanillas, de Layo, de cien lugares más son ráfagas del Gran Día Sangriento.

El vencido alimenta en silencio su odio secular; calcula fríamente el interés compuesto de cinco siglos de crueles agravios. ¿Bastará el millón de víctimas blancas?

Desde su mirador de la montaña, desde su atalaya de los Andes, escruta el horizonte. ¿Serán estos celajes de fuego la señal del Yawar-Inti?

Obseca el odio.

Volved a la razón, hombres de los Dos Mundos. Tú, hombre "blanco", mestizo indefinible, contagiado de la soberbia europea, tu presunción de "civilizado" te pierde. No confíes en las bocas inánimes de tus cañones y de tus fusiles de acero. No te enorgullezcas de tu maquinaria que puede fallar.

Es incurable tu ceguera ¡Sigues viendo en el hombre de tez bronceada a un ser inferior de otra especie distinta a la tuya, hijo de Adán, nieto de Jehová! Tu ideología no cambia en lo cotidiano: reencarnas a Sepúlveda, el doctor salmantino que negó humanidad a los indios de América.

Altanero dominador de cinco siglos: los tiempos son otros. Es la ola de los pueblos de color que te va a arrollar si persistes en tu conducta suicida. Arrogante colonizador europeo, tu ciclo ha concluido. La tierra se poblará de Espartacos invencibles.

Y tú, hombre de los Andes, persiste en ti mismo, cúmplase tu sino. Obedece el mandato de la tierra, si vives con su alma; pero, no te consuma el odio. El amor es demiurgo.

Haciéndote grande y fuerte, el blanco te respetará. Triunfarás sin ensangrentar tus manos puras de hijo del campo.

Sueñen los malvados con el Sol de sangre; en tu alma regenerada sólo brillará el rayo del sol que besa la tierra en la santa cópula de todos los días...

Como en la cósmica armonía, los dos mundos girarán dentro de sus órbitas, recibiendo, por igual, el hálito creador del Rey de los astros.

UN PUEBLO DE CAMPESINOS.

El Perú como Rusia es un pueblo de campesinos. De los cinco millones de hombres que probablemente —carecemos de cifras exactas— viven en el territorio nacional, no llega a un millón el número de los habitantes de las ciudades y los villorrios.

Cuatro quintas partes de la total población del Perú la constituyen los labradores indígenas.

Bolivia, el Ecuador, Colombia, una mitad de la Argentina, integran la colectividad agraria de los Andes.

Los problemas de esta gran colectividad andina son comunes a otros países como Venezuela, como el Brasil, como México, como la América Central y las Antillas. Un fuerte porcentaje de pobladores de raza aborigen forma el elemento básico de las nacionalidades americanas.

Viven estas repúblicas en el desdoblamiento insalvable de los dos mundos disímiles: la minoría europeizada, la mayoría primitiva.

Somos los pueblos felahs, los campesinos eternos, ahistóricos de Spengler. En la capital y las pequeñas ciudades perdida en la inmensidad del país inhabitado, una simulación de cultura occidental justifica el barniz de pueblo "moderno" con que nos presentamos en el "concierto" de las naciones cultas.

Mirando las cosas del Perú desde este plano de realidad verdadera, resulta trágicamente grosero cuanto hacemos por "parecer" civilizados. Ridículo nuestro republicanismo democrático, ridículo nuestro progreso, ridículos, ridículos, hasta vencer todo límite, aquellos intelectuales y artistas que representan a nuestro pueblo como la simiesca agregación que Rudyard Kipling llamó el *"Bandar—Log"*.

Es un gesto elegante, de absoluta decencia, cerrar los ojos a todo lo que desagrada. ¿Qué puede importarle a un señoritín del Palais que haya en la sierra cuatro millones de indios "piojosos"?

Sucios, malolientes provincianos, al diablo.

Esos cuatro millones de hombres no son ciudadanos, están fuera del Estado, no pertenecen a la sociedad peruana.

Viven desparramados en el campo, en sus antiquísimos ayllus. De ahí los extrae violentamente la ley para que cumplan sus preceptos severamente, en el servicio militar obligatorio, en el servicio vial obligatorio, en el servicio escolar obligatorio, en todos los servicios obligatorios fijados por la legislación y la costumbre.

Para el campesino indio toda relación con el Estado y la sociedad se resuelve en obligaciones. El campesino indio carece de derechos.

Sin embargo, ante la Constitución y los Códigos es jurídicamente igual a sus opresores.

En distintas épocas se han fundado vastas asociaciones para protegerlo. Mucha filantropía se ha gastado siempre para el campesino de nuestras sierras. El campesino indio es un infeliz, un incapaz, un menor: precisa ampararlo, urge hacer legal la tutoría del blanco y del mestizo sobre él. Cómo se han emocionado los filántropos con el sufrimiento del indio. Si, había que extenderles la mano protectora.

Pro-indígena. Patronato, siempre el gesto del señor para el esclavo, siempre el aire protector en el semblante de quién domina cinco siglos. Nunca el gesto severo de justicia, nunca la palabra viril del hombre honrado, no vibraron jamás los truenos de bíblica indignación. Ni los pocos apóstoles que en tierras del Perú nacieron pronunciaron jamás la santa palabra regeneradora. En femeniles espasmos de compasión y piedad para el pobrecito indio oprimido transcurre la vida, y pasan las generaciones. ¡No haya un alma viril que grite al indio ásperamente el sésamo salvador! Concluya una vez por todas la literatura lacrimosa de los indigenistas.

El campesino de los Andes desprecia las dulces palabras de consuelo.

LA PALABRA HA SIDO PRONUNCIADA

El murmullo del viento percibido en la alta noche, en la medrosa soledad de la puna, acongojaba su alma: eran los malos espíritus trashumantes que dominaban en las tinieblas y asían, con sus garras invisibles, al más osado.

—Pasad, pasad, malos espíritus de la noche.

Bien cerradas las puertas de la casa del pastor, mugía el viento como una bestia libre, en la planicie ilímite y oscura. Mugía el viento, silbaba a ratos y su silbido agudo punzaba el corazón.

Sólo consejos cobardes dábale el viento nocturno.

Pero, llegaba el día y disipábanse los temores como las sombras al brillar el sol. En las faenas rurales, en la caminata por lomas y hoyadas, en el pastoreo, sentíase fuerte, valeroso, agresivo. Quién osaría contra él. Arrogante, trepaba las montañas, y desde las cúspides medía la tierra como un cóndor.

Tornaba la noche. Y otra vez el pavor, la cobardía.

Su alma infantil, de primate anacrónico, no se emancipaba del miedo ancestral. Poblada estaba para él la noche de poderosos enemigos.

El murmullo del viento era la ininteligible voz del monstruo nocturno.

Una vez, sintióse con valor sereno y se puso a escuchar el murmullo del viento. Estaba solo, completamente solo, en plenas tinieblas, se podía imaginar aun no llegado al mundo en el materno claustro, así debía ser de oscuro.

Articulábanse las voces dispersas del viento de la medianoche. Escuchando, en silencio, concentrada toda el alma en percibir distintamente el mensaje misterioso, intuyó el desconocido lenguaje. Si, era la invitación a la libertad en las sombras. Podía salir, saldría a la llanura inmensa en la noche. Ya no temía a nadie. Y salió, y se zambulló en las calofriantes tinieblas, y gritó y silbó como el viento, y corrió con él, raudo, por encima de la tierra, por sobre las más altas montañas, por las quiebras y las encrucijadas aras del suelo, vertiginoso como el huracán, acariciante como el céfiro.

La palabra había sido pronunciada, y nunca más sintióse medroso ante poderes invisibles.

Osado, mataría ahora el monstruo interior.

Disiparíanse entonces las sombras que envolvían su conciencia; haríase definitivamente fuerte, fuerte y valeroso en todas las horas.

¿Quién podría entonces explotar su ignorancia?

¿Quién abusaría más de su debilidad momentánea?

Murmullos del viento percibido en la alta noche, en la soledad de la puna, habíanle revelado la verdad redentora, era el sésamo salvador:

—"¡Sé hombre, y no temas!"

La Palabra ha sido pronunciada:

EL APOSTROFE

Estaban hartos de palabras dulces; estaban hartos de conmiseración. Preferían un garrotazo a una palmadita cariñosa a las espaldas. Todo eso era ofensivo para ellos. Apiadándose de su opresión, lo sabían perfectamente, no hacían sino despreciarlos.

En casa del abogado, en la oficina del periodista, en las antesalas del patronato, en todas las dependencias de la filantropía, oían la misma cosa;

—¡Estos pobres indios!

Aquella tarde—lo recordaban como si fuera ayer—fue la comisión a entrevistarse con un antiguo magistrado. Tenía el anciano fama de cascarrabias, un genio de todos los diablos.

Temerosos, temblando casi, los ocho traspusieron el zaguán de la casona. El viejo leía sentado al sol. Los indios, al verle, se descalzaron, y todos gimientes iban ya a prosternarse ante él. Irguióse el magistrado y, en violenta actitud, les apostrofó de esta manera:

—Indios cobardes, miserables esclavos, *¡sayariichis!* Así, derechos, la cabeza levantada, mirándome de frente, a los ojos. Indios cobardes, miserables esclavos."

Los ocho campesinos se quedaron estupefactos.

¿Alguien les había hablado nunca de esta manera? En lo crepuscular de su conciencia, sentían el fosforecer de un estado psíquico nuevo.

El anciano les escuchaba la eterna queja. Habían sido despojados de sus tierras y animales. Estaban en la calle y no había para ellos justicia.

—"¡No la habrá, que no la haya nunca, para vosotros sufridas bestias, viles alimañas que besan la mano que los castiga! Mientras no seáis hombres, mientras no hayáis recuperado la dignidad de seres humanos, sufrid en silencio. Merecido lo tenéis por cobardes".

La palabra del viejo era como plomo derretido: les quemaba las carnes; era también como un filtro maravilloso que se vertía allá en lo profundo de su ser, circulándoles por el alma, como la sangre por el cuerpo.

Y al salir de la casona, se sintieron tranquilos; una inefable quietud les invadía por entero, como si se sumergiesen en un líquido purificador.

Y pensaron en silencio. Sí, era verdad, ellos ya no eran hombres. ¿No reaccionarían nunca? ¿No intentarían la vuelta a la humana especie, ellos que tan cerca estaban de las bestias inofensivas? ¿Sería eterna su resignación?

Extremecíaseles algo en lo más hondo de su ser. Y sus ojos turbios no vertieron más lágrimas. Y sus labios sellados no plañían ya. Y sus manos prestas al perdón se crispaban en la sombra. Vagaban los indios mudos como esfinges en los contornos de las haciendas.

Y en la soledad de la tarde, cuando los cerros poníanse lentamente oscuros, el apóstrofe despertaba las conciencias.

No, no serían más indios cobardes, miserables esclavos.

Serían hombres; hombres libres con la vista alta, la cabeza erguida, las manos prontas al apretón amistoso de igual a igual.

Detrás de las Montañas

LOS AYLLUS

Desparramados por la cordillera, arriba y abajo de las montañas, en las estribaciones de los Andes, en el regazo de los pequeños valles, cerca a las cumbres venerables, cabe a los ríos, a la orilla de los lagos, sobre el césped siempre verde, debajo de los kiswares vernáculos, en las quiebras de las peñas, oteando el paisaje, allí están los ayllus.

Los ayllus respiran alegría. Los ayllus alientan belleza pura. Son trozos de naturaleza viva. La aldehuela india se forma espontáneamente, crece y se desarrolla como los árboles del campo, sin sujeción a plan; las casitas se agrupan como ovejas del rebaño; las callejas zigzaguean, no son tiradas a cordel, tan pronto trepan hacia el altozano como descienden al riacho. El humillo de los hogares, al amanecer, eleva sus columnitas al cielo; y en la noche brillan los carbones como ojos de jawar en el bosque.

Después del Intiwata, cuando el Padre Sol ha surgido detrás del Apu Ausankati, los trabajadores yogan con la tierra. Perfumes de fecundación impregnan la brisa matinal.

Sale de los apriscos el ganado y el olor a boñiga fresca agrega un matiz al paisaje campero. Silba el pastorcillo; ladre el perro custodio. En marcha. Por el desfiladero, la theoría mugiente y balante rumbo a los verdes ichales de la altura.

Abajo, la oscilación de las chakitajllas viriles, desflorando la virginidad cada año recuperada de los maizales.

Hilitos de agua como cintajos metálicos que se tejen y se destejen en la pampa grávida. Es el riego.

Lejanos se esuchan los cantos hombrunos, el estribillo es la nota aguda. *Júúúúúúúú....Jaichaaaaaaaa....*

Las mujeres hacen cola al pasar el portillo que conducen a los sembrados. Portan las comidas calentitas. Vedlas de uno en fondo por la senda que divide los maizales.

Ellas tambi.n cantan con voz cristalina, y contestan el estribillo de los maridos. *Guaaaaaa....Jaaaaaa... Jaaaaaa.*

El agudo es ya un silbido, y después la cascada de las risas. *Kju... Kju... Kju...*

Avanza la columna de tirapiés

En este wayllar se han detenido las mujeres y hacen rueda; desatan los líos portadores de las ollas del almuerzo. Humean apetitosamente. Olorcillo de hierbas silvestres. El paik'o, la ruda, el watakay. Doradas mazorcas de chojllos tiernos. Del ventrudo raki se escancia el akja de oro que apaga la sed y conserva la alegría. Entre bocados y sorbos, corre la conversación salpimentada de chistes que provocan hilaridad de hombres, mujeres, ancianos y niños.

Los perros frente a sus amos, fija la mirada de sus ojos lacayos en las bocas que se hartan. Termina el banquete. Otra vez el canto, otra vez el "rompe"; las mujeres a los hogares; el sol en el zenit. En la lejanía los Apus solemnes, los Aukis menores, imperturbables kamachikuj, presidiendo la tarea de todos los días paternalmente. Y luego las fiestas. La alegría del kalcheo, cuando todo el ayllu, desde el machu centenario hasta el warmacha apenas en pie, deshojan las rubias, las blancas, las rojas mazorcas, cuando la Marka y el Tak'e están henchidos de comestibles para todo el año, cuando los ventrudos rakis, los urpus mayores, están ahitos de dulce akja. Oh! felicidad. Kénas y pinkuillus, antharas, armonizan sus sones orquestales, y

todo el ayllu entra en la danza, en la Kashwa magnífica, y en todos los pechos rebosa el júbilo hecho canto, y hasta la viejísima Mama Simona taktea con igual entusiasmo que la *sip'as* más juguetona. Gracias al Sol, gracias a la tierra, gracias a las cumbres y a los cerros y al río. La T'inka solemne de la cosecha es el tedeum de los ayllus.

Vivir y morir bajo el gran cielo de los Andes. Vivir al amor de su paisaje la égloga sin fin. Vivir la eterna juventud de los pueblos campesinos. Morir, cerrar los ojos como para guardar siempre el bello panorama en la cámara interior de los recuerdos. Los ayllus son trozos de naturaleza viva.

LA MUJER QUE TRABAJA

Es poco probable que haya otra mujer sobre la tierra que posea las virtudes hogareñas y sociales de la mujer andina.

El símbolo de la actividad femenina: la hilandera ambulante. Hace una jornada—cinco y seis leguas—por los caminos y las sendas, por los villorrios y el despoblado, con el huso en movimiento. Porta a las espaldas, junto con el crío, los productos que va a vender en la ciudad, o los menesteres con que retorna a su choza. Prepara los alimentos, cuida de su hijos, de sus animalitos domésticos, el cuy solo a ratos visible, la gallina, el chancho, el perro. Teje la tela para el vestido de todos los suyos. Recorre el campo en pos de las yerbas aromáticas, de los yuyos comestibles, de las ramas secas para mantener el fuego. Escoge el estiércol de los corrales, la "chala", la chamarasca. En el kalcheo, deshoja el maíz. Auxilia al marido en las rudas faenas agrícolas.

En la noche, mientras duermen los niños y conversa desde su cama el esposo, ella no deja en inercia

sus manos laboriosas: el maíz tierno, la kinua, el trigo, salen de sus dedos, grano a grano, libres de cutícula, listos para preparar el potaje cotidiano.

Cuando el varón es perseguido, ella lo reemplaza en todas las tareas. No teme al trabajo; apenas se fatiga. Siempre dispuesta al esfuerzo, con la sonrisa en los labios, toda la bondad del alma se le asoma a los ojos tranquilos.

Solícita, cuidadosa, tierna, jamás pronuncia una palabra de disgusto. Resígnase a su suerte; y cuando el marido ebrio la golpea, comprende que pronto cambiará golpes por caricias. Animosa, valiente, nada le intimida; tras de sus llamas cargadas de la leña que ella ha recogido del monte o de papas que ha escarbado con sus manos, llega a la ciudad, realiza su negocio y vuelve a su ayllu, a cualquier hora del día o de la noche. La india que se urbaniza no pierde sus cualidades económicas. Ella, en el mercado, en la tienda, en el empleo, trabajará incansable, y pondrá todo el dinero a disposición de su "amancio", algún mestizo vago y vicioso. . .

UN MUNDO

Veinte días de la orilla del mar, en el último repliegue de los Andes, en la invisible hondonada que protegen como infranqueables muros las montañas; allí, donde casi es imposible llegar, vive Un Mundo.

Las aguas de la Historia no bañaron sus riberas. Desde los Inkas magníficos del Cuzco, desde la época de oro del Imperio del Sol, los habitantes de Un Mundo, no saben más que la leyenda un poco fantástica, un mucho confusa de los Hombres Blancos.

Les constan que los viejos emperadores se marcharon para no caer en manos de la invasión extranjera.

—Por el camino alto—dicen—huyeron los Inkas a refugiarse en el Antisuyu. Llevaban un kokawi de piedras.

Visten los unkus negros y adórnanse la cabeza con vistosos pillkus. Trabajan la tierra con la chakitajlla y apacentan sus rebaños de allpakas y llamas. Adoran al sol y a la luna, a los apus y a los aukis. Moran felices en la comunidad de la tierra y en la universalidad del trabajo.

—Viven aún los Inkas—aseguran— en la Tierra Misteriosa del Antisuyu; de allí van a volver, cuando el Sol se ponga rojo.

No llevan el estigma de los mestizajes.

Viven su pureza primitiva, ignorados e ignorantes de la pomposa civilización europea.

Admirable supervivencia no estudiada aún por etnógrafos o sociólogos.

Quiera el Sol mantener la virginidad de Un Mundo.

Que no llegue hasta él el aliento corruptor de los "civilizadores".

SECRETO DE PIEDRA

Cuando el indio comprendió que el blanco no era sino un insaciable explotador, se encerró en sí mismo.

Aislóse espiritualmente, y el recinto de su alma —en cinco siglos—estuvo libre del contacto corruptor de la nueva cultura. Mantúvose silencioso, hierático cual una esfinge.

Se hizo maestro en el arte de disimular, de fingir, de ocultar la verdadera intención. A esta actitud defensiva, a esta estrategia del dominado, a este mimetismo conservador de la vida, llamáronle la hipocresía india.

La raza, gracias a ella, protege su vitalidad, guarda intacto el tesoro de su espíritu, preserva su "YO".

Se oye de continuo censurar la reserva, el egoísmo del indio: a nadie revela sus secretos. La virtud medicinal de las yerbas, la curación de enfermedades desconocidas, el derrotero de minas y riquezas ocultas, los procedimientos misteriosos de la magia. El indio se cuida muy bien de la adquisición de sus dominadores. No hablará. No responderá cuando se le pregunte. Evadirá las investigaciones. Invencible en su reducto, para el blanco será infranqueable su secreto de piedra.

En cambio, él se informará bien pronto de todos nuestros secretos de "hombres modernos". Breve tiempo de aprendizaje bastará para que domine los más complejos mecanismos y maneje con serenidad y precisión que le son características las maquinarias que requieren completa técnica.

El indio es para las otras razas epigónico. Sólo da a conocer su exterior inexpresivo. Bajo la máscara de indiferente, ¿hallaremos algún día su verdadero rostro?

Su burlona sonrisa será lo primero que descubramos.

En lo insondable de esta conciencia andina, bulle el secreto de piedra.

POBLACHOS MESTIZOS

Hórrida quietud la de los pueblos mestizos. Por el plazón deambula con pies de plomo el sol del mediodía. Se va después, por detrás de las tapias, de los galpones, de la iglesia a medio caer, del caserón destartalado que está junto a ella; trepa el cerro, y lo traspone; voltea las espaldas definitivamente, y la espesa sombra sumerge al pueblo. Se fue el día, se acabó la noche; son clepsidras invisibles los habitáculos ruinosos; lentamente se desmoronan. Después de vein-

te años, el pueblo sigue a medio caer; no se da prisa el tiempo destructor.

Gusanos perdidos en las galerías subcutáneas de este cuerpo en descomposición que es el poblacho mestizo los hombres asoman a ratos a la superficie; el sol los ahuyenta, tornan a sus madrigueras. ¿Qué hacen los trogloditas? Nada hacen. Son los parásitos, son la carcoma de este pudridero.

El señor del poblacho mestizo es el leguyelo, el "kelkere". ¿Quién no caerá en sus sucias redes de arácnido de la ley? El indio toca a sus puertas. El gamonal lo sienta a su mesa. El juez le estrecha la mano. Le sonríen el subprefecto y el cura.

El leguleyo es temido y odiado en secreto. Todas las astucias, todos los ardides, para confundir al poderoso, para estrangular al débil, son armas del tinterillo. Explota por igual a blancos y aborígenes. Prevaricar es su función. Como el gentleman es el mejor producto de la cultura blanca, el leguleyo es lo mejor que ha creado nuestro mestizaje.

Hórrida quietud la de los pueblos mestizos, apenas interrumpida por los gritos inarticulados de los borrachos. La embriaguez alcohólica es la más alta institución de los pueblos mestizos. Desde el magistrado hasta el último poblador, desde el propietario al mísero jornalero, la ebriedad es el nivel común, el rasero para todos. Iguales ante el alcohol, antes que iguales ante la ley.

Todas las aspiraciones del mestizo se reducen a procurarse dinero para pagar su dipsomanía. El hombre de la ciudad que se va a vivir al poblacho es un condenado irremisible al alcoholismo.

Cuántas truncadas vocaciones por el confinamiento en el poblacho. Los "jóvenes de esperanzas" que estudiaron en la ciudad y hubieron de retornar a "su pueblo", se sepultan en el pantano. Cadáveres ambulantes alguna vez abandonan su habitación por breves

días; reaparecen en la capital. Se les reconoce en conjunto son los "poblanos". Tardos, como entumidos, pasan por las calles, de frente a los bebederos. Tambaleantes, con los ojos turbios, abotagados, enrojecidos, miran las cosas de la ciudad con estúpida expresión. Gastan el producto de la venta de ganado o cereales hasta el último céntimo. La decencia consiste en su pródigo consumo de cerveza y licores, con los amigos a quienes tutea desde la infancia. Este "mozo" de traje descuidado, anacrónico, de presencia lamentable, fue un condiscípulo en el Colegio Nacional. Ahora, es el temible leguleyo del poblacho, el agente para las elecciones, el enganchador para las empresas, el vecino principal, cuya industria más saneada es el vivir a expensas de los obsequios del indio, del soborno del propietario, de los gajes de la función concejil,—fondos de municipalidades, recursos del Estado.

La atmósfera de los poblachos mestizos es idéntica: alcohol, mala fe, parasitismo, ocio, brutalidad primitiva. La pesadez plúmbea de sus días todos iguales se interrumpe a veces con la ráfaga sangrienta de un crimen. Rencillas lugareñas, choques de minúsculos bandos, odio mezquino que explota en la primera bacanal, en la fiesta del Patrón del pueblo, en la lidia de gallos, en la disputa política. El garrotazo o la cuchillada.

Todos los poblachos mestizos presentan el mismo paisaje: miseria, ruina: las casas que no se derrumban de golpe, sino que como atascadas de lepra, se desconchan, se deshacen lentamente, son el símbolo más fiel de esta vida enferma, miserable, de las agrupaciones de híbrido mestizaje.

EL INKA RUBIO DE PAUKARTAMPU

Sesenta años atrás, bien se recuerda, un súbdito alemán, un rubio y fornido descendiente de los Nibe-

lungos, Carlos Lamp, llegó al Cuzco y, después, se avecindó en Paucartambo. Trascurrido algún tiempo, Karl adquirió, ante la sorpresa de todos, un inmenso ascendiente sobre la población indígena de los valles del Mapacho y el Piñipiñi. Vivía en comunidad con los indios, en consorcio íntimo, trabajando con ellos al aire libre, reposando en torno al hogar, mientras la conseja keswa fluía de los labios del narrador.

Carlos Lamp poseía la lengua y el alma del hombre andino, y su espíritu sajón habíase dejado absorber por la poderosa inkanidad del pueblo autóctono.

Bien pronto, la viril prestancia del germano, su masculina belleza, la inteligencia clara, el don proselitista convirtieron a Karl en el Kollana de las faenas camperas. Las mujeres de bronceada tez sintieron la caricia del Hombre Rubio con la delectación y la voluptuosidad que experimentaran las viejas abuelas al requerimiento del lascivo conquistador del siglo XVI. Lamp restableció la poligamia pública, oficial, del jefe. Los años siguientes poblábase Paucartambo de hermosos mestizos, predominantemente blancos. Centenares de indias fueron prolificadas por este ejemplar de "pur sang" ariogermana, y muchos millares de aborígenes le reconocieron por Inka.

Era Karl Lamp el Inka rubio de Paukartampu.

Tan grandes fueron el amor y la confianza del pueblo andino en su jefe sajón que le ofrendaron cuanto poseían: los ancianos, el milenario secreto; los hombres, su libertad; las mujeres, la flor virginal; los niños, sus caricias filiales. Carlos Lamp era el esperado vengador de la Raza, el semidiós que operaría el milagro de resucitar la Cultura Inkaica. Los indios creyeron en él con la ciega fe y el fanatismo de los desesperanzados. Asiéronse al Hombre Rubio como al áncora salvadora, y el Hombre Rubio lo comprendió, y con sagacidad europea prometióse trabajar *pro domo sua*.

Dícese que hasta la confidencia máxima: el derrotero del Tesoro de los Inkas, había conseguido de sus confiados y amorosos cofrades. Carlos Lamp extendió sus reales dominios a los pueblos del contorno, y los ayllus numerosos de Kispikanchi y Kallka; veinte mil indios obedecían a sus órdenes; con sus legiones serranas podía él conflagrar todo el Perú y Bolivia.

Sentíase ya el nuevo Emperador de los Andes.

Y soñó un pacto grandioso con su patria, la Prusia; aliado de su rey, dueño y señor del Perú, muchos años antes de la Guerra Grande, podía proclamar el *Deustchland über alles*. La supremacía germana en el Pacífico, quien sabe sería el prodromo de la supremacía mundial del Reich. Carlos Lamp miraba lejos, y se decidió a trasladarse a Europa en el más breve tiempo, con el expreso designio de negociar con Bismarck.

Mucho le rogaron los indios que no lo hiciera, que desistiese de un viaje largo nocivo para la vida del Neo-inkanato en germen. Pero Karl no escuchó razones y se marchó.

Quería conseguir la protección de Alemania para el éxito de su empresa política en el Perú. ¿Qué significado tendría su gobierno imperial en alejadas comarcas andinas? Urgióle gobernar pronto y eficazmente. Para armar a sus huestes indias érale menester cuantioso parque. Alemania le proporcionaría todos los elementos bélicos, que él había estudiado ya la manera de introducirlos sin que pudiera ser conocida tal peligrosa importación.

Pasaron los meses y los años, y nada se supo de Carlos Lamp. Dícese que estando en viaje de vuelta a América, pereció a bordo; dícese que, al desembarcar en el Perú, fue asesinado.

En las serranías de Paucartambo, la historia de Lamp se ha convertido en la mística leyenda del inka Rubio, hijo del Sol.

¿No habéis escuchado por ahí la conseja del mag-

nánimo P'AKO INKA, contada por las indias viejecitas, quienes al ponderar la belleza varonil de Karl, ligeramente se estremecen?...

EL CARNAVAL DE ORURO

En el Alto Perú es frecuente la sorpresa del blanco ante el inesperado bienestar del indio. Acostumbrados los dominadores a verle siempre andrajoso, paupérrimo, respirando miseria por todos los poros, no esperan nunca este espectáculo de abundancia, de riqueza, de ostentación que ofrece el capitalista indígena. Son los indios mineros de Potosí, de Oruro, quienes exhiben su fortuna cada vez que una fiesta proporciona la ocasión.

Ninguna tan propincua que el carnaval. En la fría ciudad minera, los indios lo celebran con toda pompa; corren en abundancia los más costosos licores; el banquete diario reúne al pueblo.

El último día, se verifica un desfile deslumbrador. Son doscientas, doscientas cincuenta, trescientas mulas regiamente enjaezadas, conducidas por palafreneros. Las acémilas portan sobre aparejos cargados de alamares y cintajos cuanto objeto de plata pertenece a las familias indias de Oruro. Jarros, jícaras, tazas, platos, fuentes, cubiertos, lavatorios, vasos de noche, espuelas, mangos, puños, armas, herramientas, toda la "plata labrada", amén de los cofres henchidos de monedas que acuñan las máquinas de Potosí y las barras de plata piña, y toda la argentina joyería de recamados, tembleques y filigrana...

Se ha calculado en más de millón y medio de pesos la riqueza metálica exhibida en el carnaval de Oruro.

Es la fortuna portátil de los ricos hombres de la indianidad alto peruana.

EL TESORO DE LOS INKAS

Alejo Kusirimachi Akostupa Inka descendía en línea recta de Cristóbal Paullu Inka, el buen amigo de Diego de Almagro; era un noble señor muy querido y reverenciado de los suyos. Don Alejo conservaba el secreto de la raza: la ubicación del tesoro de sus antepasados.

Cuando llegó a los cien años y ya sus fuerzas declinaban definitivamente, su hijo Melchor Kusirimachi fue por él guiado y conducido a las misteriosas galerías subterráneas donde la tierra guarda la estupenda riqueza metálica de los emperadores del Cuzco.

Fue en la noche del plenilunio que el secreto se trasmitió, entre las sombras alucinantes que proyectaban, a la luz de la antorcha, las estatuas de oro de los poderosos monarcas del Imperio del Sol.

Resonando solemne la voz del patriarca indio en las pétreas bóvedas, el revelado escuchó esta sentencia:—Estas infinitas riquezas que escaparon del pillaje español las utilizará nuestra raza el día que haya salido de los Andes el último blanco.

Cuando los dos hombres llegaron a un amplísimo recinto en cuyo fondo se alzaba la imagen del Sol—un disco de oro que brillaba como una ascua, todo engastado en fina pedrería—el anciano recibió el secular juramento que se renovaba de generación en generación. El juramento del secreto irrevelable.

Juró con su sangre que, ni aun a riesgo de su vida, saldría de sus labios la palabra clave.

La tradición vive en los ayllus. Ellos, los hijos de Manko K'apak, desheredados hoy, son mil veces más ricos que todos los blancos juntos. Llegará el día en que el tesoro hundido en el arca de piedra de las entrañas del Cuzco surja a la superficie. Entonces, no habrá sobre la tierra pueblo más feliz.

La Sierra Trágica

En el plácido escenario rural, la vémesis india proyectá su sombra de sangre.

EL PECADO DE LAS MADRES

Ismael y Fabián vivían juntos con su madre; eran hermanos y no lo parecían.

Ismael, wayna de quince años, pertenecía a su raza: el rostro bronceado, casi cetrino, afirmaba su origen. Fabián, apenas mayor en dos años, tenía la tez menos oscura, un amarillento mongólico, el cabello taino. Un mestizo.

No, no era uno mismo el padre de Ismael y Fabián, aunque ambos apellidasen Mamani. Sullka Ismael no quería a su hermano. Desde niños, esta falta de amor preocupó a la madre. Se peleaban siempre, y en sus juegos prefirió Ismael a los hijos de los pastores de la vecindad. Con ellos era expansivo. En su casa, a la hora de la comida, permanecía en silencio, baja la mirada, aislado en su rincón.

Cuando a solas la madre le disuadía de esta mala voluntad para su Kuraj Fabián, nada contestaba el indiecito, encerrado en un mutismo colérico.

Lloraba a menudo la madre, adivinando un drama quizás próximo. Crecerán y con ellos el odio, se decía la cuitada.

Y así fue.

Sus duelos de adolescentes fueron cada vez más reñidos; acabarían matándose. En el último encuentro, Ismael había clavado los dientes en el brazo del hermano. Brilló en su mirada, aquella tarde, frenético, mortal odio. Un odio que salía sabe Dios de qué misteriosas profundidades de su alma.

Habíase tornado más taciturno que nunca, aun a los mimos maternales respondía con un ademán mezcla de desamor y menosprecio. Fabián comprendió qué abismo abríase entre ambos. Se hizo consciente también su sentimiento de superioridad sobre Ismael Sentía que algo le impulsaba a mandar, a oprimir. El educaríase como los blancos, vestiría la indumentaria de éstos, arrojando todo lo que pudiese confundirle con el indio.

¿Y su padre?

Fabián cayó en angustiosa incertidumbre. Recordaba que taita Lucas era un yanacón de la hacienda; muy niño aún, él sí, no lo había olvidado, sufría continuamente los malos tratos de taita Lucas. ¡Fabiáncha!, cómo sonaba su voz áspera, y el pobrecillo temblaba, porque taita Lucas borracho era un malvado. ¿Alguna vez recibió de sus manos una caricia? Un día que Ismacu estuvo a punto de ahogarse en la acequia y el fue en su socorro y lo salvó, se acordaba perfectamente, taita Lucas le obsequió con un puñado de habas cocidas; fue quién sabe su único regalo. En cambio, cómo lo quería a Ismael, con qué amor y ternura lo acariciaba.

Taita Lucas había muerto en la sublevación, cuando él y su hermano apenas tenían seis y cuatro años. Desde entonces, sólo la madre trabajaba en la chajra, y ellos aprendieron a recoger la yerba inútil y a cuidar de las ovejas y la vaca.

Ismael se había interrogado muchos veces si su taita Lucas lo era también de Fabián. Y una noche se lo preguntó a la madre.

El rostro de la buena mujer se encendió, aceleróse el latido de su corazón y un nudo le agarrotaba la garganta.

—¿Por qué me lo preguntas, hijo mío?

Ismael habló lentamente, con una voz sorda, cabizbajo. Le intesaba estar seguro de si taita Lucas era

padre de Fabián. Porque como éste tenía pretensiones de caballero, se le había clavado la duda y quería arrancársela una vez por todas. El se sentía indio puro, corría la sangre india por sus venas y odiaba al blanco.

Sólo por este odio se explicaba su desafecto a Fabián.

La pobre madre, entre sollozos, hubo de responder a la exigencia, haciendo la triste historia de su caída. Sí, el padre de Fabián era un blanco, era el patrón que la asaltó y la violó mientras su taita Lucas trabajaba en las minas. Qué terribles días, cuando recién nacido Fabián, taita Lucas se dio cuenta de que "su hijo" era un fruto maldito. Cuantas veces había pensado arrojarlo al río, ahogarlo en la ceniza. Pero todo pasó, ella fue perdonada. El nacimiento de su Ismacu era el agua lustral; había borrado toda mancha de culpa. Por eso, le quería tanto.

—¡Mientes, madre!—gritó Ismael sordamente. Y siguió increpándola.

Ella sólo amaba al "otro", al hijo impuro, al engendrado por la violencia. Cuántas veces observó que todo el amor de ella era para Fabián. Como el padre le había robado la primicia de ese vientre, a taita Lucas, ahora, el hijo, le robaba a él, la ternura de la madre. Raza maldita de blancos.

Si taita Lucas perdonó, conservando la vida del intruso, aunque después se vengara del patrón, muriendo él en la demanda, su destino estaba trazado. Reharía el hogar doméstico, purificándolo de toda mácula. Si Fabián no era un indio, si se avergonzaba de vestir y hablar como ellos, ¿qué hacía allí? Debía marcharse,

Estaba resuelto a arrojarlo. La sombra de taita Lucas se lo exigía. Y ella, la madre, no podía oponerse.

Tarde de la noche, regresó Fabián del pueblo. Estaba un poco ebrio, y repetía las frases castellanas recién oídas.

Ismael le impuso altaneramente silencio. Fabián tomólo a burla.

Intervino la madre, angustiada, presintiendo algo fatídico.

Pero la tragedia había hecho su camino; la muerte y el crimen no retrocederían ya...

Muy de madrugada, en el cielo arrebolado todavía, trazaban su elíptica danza los cóndores. En su ritmo espiraloide iban descendiendo, descendiendo, descendiendo hasta el fondo de la sima.

Allí, arropado en las tinieblas, estaba el cadáver de Fabián.

EL EMBRUJADO

Se moría.

No hubo remedio alguno para su mal. Curanderos de la comarca y médicos de la ciudad se declararon vencidos. No llegaban a descifrar el misterio ni la ciencia de los unos ni la experiencia de los otros. "Laik' aska", diagnosticó, moviendo la cabeza, un viejo "kamili". Sí, no cabía duda, estaba embrujado y... sólo el indio Tomás podía desembrujarle.

Lo mandaron llamar.

—Taita Tomás sálvame— le imploró gimiente el moribundo.

El indio tozudo, sarcástico, le respondió en keswa:

—Patrón, ruegas ahora, suplicas al indio que arruinaste, arrebatándole sus llamitas, mandándole derribar su choza barbechar sus tierras. Te has olvidado de todo patrón, y te acuerdas de mí no para mi bien sino para el tuyo. ¡Guay!, patroncito, tu indio Tomás no es brujo, nada puede hacer.

Y con la sonrisa amarga pintada en los labios, volteó las espaldas.

Se irguió el enfermo, y en acceso de rabia, gritó fuera de sí, con voz ronca, trémula:

—Agárrenlo y dénle garrote.

Los servidores mestizos cumplieron la voluntad del amo, y desde un extremo de la solana se percibían los aullidos de dolor del indio Tomás.

En la tortura, el indio juró que sanaría al patrón.

Y comenzaron los misteriosos preparativos para el desembrujamiento. Pocos días después, el amo estaba entero, con la antigua lozanía devuelta milagrosamente.

Desde el amanecer repercutían en la pampa sus voces de mando. De nuevo el garrote y el vergajo ponían todo en orden.

Otra vez el pillaje organizado ensanchaba el latifundio absorbiendo los campos vecinos del ayllu; crecían de un día a otro los rebaños, a costa del despojo sistemático de la propiedad comunitaria.

Pero aquel mismo año, la peste diezmó al ganado, la "rancha" perdió los trigales y la sequedad malogró las sementeras. Maldijo a su Dios el patrón malo; fue más cruel y tirano. Estableció el suplicio del "cepo", y su pandilla de forajidos irrumpió por las comunidades más lejanas. Otra vez se llenaron los establos y los corrales. Nuevas parcelas se vinieron a la hacienda.

Mas, sus campos de cultivo no prosperaban, se podría el maíz y tumbábase el trigo por las lluvias excesivas, morían las reses desbarrancadas y entró la "karacha" en sus hatos de finas alpacas.

El patrón ya no maldecía. Hízose sombrío, taciturno. Le abandonaron sus pocos amigos. Vióse solo y triste, y aprendió a beber a puerta cerrada. Pasábase los días y las noches sin salir. Bebía, bebía sin tasa, sin descanso. No se le daba un ardite de sus bienes. El mayordomo disponía de ellos a su antojo

Años después. Ha reaparecido el indio Tomás que nadie supo dónde huyó.

En una pocilga del "rancho" de peones, ronca el amo ebrio de alcohol; viste harapos. El mismo no es ya sino un harapo humano.

El indio Tomás asomó el rostro por la portezuela de aquel inmundo zaquizamí; hubo en sus labios una sonrisa de satisfacción, y se alejó, esta vez para siempre.

LOS VAMPIROS

En Saman, en Ayapata, vivían felices los pastores. Planicies y lomadas cubríanse de fresco y verde casi todo el año. Humeaba en las cabañas sin interrupción el fuego del hogar, y en las fiestas los tranquilos ganaderos gozaban de la abundancia de los frutos recogidos sin gran trabajo en las quebradillas y encañadas. Tenían fama de ricos los pastores de Saman y Ayapata. Contábanse por millares las llamas y las alpacas, las reses mayores y menores. Podían vender mucha lana en la ciudad. Conocían el ahorro y atesoraban las sonantes monedas de plata. Indios ricos. . .Los mestizos del pueblo tramaron contra ellos un astuto plan. El tinterillo forjó una denuncia. Los indios de Saman y Ayapata robaban. El ganado que poseían no era suyo. El juez inició un sumario. Comparecieron testigos. Se había probado el delito, y el juez ordenó la captura de los felices pastores de Saman y Ayapata. El subprefecto y los gendarmes irrumpieron una noche en la tranquila estancia. Ladraron desaforadamente los perros. Despavoridos huyeron los zorros, rondadores nocturnos del rebaño. Todos los indios fueron apresados y conducidos a la cárcel del pueblo. Sin pérdida de tiempo, los representantes de la justicia y del gobierno incautáronse de todo el ganado de los indios "ladrones", allanaron las viviendas que después aparecieron incendiadas,

y del próspero ayllu de Saman y Ayapata no quedó piedra sobre piedra. Los felices pastores entre rejas y pululando en la miseria sus hijos y mujeres. Una noche los indios pastores se fugaron de la cárcel. Nadie supo por muchos días dónde vivían ocultos. Se perdió la memoria del suceso.

Llegaron de pronto alarmantes noticias, en una madrugada de mayo. El pueblo había amanecido bajo la nieve y el altiplano estaba cubierto de un blanquísimo manto. Dormían aún los vecinos. Estaba cerrada la casa de gobierno. Cuatro hombres, arrebujados en sus ponchos de llama, desmontaban de sus caballos jadeantes. Urgía despertar al subprefecto, pues muy graves sucesos habían ocurrido en la noche.

En la hacienda del juez, apenas dos leguas de la capital de la provincia, se habían presentado veinte hombres con los rostros pintados de negro, y sin dar tiempo para defenderse atacaron a garrotazos al juez y su familia que yacían en su alcoba. Víctimas de la terrible saña de los criminales, habían perecido todos. ¡Qué cuadro espeluznante! Aquellos cuerpos quedaron como una masa informe.

Y pasaron los meses. Periódicamente venían informaciones alarmantes. En las haciendas de la provincia se estaba alerta, con el estremecimiento terrorífico que causaba la sola noticia de la ya fámosa banda de forajidos que asolaba el departamento vecino. Sus procedimientos eran siempre iguales: robo, violación, asesinato, incendio.

La temida irrupción se produjo. A la media noche, bajo una tempestad de enero, con lluvia a torrentes, cayeron sobre el pueblo los bandidos. Eran cincuenta, sesenta, todos armados de rifles y cuchillos grandes como alfanges. Asaltaron la subprefectura y las casas de los vecinos principales: saqueo, violación, asesinato, incendio.

El pueblo, al día siguiente, presentaba desolador aspecto. Era el paso de Atila.

Como Saman y Ayapata, no quedaba de él piedra sobre piedra.

En la fantasía popular, nació el mito de "Los Vampiros", la cruel e insaciable banda de los pastores de Saman y Ayapata.

FRATRICIDIO

Llegaron en la noche al pueblo las noticias de la sublevación.

Ya desde días antes, temerosa la autoridad del estallido indígena que provocarían las torturas que se inflingieron en la hacienda del cacique a los cabecillas, había logrado reforzar la guarnición provincial con soldados del ejército. Eran sesenta hombres de infantería suficientes para acabar con los indios rebeldes.

Todavía en plena oscuridad salió la expedición a dominar a los sublevados. Había que caer en la madrugada sobre el poblacho, sin darles tiempo para huir. Terminantes eran las órdenes. Se tenía que hacer un "escarmiento", porque ya la insolencia de los indios no era tolerable. Pretendían nada menos que recuperar las tierras detentadas por el señor Diputado.

A la luz indecisa del alba, comenzaron a descender. En el fondo del vallecito se acurrucaba la aldehuela de Inkilpampa, con sus casuchas aglomeradas, sin formar calles.

Un agudo silbido atravesó el espacio como una saeta. Era la señal de peligro. De la semidormida aldehuela, como de un hormiguero, emergían decenas de indios que se fugaban por los cerros vecinos.

El jefe de la expedición ordenó fuego, y se inició la cacería. Parapetados los tiradores en las peñolerías,

disparaban sus fusiles certeramente. Después de una hora, se hizo alto.

Al traqueteo de los rifles repetido indefinidas veces por el eco, sucedió el silencio.

Los soldados bajaron al ayllu con sus armas a la cazadora, humeantes aún. Iban a cobrar las piezas.

Habían caído exánimes ocho, mortalmente heridos seis. El llanto de las mujeres y de los niños se mezclaba a los gorjeos de las avecillas madrugadoras. Trozos del Wayllar próximo al riachuelo estaban regados de sangre.

Este de poncho rojo a rayas negras se mueve aún. El cabo Pedro Kispe se le aproxima. El rostro bañado en sangre —la herida es en la cabeza— y los ojos nublados ya por la muerte fijan su postrer mirada en el soldado. Algo ha visto el moribundo y se estremece. El cabo, compasivo, le limpia el rostro ensangrentado con el poncho.

Breves segundos más, y la exclamación simultánea:

—¡Wayk'echay! (Hermanito mío).

La sangre se ha revelado; pero la muerte pone fin al diálogo que comenzaba.

¡Fratricida!

EL CRIMEN DEL DESERTOR

Santuza Waman era la mujer más bella del "rancho".

Los mozos se la disputaban, y en las fiestas Santuza atraía sobre sí todas las miradas y los mimos de jóvenes y viejos.

En el último carnaval, Santuza se había comprometido con Silvestre Tito, el "kollana" de Ch'ok'epampa. Fue aceptado el galán por los futuros suegros, y

la nueva pareja de indios inició la convivencia. Se casarían después de la pascua, el año próximo.

En una chosita oculta en el cerro, sombreada de viejos molles, vivían felices los novios. Desde la puerta se contemplaba los maizales, y Santuza, mientras preparaba la comida, podía distinguir perfectamente a su fuerte y viril "kollana" encabezando las faenas rurales. Deslizábase alegre el tiempo: el patrón de la hacienda hacía varios meses que se hallaba ausente, y el administrador era un buen hombre.

Una tarde se recibió la noticia traída por el "ordinario". Antes de ocho días, el patrón volvería. Fue general el disgusto; pues no se había olvidado su despotismo, su innecesaria crueldad con los peones y colonos. Nadie se sentía seguro de no atraer sobre sí la cólera del amo tiránico.

Aquella mañana del domingo toda la "gente del rancho" compareció ante el señor. Hombres, mujeres y niños, desde el amanecer comenzaron a llegar al patio de la hacienda.

El mayordomo pasó lista, y el patrón fue revistando a "su gente". Podía notarse que fijaba mayor atención en las mujeres.

Cuando Santuza fue examinada, el amo no pudo contener su sorpresa. ¿Dónde había estado antes esta cholita linda que él no la había visto?

A solas ya con el mayordomo, pudo averiguar y saber que Santuza era hija del pastor Lucas Kusi y que no hacía un año que estaba en el "rancho", pues pasó toda su infancia en la vaquería de Pantipata. Supo también que Silvestre el Kollana la acababa de tomar por mujer.

Al siguiente día, el patrón ordenó que el Kollana cumpliese una comisión urgente a la ciudad. En la carta que enviaba con el propio comisionado, dábase instrucciones precisas a fin de alejar de la hacienda a quien poseía una mujer que interesaba al señor.

Silvestre fue enrolado en el ejército como remiso al cumplimiento de la ley militar. Y el patrón quedó libre, sin odiosa restricción a su derecho de dueño indisputable de las hijas de sus esclavos.

Trascurrieron tristes los días de cuartel para el Kollana; su pasión por Santuza crecía en la soledad de su encierro. Pocos días después le llegaban las primeras noticias. El patrón, como lo tenía por seguro, no había respetado el hogar del marido ausente, y su pobre Santuza era ya una víctima nueva del insaciable robador de la honra y la inocencia de las infelices mujeres de la gleba indígena.

Pero, él no sería un "consentido". No se conformaría como los otros.

¿No era un jefe? El agravio adquiría en su persona una gravedad excepcional. ¿Este patrón malvado no hallaría en él un vengador de todos los crímenes, de todas las ofensas que recibía su raza? Largas horas de la noche, en el insomnio de los celos y la impotencia, Silvestre elaboraba su plan de venganza. Le obsesionaba el sangriento propósito y podía leerse en su rostro taciturno el odio que le roía el corazón.

Era un domingo de abril, salía por primera vez de su encierro militar Silvestre el Kollana. Observaron sus compañeros que Silvestre había perdido desde la víspera su hosquedad; estaba también alegre como los otros. Participaba de sus proyectos de holgorio. Sí, irían a divertirse con mujeres. Beberían en abundancia. Sumaban buenos soles sus propinas.

Transcurrió el día rápidamente. Antes del toque de silencio, estarían en el cuartel, se les había advertido. Desde las seis de la tarde, el grupo de reclutas perdió la pista de su compañero el Kollana, y cuando penetraron a las cuadras, no estaba tampoco allí. El castigo era inevitable para el "faltón". Seguramente se emborrachó y a esas horas, roncaba la "mona" en alguna chichería.

Las patrullas no encontraron en la ronda al retrasado. Al siguiente día, nada se supo de Silvestre.

Se desertó.

A la hora del descanso, el cabo instructor desdobló el diario de la tarde, y se puso a leer. Lo rodearon aquellos reclutas que sabían ya lo que es un periódico y hasta deletreaban algunos trozos.

Había una noticia.

"El soldado Silvestre Tito, del regimiento número 1 asesinó al propietario de la hacienda X"...

LA DANZA HEROICA

Se había sublevado la indiada.

Su rebelión se reducía a negarse a trabajar para el terrateniente. Llegaron abultadísimas las noticias al Cuzco y el prefecto, alarmado mandó cincuenta gendarmes a dominar la sublevación.

Los indios se hallaban reunidos un domingo, en la plazoleta del pueblo. Comían y bebían en común, recordando los pasados tiempos de sus banquetes al aire libre, presididos por el Inka o por el Kuraka.

¡Estaban reunidos! ¡Conspiraban! Y sin más, el jefe de la soldadesca ordenó fuego.

Los indios no huyeron. Tampoco se defendían, puesto que estaban inermes. Llovían las balas, y comenzaron a caer pesadamente las primeras víctimas.

Entonces, algo inesperado se produjo. La banda de músicos indios inició una k'aswa, y hombres y mujeres, agarrados de la mano comenzaron a danzar frenéticamente por sobre los heridos, por encima de los cadáveres y bajo las descargas de la fusilería.

Danzó alocada la muchedumbre y el clamoreo ascendía cada vez más alto como la admonición de la tierra a todos los poderes cósmicos.

LA INCINERACION SACRÍLEGA

Llegó la noche. Un soplo frío y persistente bajaba de las cúspides. Hacía un silencio de puna.

Densas tinieblas sumergieron la planicie hasta el fondo de sus negros pantanos. Ni un ánima. El poblacho dormía.

Al filo de la madrugada, un rojo resplandor iluminó en la sombra. Ondularon grotescas las chozas próximas a la capillita. Las torcidas torres se retorcían aún más sobre un fondo de humo y llamas. Era una fogata en la plaza.

Rompió el silencio el son de un tamboril. De los oscuros rincones fueron emergiendo, de uno en uno, los indios kollas, cuyas sombras se movían alargadas fantásticamente. Se había reunido una multitud, a la medianoche. El indio sacristán se separó de ella para abrir la iglesia, y una vez logrado su intento, precipitáronse, como tragados por ancha boca, en la obscuridad sagrada, los alcaldes y los segundas, el mayordomo y los portadores de las andas del santo patrono.

Repicaban las campanas, pero su alegre voz metálica vibró extrañamente en la alta noche. Medrosos los niños, somnolientos aún, alzaron la cabeza para ver al campanero, mas, extrañáronse al no reconocerle. No, no era Taita Bernaco quien las agitaba tan desacostumbradamente, así, a deshora.

A la luz de la hoguera, se diluyó la tiniebla del templo.

Del áureo altar resplandeciente descolgaron al santo patrono que fue puesto sobre sus ricas andas de plata. Era el caballero Santiago, celestial jinete en su blanco rocín.

Salió a la plaza como en los días solemnes del Corpus, como para la fiesta tutelar del pueblo. La ronca bocina esparció su admonición. En lo alto las cam-

panas enviaron al campo un irónico saludo nocherniego. La multitud se movió gelatinosamente, como una masa maleable.

La procesión recorrió el contorno de la plaza, más encendida aún por esta fogata de San Juan en pleno diciembre.

Todos se han detenido en el atrio del pequeño templo. Es la hora. Rompe el vocerío, como una tempestad. ¡Supay! ¡Supay! gritan hombres y mujeres, acercándose con los puños crispados a las andas de Santiago. El caballero parece sonreír despectivamente.

Santiago es el conquistador, el rico encomendero, el amo de la gleba indígena, el latifundista. Los indios kollas le rodean, le cercan ya, amenazadores, le injurian en aymará con los epítetos más ofensivos. Le descabalgan, le despojan de sus vestiduras, del sombrero de pico, de la capa de púrpura, de los gregüescos, le desarman de la resplandeciente tizona. Santiago, desnudo, presenta una lamentable figura: el escultor solo se cuidó del bello rostro español.

Cuatro fornidos "carguires" —de esos que portaban las andas el 25 de julio— le toman en brazos, le mecen y... lo arrojan al fuego. Pocos minutos dura el cuerpo de yeso y maguey del orgulloso Patrón de las Españas: chisporrotea y queda reducido a cenizas. R.I.P. el arrogante caballero.

La muchedumbre ha ingresado nuevamente al templo y extrayendo de sus hornacinas a las vírgenes y los mártires, los ha condenado a la hoguera.

Amanece. El sol soberbio deshilacha las nubes de la madrugada; regios harapos de oro ornamentados los quema el sol depurador, supremo higienista.

Los indios kollos, en coro magnífico, entonan el Intiwata.

La ronca bocina, el vernáculo pututu, inunda el espacio con sus sones de guerra.

Con el auto de fe, ha comenzado la venganza.

HAMBRE

Estaban perdidas las cosechas aquel año seco. Los dioses no escucharon sus plegarias; y la Saramama, a pesar de las ofrendas, esta vez no multiplicaría los frutos. El cielo que negaba sus aguas tan fieramente, mostró su nítido azul, y en la noche brillaron las estrellas como gotas de cristal. En la madrugada, todos los arroyos habíanse congelado y una blanquísima capa de hielo cubría como un manto la planicie.

Los ayllus del Kollau sentían ya, como un sordo peligro que se acerca pesada e inflexiblemente, la aparición del temido fantasma del hambre. Con su rostro descarnado y sus manos atenaceantes llegaría, una vez más, cumpliendo su palabra, el fatídico visitante. Lloraba la mujer estrechando entre sus brazos a su pequeñuelo. El kolla taciturno, sentado a la puerta de su choza, contemplaba en silencio el paisaje. No se había salvado ni su chacrita de la hoyada. Todo estaba amarillento, definitivamente muerto. Nada producirían los tallos quemados por el frío que antes agostara la sequía.

Otra vez como hace apenas tres años. Y reapareció ante sus ojos la vida de ese entonces reciente: su pobrecito Pablucha pereció ¡de hambre! Recordábalo bien; había ido él a la hacienda y, con lágrimas en los ojos, le pidió al patrón un poco de chuño.

Oh el malvado: nada pudo conmoverle. Su respuesta no la olvidaba.

—A estos indios rebeldes ni *takjia*...

Cuando volvió a su casa, Pablucha gemía imperceptiblemente, iba apagándose como una vela que se consume. Se murió en la noche de San Juan: su almita quebróla el frío. Ah, su Pablucha sería ahora un pastorcito.

Otra vez el hambre. ¿Iría a exigirle al patrón un auxilio?

La hacienda tenía sus depósitos henchidos de chalonas, chuños y otros víveres. El amo vendió las lanas a un alto precio. Todas las que produjo su rebaño se las había cedido muy baratas. Al patrón no se le podía vender sino así.

¿No era un derecho reclamar ese auxilio? Esta vez no, nunca más sufriría el dolor de carecer de alimentos para su familia. Todo, todo menos eso.

El crepúsculo apagaba en el horizonte su última lumbre, y la noche comenzó a derramarse por las faldas de los cerros.

La mujer con el niño al pecho se sentó a la entrada de la choza. Gemía aún. El silencio del anochecer fue interrumpido por el llanto del pequeño. Mucho frío traía el viento desde las cúspides nevadas.

Malísimo año: diezmábase el ganado por falta de pastos. El kolla sabía por repetidas experiencias que ese era el peor síntoma. Viviendo su padre, fresco tenía el recuerdo, bajaron por ese tiempo malo a los valles del Cuzco. Iban en pos de alimento, él, su madre, sus ocho hermanos. A cambio de una fanega de maíz, se quedaba con el amo desconocido uno de éstos. Después de este largo viaje, al retornar a su choza, ¡lo recordaba bien!, sólo habían vuelto tres de los hermanos. Los otros cinco, ¿qué suerte corrieron?. No lo supo más. El padre, al pasar el último tramonto, se echó en tierra con la cara contra el suelo. Qué fieramente lloraba. Su pobre madre lloraba también, a gritos, llamando a sus hijos. Él, muchachuelo de seis o siete años, no lloraba ni gritaba: tenía miedo. No se explicaba este dolor.

Ahora sí, se lo explica perfectamente. Pero él no vendería a sus hijos. No, qué diablo, por qué, si la tierra no es de nadie, como no es de nadie el sol. ¡Quién guardaba para sí todos los frutos era un ladrón!

En la mañana, el kolla se marchó a la hacienda.

Ya en las últimas horas del día, volvió a su casa.

La mujer no tuvo valor de interrogarle; así era de temible su expresión.

¿Qué había ocurrido? No habló. Cuando ella adormía al niño con su maternal cantinela, el kolla díjola que emprendía un corto viaje y que no lo aguardase aquella noche.

La madre acurrucóse cerca al hogar con los dos niños que, presas de la pesadilla, lanzaban gritos.

Sería la medianoche cuando un rojizo fulgor iluminó los resquicios de la puerta. Era un fuego lejano que rompía las tinieblas. La madre pensó en las fogatas de junio.

No, no eran las fogatas de junio. Ardía la hacienda.

EL LICENCIADO

Saltó del tren, vestido aún con las prendas militares; de la estación se puso en marcha, lentamente, al pueblecito en que vivían sus padres.

Todo estaba igual. El calvario a medio caer, verdes los campos, humeantes los hogares. Allí estaba su choza; allí le aguardaban los viejos. Cuando atravesó el puentecillo, se hizo visible a los suyos. Fueron a su encuentro; después de dos largos años, Marianucha se reunía con sus padres.

Rodearon al grupo familiar las gentes de la aldehuela, y aquella tarde desbordó la alegría y el akja fue escanciada abundantemente. También estaba allí, junto al Licenciado, la tierna Juanacha, su prometida.

Todos notaron la tristeza de Mariano. ¿Estaba acaso enfermo?

Oh la ciudad, la maldita ciudad que troncha la juventud, que consume la lozanía, que acorta la existencia.

Mariano tenía el mal de la ciudad. Pálido; de rato en rato atacábale una tos seca, incontenible. Había enflaquecido mucho.

Lloraba la madre al verle tan débil: ya no sabría trabajar animosamente; no podría, con ese cuerpo macilento, resistir las faenas camperas, ayudar al padre tan anciano. Oh su pobre hijo, víctima de la ciudad, acaso se moriría aquel invierno. Lloraba la vieja inconsolablemente, y lloraba en silencio la sip'as Juanacha, secándose las lágrimas con una punta de su llijlla. Mariano, muy triste, se acercó a consolar a las mujeres. Sí, estaba enfermo, pero sanaría con el cuidado, con el cariño de ellas. Hablaron de las yerbas milagrosas, del matejllu, del tijllaywarmi, del panti. Mariano tenía fe en la ciencia de los suyos; gracias a ella, le sería devuelta la juventud.

El júbilo alcohólico borró las tristezas, y la música invitó al canto y a la danza. Bailaron y cantaron hasta la medianoche.

Tras los tapiales, ocultos por la chamarasca, Mariano y Juana gozaban de amorosas confidencias.

—Sonkochay, qué felices hemos de ser. Ahora ya nadie te apartará de mi lado, —decíale ella a él.

—Sí, palomita mía, viviremos muy juntos para no separarnos jamás, —contestábale el amante.

La pasión exacerbada por la ausencia aproximábalos en el vórtice sensual...

Pobre Mariano, él ya no era un hombre. Habíale robado la ciudad los atributos viriles.

Qué vergüenza y qué dolor.

Pasaron los días y él se sentía morir; taciturno, colérico a ratos, rehuía la sociedad de los suyos; se alejaba, lacerada el alma, de la compañía de su prometida.

Ascendía penosamente el altozano desde el que se contemplaba el valle. Qué espectáculo de vida que le punzaba el corazón.

Perdió la fe en la ciencia de los curanderos. No, estaba condenado a morir. Nadie le salvaría ya, ni el amor ni el cuidado maternal, ni los poderes ocultos a quienes implorara tantas veces; nadie se apiadaría de su infortunio.

Trascurrieron muchas lunas, y ninguna brilló para él. Viviría muriendo cuánto tiempo más. Le habían abandonado los amigos; llegó hasta él un rumor: su mal era contagioso, temible: las gentes le miraban como un monstruo.

Distraía su tiempo trenzando; tenía ya lista una Wask'a del grueso de dos dedos; hermosa era, se la regalaría al viejo.

Tocó la fiesta del pueblo. Todos los suyos se marcharon, él no quiso ir. Juanacha se había engalanado con primor. La vio pasar, y ella se hizo la distraída. Le olvidaba ya.

Celos, rabia, impotencia le roían el alma. ¿Por qué exigir de ella un sacrificio, si él no era, no podría ser ya su marido?

Ah, pero tampoco toleraría otro hombre que lo sustituyera. ¿Qué hacer? Pensó mucho rato. Ya cerca de la noche encerróse en el granero.

Cuando volvieron de la fiesta, Mariano pendía, columpiábase colgado del cuello a una viga.

ENSAÑAMIENTO

—¡Señor! Un crimen horrendo.

El pobre caballero ha sido descuartizado. Le mataron cuando se hallaba en reposo, sin darle tiempo para la defensa.

Terribles golpes sufrió. Mire Ud. los garrotes ensangrentados. Vivo aún lo arrastraron por las habitaciones y por el patio erizado de agudos guijarros. Las mujeres ayudaban a sus maridos en la perpetra-

ción del crimen. La víctima aullaba de dolor y ellas le acribillaban con los gruesos alfileres de sus tupus. Vea usted como le reventaron los ojos, como le quebraron las piernas y los brazos, como le desgarraron la piel, arrancándole el cabello.

—¡Es horrible, es horrible, señor!

El juez recorría el teatro del crimen, dictaba al escribano el acta de reconocimiento del cuerpo del delito, escuchando a los testigos, interrogándoles.

La mujer seguía su relato, entre gemidos y gritos. La mujer lo había visto todo, desde su escondite. Ay si descubren donde se ocultaba. Como ella atendía al patrón, como ella era su amancia. También la habrían torturado, la habrían muerto. Gritaba y gemía la mujer.

—¿Todos eran indios?, preguntaba el juez.

—Sí, todos eran indios, solamente indios, ningún mestizo, ningún blanco.

—¿Los asesinos mataron por robar?

—Los asesinos no llevaron nada de cuanto encontraban en las habitaciones; no, no fue el robo el móvil del crimen.

—¿Los asesinos procedieron por venganza?

Hubo un murmullo entre cuantos se hallaban allí presentes, en el patio, en los corredores de la hacienda.

Si se trataba de una venganza, el Señor —allí estirado en silencio e inmóvil, muerto— debió ser un mal patrón.

Llegó la noche y fue suspendida la diligencia judicial. En el salón de la hacienda fue levantada la cámara funeraria.

Allí, entre cirios, sobre una mesa, cubierto de una sábana quedaba el muerto. Nadie osaba acercársele.

¿Por qué ese temor?

El juez fue alojado en el departamento principal. Después de la comida, silenciosa, fúnebre, sin más ruido que el del servicio, sin más palabras que las deslizadas en voz baja, con llanto entrecortado de la mujer y cuchicheo de la servidumbre, los comensales perma-

necieron un rato fumando en la solana, y antes de la medianoche todos se recogían a sus habitaciones.

El juez no durmió. Acompañado de los curiales, velaba en su alcoba. Al filo de la madrugada, sintiéronse agudos gritos. Procedían de una habitación situada al extremo del corredor. Provistos de hachones, a ella se dirigieron. Forzada la puerta, hallaron a la concubina del muerto presa de un ataque de histerismo. Después de los espasmos y las contracciones, la mujer gritó:

—¡Bien muerto el bandido!

Aquel hombre que yacía sobre la mesa, en la capilla ardiente, aquel hombre inánime, ante cuyo cuerpo nadie osó acercarse ni para rezar una plegaria, ni para depositar una flor, aquel hombre asesinado por la pandilla indígena, había cometido los delitos más horrendos en el curso de su vida. La mujer los reveló todos. Allí, en las habitaciones, en el granero, en el molino, bajo el pavimento encubridor, estaban los cuerpos de sus víctimas: hombres, mujeres, ancianos y niños. Enriquecido por la desaparición de los indios propietarios, el malvado, cada vez más poderoso, hacía ineficaz la justicia, y por el asesinato sistemado ensanchaba sus dominios.

Aquel posible Juez Magnaud, incapaz de sentir noblemente, mandó prender a la población íntegra del ayllu del que habían salido los vengadores.

Hombres, mujeres, niños fueron encerrados por largos meses en las cárceles.

Los Nuevos Indios

LA PARCELA

Juan Ramírez, agente de pleitos, era el más temido "misti" del pueblo. Quien caía en su red no tenía salvación, como la inocentísima mosca entre las mallas de la Apasanka.

Ducho en las artimañas curialescas, enredaba en el laberinto de sus "articulaciones" a los propios abogados de la ciudad. Y era su vanagloria ponderar en el bebedero:

—Yo derroté, hice "muka" del gran Doctor Camacho.

—Pregúntele al dueño de "La Victoria" cómo "reventé" a su defensor el primer jurista del Cuzco.

La fama del rábula trasponía las fronteras del distrito. No sólo era un peligroso sopatinta; tenía también hechuras matonescas, y en su labor contaba con hazañas eleccionarias y empresas de pugilato que podían abonar su prestigio de perdonavidas.

El indiecito Carmen Sut'a fue a caer en tan "buenas manos".

No se sabe explicar el cuitado cómo fue que, de la noche a la mañana, Juan Ramírez tomó posesión de sus terrenos maizales a título de comprador, y previas las formalidades de un interdicto de adquirir tramitado irreprochablemente.

El indiecito y su familia se quedaron en la calle, sin haber recibido más de quince soles por todo precio.

El ayllu Tujsan, al cual pertenecían Sut'a y los suyos, comprendió sagazmente qué se proponía el leguleyo. Puesto en sus tierras el "clavo del jesuita", y a la vuelta de unos pocos años, Ramírez se apoderaría de todas las tierras comunitarias.

Así el aventurero curial convertiríase brevemente en propietario latifundista.

Los indígenas llevaron su queja ante todos los poderes; era inútil. Allí estaban los "títulos", los "instrumentos de la fe pública" que acreditaban —con "prueba plena"— que el señor Don Juan Ramírez era legítimo dueño de las tierras que por "su libre voluntad" le había enajenado el "peruano" Carmen Sut'a.

Era asunto concluido.

Los indios no se rindieron a la evidencia de su derrota legal y jurídica. En consejo del ayllu, acordaron colectar entre ellos el precio de la venta, y una vez éste reunido —eran unos doscientos soles en la escritura, aun cuando no llegaron a veinte los recibidos por el vendedor— presentáronse en el domicilio de Ramírez a exigirle la rescisión del contrato. Ramírez se les rió impúdicamente, calificando de estupidez y vesanía el propósito de los comuneros. Amenazólos con iniciarles juicio por la perturbación que hacían de sus derechos posesorios; hablóles media hora disuadiéndolos de toda acción reivindicatoria, pues él era lo suficientemente poderoso para hundirlos en la miseria.

Pero los indios no se intimidaron.

Próximas las labores preliminares de la siembra, un domingo, al son de pitos y tambores, la comunidad íntegra, con sus mujeres y ancianos y niños, recuperó, en medio de gran alborozo manifestado bulliciosamente, la parcela arrebatada por el dolo al camarada Carmen Sut'a.

Saltó Ramírez como un tigre que ve en peligro su cubil.

Promovió cinco juicios amén de quince incidentes contra los "usurpadores" que, en "motín y asonada", le despojaran de sus legítimos derechos de señor y dueño.

Los indios se ríen de la actividad "judicial" del rábula, y se burlan del coraje del perdonavidas que no asoma las narices por "su finca".

Así le iría.

EL CONSEJO DE LOS ANCIANOS

La vaquería de Pablo Tito está en lo más alto y escarpado de la zona montuosa. Desde ahí se contempla los valles y las planicies en toda su extensión. En el lejano horizonte apuntan los picos nevados. Ningún blanco visita la vaquería del indio Pablo. Quienes lo intentan salen mal: se asorochan muy pronto y renuncian seguir adelante.

Confluyen a esta altitud difíciles caminos, verdaderos caminos de cabras, que arrancan de las provincias más pobladas de indios. En una meseta rocallosa, un poco más arriba de la vaquería, se ven casi completos los muros de antiquísimo adoratorio solar. Sobre el gris granito de una saliente, está el Intiwatana. Enteras aún las aras del sacrificio.

Por mayo, cuando los cielos se despejan y brilla la luna, cuando el espacio es como una piel vibrátil detrás de la cual latiese un corazón, se reúne en la meseta de piedra el consejo de los indios ancianos. Desde semanas anteriores, éstos abandonan sus hogares, ascienden los cerros y, separados los unos de los otros, cada quien por sí, en soledad de ermitaños, se preparan para el consejo del plenilunio. Abstiénense de toda comida con sal o ají, alimentándose de raíces.

Son diez, doce indios centenarios, pastores, labriegos: cuando Mama Killa aparece, los encuentra ya sentados en cuclillas, sobre sus ponchos de alpaca. Hacen círculo, y en el centro se extiende la negra llakolla sin pallay. El mayor, especie de Willka Umu, porta las hojas primerizas de coca, y las esparce sobre el manto negro, pronunciando la mágica fórmula de conjuro.

Largas horas permanecen los indios ancianos bajo el resplandor lunar. Parlamentan misteriosamente; nadie sabe de qué tratan los viejos pastores de Puno y del Cuzco. Sus voces son tan leves que las absorbe la tierra, antes que el viento nocturno las esparza.

Cuando Mama Killa desciende, es la medianoche; machulas y achachilas tornan silenciosos, fantasmales, a la vaquería de Pablo Tito. Se acurrucan alrededor del fogón en el que chisporrotean raíces aromáticas. El vaquero distribuye hojas de coca.

Los viejos charlan animadamente, mientras los primeros resplandores del nuevo día se filtran por las hendiduras de la puerta... Uno a uno se han marchado, por caminos opuestos, los ancianos consejeros, cuando el sol apuntó inequívoca su presencia.

Antes de ocho días, se ha producido la sublevación. Miles de indios atacaron las haciendas del Kollau; los colonos de Palka, Lauramarka y Kapana —los grandes latifundios cuzqueños— rompieron su secular sujeción a los patrones; se niegan al trabajo. Se ha dispersado el rebaño de Pablo Tito; diez, veinte reses fueron halladas muertas en los precipicios. Otras tantas desaparecieron en el monte. Las restantes pululan sin pastor.

"¡La tierra es nuestra!" —es el grito de combate—. El blanco la usurpa, la detenta quinientos años. La gleba indígena tiene ya un alarido uniforme, desde la altipampa y las cumbres hasta los bajíos y los valles cálidos. Ocho días después del Consejo de la Purakilla, las indiadas han principiado su Guerra de Reconquista.

Emplean diversa táctica; la violencia hasta el crimen horripilante, unas veces, en determinada zona; la pasividad, otras. Allá fue necesaria la venganza cruel; aquí, basta con no cooperar.

"¡Qué vale la tierra sin nosotros!" —se ha dicho el indio, y sarcásticamente pacifista, se cruza de brazos. Nada puede ahora contra él la fusilería, la metralla. ¿Están sublevados? Sí y no. Sí, porque no obedecen al amo; no, porque se están tranquilos en sus chozas. El espíritu de Gandhi presidió el último consejo de los indios ancianos.

EL AMOR DE DON RODRIGO

No era sólo concupiscencia lo que invenciblemente atraía al noble señor. Pudo yogar innumerables veces con sus indias esclavas en el vasto serrallo de sus estancias puneñas. Pudo, incluso, hastiarle la facilidad de amo tiránico que dispone de las mujeres como de las yeguadas dentro del perímetro de su latifundio, como quien dice dentro de su jurisdicción feudal. Acaso un capricho? Mas, era evidente que el bravo don Rodrigo estaba enamorado, pérdidamente enamorado de Antucacha, la hija del cabrero. Bella en sus dieciocho primaveras, quien la viese encontraríala parecida a otras doncellas por quienes Don Rodrigo no se mostrara nunca tan encalabrinado.

Le gustaba con ardor, con pasión irrefrenable, y por lo mismo sus procedimientos no fueron iguales a los que siempre empleara para satisfacer sus apetitos.

Había de conquistarla por el amor y la delicadeza como el caballero a su dama. Había de ajustar su conducta a cánones de gay saber. La linda moza se le rendiría presa de pasional ternura, y ambos, así unidos por la atracción suprema, vivirían felices, como si el uno hubiera nacido para el otro.

Todos los días al atardecer el caballero rondaba la morada de su andina Dulcinea, y muy delicadamente le hacía saber del mucho amor que le tenía. Antucacha no era capaz de comprender tan finas palabras y sólo adivinaba —oh sexual presentimiento— cuáles eran las intenciones del amo.

Tupíase la malla del sostenido idilio. Y la hija del cabrero amaneció, cierto día del floreal octubre, en el aposento del señor.

A nadie extrañó. Una barragana más del patrón. Ya pasaría el temporal ayuntamiento.

No ocurrió así, sin embargo; llegaba el kallchay, y Antuca permanecía en el hogar de Don Rodrigo, as-

cendida a señora de la casa. Otra vez octubre floreció en el campo, y la señora Antonia era el ama. Runruneaban los empleados mestizos que aquella advenediza se quedaría allí; los indios sonreían, elogiando el talento de la Antuca que conquistó al caballero; las viejas comadres lo atribuían a brujería. Mientras tanto, los parientes de Don Rodrigo se hacían de la vista gorda para no disgustarle, puesto que estaban a su merecer.

Pero las cosas subían de punto.

Antes de la cuaresma, el señor Don Rodrigo, buen católico, llamó a su capellán, y una tarde, ambos en la solana, contemplando la puesta del sol, se entabló este diálogo:

—Mi señor Don Rodrigo: es tiempo de arreglar la conducta. Cuánto agrado para Dios si en esta cuaresma...

Lo entiendo, Padre. Sé a donde va. Pero quiero anticiparme. Le mandé llamar para que haga por mí unas diligencias. Quiero tomar estado, y se hace necesario que usted me arregle este asunto.

—¿Y quién es la dichosa prenda que ha cobrado el corazón de oro del devotísimo señor Don Rodrigo?

—Pues la señorita Antonia Cutiri.

—¡...! Bromea Don Rodrigo, bromea el buen caballero.

—Nada de eso, Reverendo. Estoy resuelto a tomar por esposa a la mujer a quien amo y amaré toda la vida.

—¡Pero señor Don Rodrigo, flaquea su razón! ¡Con una india, con una esclava, con una plebeya, va a unir su sangre el nobilísimo señor Don Rodrigo! Imposible. Es una ofuscación que Dios disipará.

—No ha de ser así, Reverencia; lo tengo bien pensado.

—Mire por su nombre y por su casa; la sociedad no perdonará la ofensa. Dios mismo...

—La sociedad no me importa; bien sabe que la

desprecio. Dios aprobará mi resolución. Tiendo la mano a los humildes. ¿No somos todos sus hijos iguales?

—No, no: el Supremo Hacedor creó las jerarquías. El indio...

—Lo lamento mucho, pero su Reverencia reniega de su divino ministerio. Si su Reverencia insiste en sus poco cristianas ideas, prescindiré de su consejo.

Fue un gesto definitivo el del ilustre hidalgo, y el capellán, entre perder su valiosa protección o transigir, optó por lo último.

—Bien, mi señor Don Rodrigo: hágase su voluntad, pero con una sola condición: el matrimonio será secreto. ¿Acaso es necesario el escándalo? Cuidemos siempre de la pública opinión.

—Será público, Reverendo Padre. Tengo mis razones.

—¿Razones, señor mío?

Sí, y muy poderosas. Aparte de que mi amor por Antonia es lícito, y mi estima por su honor es tan alta, debo a la Raza un desagravio. Cuarenta años la ofendí, oprimiéndola. La virtud femenina se deshizo en mis manos: atenté contra ella no dejando flor sin marchitar. Muchas lágrimas derramaron las madres; no estalló en violencias la rabia contenida de los hombres así vejados, pero sangró su corazón en silencio. Traté a mis hermanos los buenos, los humildes, los resignados indios, como viles esclavos. Me respetaron siempre. Creíanme acaso un ser superior; pero, no era yo, en el fondo, sino un cobarde. Después de cuarenta años de tal vida Dios ha iluminado mi razón. El noble apellido de los Pérez de Urarte, Mendive y Rocafuerte pasará a los indios en mi esposa Doña Antonia, y con mi apellido todos mis bienes... Cesó de hablar el caballero, ya cuando era la noche. Retiróse el fraile a orar en la capilla de la hacienda.

Antuca lo había escuchado todo.

Cuando el caballero llegó a la estancia nupcial, la Raza dignificada lloró con lágrimas de gozo el avatar.

EL MITO DE KORI OJLLO

Seno de oro había sido la excepción. Las demás mujeres se entregaron al conquistador. Llorosas por la muerte injusta de Atau Wallpa, se holgaban con los soldados de Pizarro. Como para consolarse. Eran tan apuestos los Nuevos Hombres. Tanto fuego había en sus ojos y en su sangre. No les pudieron resistir, desfallecían de deseo a su sola presencia, y los trescientos días de luto por la muerte del Inka trascurrieron veloces para su diabólica lascivia.

Seno de Oro, la más hermosa mujer de Manko, era la heroína. La quiso para sí el bien plantado Don Gonzalo, y ella fue fiel a su raza. ¿Cómo ofrendar su cuerpo al impuro asesino de sus dioses y de sus reyes? La muerte antes; así yacería tranquila, sin mayores vejámenes; a sus carnes frías, no osaría acercarse la bestia blanca. Las mujeres indias se estremecen solo al recuerdo de Kori Ojllo. Ellas tan fáciles a la seducción del opresor, dispuestas siempre a halagarle, traicionando su sangre. Sino terrible.

Kori Ojllo para ahuyentar de sí al galán español había cubierto su torso perfecto con algo repugnante, capaz de alejar al propio Don Juan. Pero, todavía más virulento era el odio que destilaban sus ojos.

Ha revivido Kori Ojllo en los Andes. Allí donde el indio torna a su pureza precolombina; allí donde se ha sacudido de la inmundicia del invasor; Kori Ojllo vive, hembra fiera, a la que el blanco no puede ya vencer. El odio más fuerte que nunca inhibe la sensualidad latente, vence todas las tentaciones, y la india de los clanes hostiles prefiere morir a entregarse.

Qué asco si cede. Será proscrita del ayllu. No volverá más a su terruño adorado. Hasta los perros saldrán a morderla. La india impura se refugia en la ciudad. Carne de prostíbulo, un día se pudrirá en el hospital.

EL "PONGUITO"

Clemente Sullka, lindo "ch'utillu" de Paucartambo.

Con sus dieciocho años rozagantes, oliendo a tierra húmeda, a carne púber, era un personaje interesante en aquel hogar de mujeres. El "Caballero" había muerto dejando una buena fortuna, y lo mejor de sus bienes era la "finca K"... La viuda y sus tres hermanas solteronas, amén de una chiquilla clorótica, hija del difunto, eran todo el personal "decente" de aquella casa que completaba su ajuar con cinco "cholas", criadas desde chicas junto a la familia.

"Clementicha", como le llamaban cariñosamente, había venido de las tierras altas, al tocarle el turno del "pongueaje", en casa de los amos de la ciudad. Con su hatillo a la espalda, llegó un día. Lindo muchacho, se dijeron en coro, de botones para adentro, la viuda, las solteronas y la hija del difunto. Cuando el nuevo ponguito entró a la cocina a repasar los restos de la comida, menudeáronle los pellizcos provocativos de sus compañeras de servicio. El inocente mancebo reputaba todo aquello como un juego sin trastienda. Pasaron los días, Clementicha fue despertando de su sorpresa inicial frente al mundo desconocido de la ciudad. Ya no se perdía por las calles, ni temblaba de temor al sentir la proximidad de los bulliciosos carruajes y transportes. Sus ojos asombrados se tranquilizaban y sus manos torpes podían manejar sin peligro la vajilla de porcelana y cristal.

Lo que no entendía era cuanto le pasaba en la noche. Con un sueño de piedra, tendíase sobre sus pellejos de carnero en cuanto acababa de comer. ¿Era verdad o imaginación suya lo que vio una vez? Se había despertado al oír muy cerca de sí a alguien que le llamaba contenidamente de su nombre. Por un ángulo del corredor penetraba al pasadizo donde dormía un

claro rayo de luna. El, como entre sueños, distinguió a la señora "grande", junto a su cama.

Otra vez, y esto le ocurrió estando él perfectamente despierto, la señora Carmencita lo estrujó entre sus brazos estando a solas. Otra vez... Otra vez. Bueno. Hasta la niña... Le tenían fastidiado. Sólo esperaba cumplir el mes para marcharse a su tierra Pero... Clementicha no se marchó.

Cómo iba a dejar a quienes tanto le querían y le regalaban; el lindo ponguito tan disputado, se adaptó fácilmente...

Ningún lector se extrañaría, si después de cinco años, hallara a Clemente Sullka de administrador del fundo, con plenos poderes. Nadie, en la sierra, que conozca la "historia del ponguito", se llamaría a sorprendido, al ver a la hija del difunto confinada en la hacienda, sin venir a la ciudad.

¿Quién que sabe de la vida íntima de las dos razas no comprende que el mestizaje se forma no sólo con indias sino también con indios, con "ponguitos" como Clemente Sullka?...

EL CURA DE KAWANA

El viejo párroco está en la capital, en Ejercicios Espirituales; hace dos semanas que descansa su grey. Mucho demora el solícito pastor, mucho, mucho.

Por fin, en lo alto de la cuesta, un atardecer de diciembre, después de copiosa lluvia de todo el día, frescos los campos, húmedos los caminos, alegre el cielo, el viejo párroco aparece cabalgando en su tordillo pajarero. Desde allí, bendice a su pueblo. Estuvo ausente quince días y se le antoja un siglo; no, no, con nadie cambiaría su amada parroquia. Ni el curato de Sicuani, ni el de Lampa, ni el de Carabaya. En ninguna parte se hallaría tan a su gusto como aquí.

Va descendiendo el cura la cuesta del pueblo. Le sigue el sacristán montado en su escuálido jamelgo chumbivilcano.

—Tata, se ha emborrachado el campanero.

—¿Por qué hijo?

—No repican las campanas.

Sí, la torre está silenciosa, no adivina la vuelta del señor párroco, no se da por entendida de su obligación de regocijarse y sembrar el júbilo con sus lenguas de bronce. Qué pasa que todo parece tan triste en el pueblo; ni una alma en las calles. Nadie ha salido al encuentro del pastor.

Un presentimiento aflige al buen abate y le ensombrece el rostro sonriente. Algo grave ha ocurrido, va a ocurrir, quién sabe.

Pica al tordillo con sus argentinas espuelas, y acorta las distancias un poco impacientemente. Ya está en la plaza, ya penetra a la cural. La cural está vacía.

—Tata, no hay nadie.

—No hay nadie.

Se miran las caras asombrados. Todo lo que ven les parece absurdo.

¿Dónde están los vecinos? ¿Dónde está el ecónomo? ¿Y el campanero, y los alfereces, y la servidumbre? El hogar está apagado; sin pasto el establo, cerradas las cuadras. Resuenan en el patio empedrado las metálicas pisadas del tordillo, y el eco devuelve sonoras las voces del sacristán.

—¡Pablucha!

—¡Juliana!

—¡Meculás!

Desmonta el viejo párroco dificultosamente, se tercia el poncho, bájase la sotana, enciende un cigarrillo y se sienta sobre un poyo, pensativo.

¿Entró quién sabe el Enemigo? Se aprovechó de su ausencia y el lobo cayó sobre el aprisco. Dispersó su pobre rebaño.

Meditaba el viejo, tristemente, ensombrecido el rostro de presentimientos fatídicos. El ánima en suspenso como si aguardara dentro de un minuto la mala noticia.

Y así fue.

El sacristán no se dio punto de reposo hasta encontrar a los buscados. Confudido en las sombras de la primera noche, allí estaba el fiel guarda del templo. Compareció también en las tinieblas el alférez de turno. De vez en vez brillaba como el punto lejano de una fogata el cigarrillo encendido del viejo párroco; antojábasele aparecer como una estrella titilante, temblorosa. Los cuatro hombres hablaban a oscuras quedamente, como si un soplo de misterio les estremeciese el alma. La feligresía indígena en masa habíase desertado de la Iglesia Apostólica Romana. El domingo último los centenares de indios de la parroquia cerraron el templo con cerraduras nuevas. Clausuraron también la cural.

En medio de todo, tuvieron un gesto de gentileza. Reservaron para su viejo párroco una casita en Kawana alta y una capilla próxima. Allí viviría el resto de sus años, sin que nada le pudiera faltar.

WAMAN, SARGENTO

Un año hacía que estaba en filas: lo sacaron de su choza puneña, a medianoche. Lloraban la madre y la mujer, despertáronse los chicos, asustados. Fue en vano que ladrara el fiel "Pumawak,achi". Los soldados condujeron maniatado al pobre Waman hasta el pueblo. Cuántos golpes de culata sufrió en el camino. Aquella noche durmió en la cárcel, y allí continuó encerrado los seis días siguientes, mientras se reunía, por este medio cinegético, el contingente de conscriptos. Del presidio salieron algunos de sus compañeros, salieron con rumbo a la subprefectura, y después ¡li-

bres! a sus hogares. Más tarde supo que los muy felices habían comprado a la autoridad: dos toritos, una vaquillona, algún dinero.

De la cárcel marchó Waman con el contingente a la Capital. Ingresaron todos al cuartel, después de que el médico los hizo poner en cueros para examinarlos. Allí acabó el indiecito para comenzar el soldado. Adiós al poncho, al jubón y los gregüescos; las sandalias fueron reemplazadas por los toscos zapatos, y Waman vistió el uniforme de infantería. Apenas si podía caminar con los zapatazos...

Se pasó un año en la vida de cuartel. Ahora era sargento. Lo ascendieron después de su conducta valerosa en la última intentona revolucionaria.

En la ciudad sentíase una conmoción política: estaba el pueblo indignado con el gobierno, y las gentes salieron a las calles a manifestar con airadas voces sus sentimientos. Se improvisó el mitin. Se empinaron los oradores en lo alto de las balconerías para lanzar desde allí la arenga revolucionaria.

Pocos minutos después salía el regimiento a restablecer el orden. Las tropas fueron recibidas a pedradas y tiros de revólver. Entonces, soldados y pueblo chocaron con violencia. A culata limpia abríanse paso los primeros.

La multitud levantaba reductos, barricadas, y llovían las balas detrás de las esquinas y desde los techos y ventanas. El regimiento recibió la orden final:

—¡Fuego!

El día fue para Waman. Con qué ardor, con qué íntima fruición golpeó primero con su rifle, y después disparó toda su dotación.

Parecíale vengar con su mano la montaña de oprobio con que el blanco había aplastado a su raza. Muchos muertos y heridos quedaron sobre el pavimento de las calles. Los gritos y los ayes, lejos de conmoverle, le regocijaban malignamente. Eran caballeros, amos, opresores, los que sufrían. ¿Tuvieron ellos alguna vez compasión del dolor indio?

Waman ascendido a sargento, sentíase ansioso de nuevas oportunidades para saciar su venganza. Su disciplina y decisión hiciéronle distinguirse ante sus jefes, y cada vez que era necesario destacar retenes de confianza, el sargento Waman era el señalado. Cuando caía preso, un ciudadano decente, Waman complacíase en vejarle y hacer de su detención un suplicio.

Pronto cobró fama el sargento Waman, fama de crueldad y de ciega fidelidad a sus jefes. Gozaba en su papel de sicario.

El indio acepta el servicio militar y busca los de policía y gendarmería, porque, con el fusil al brazo, cobra su desquite.

LA NUEVA AMISTAD

No tuvieron amigos; eran esclavos, y la amistad fue tabú para ellos. Sus amos, cuando les trataban mejor, sabían que les estaba prohibido aproximarse amistosamente a quienes, por ley y costumbre, tenían que ver como inferiores. El indio quinientos años se pasó con la sola amistad del borriquillo. El buen asno, tardo, le ayudó a portar la carga que sobre sus espaldas le echaba el blanco. El buey, otro amigo, colaboró con él en las faenas de la tierra, ahorrándole esfuerzo. Pudo reservar el tirapié (la chakitajlla) para los barrancos. La pareja de bovinos avanzaba lentamente con el arado de palo. Por los caminos, tras el pequeño asno; por los sembrados, en pos del buey, el indio hace su trabajo silenciosamente. A veces canturrea una tonadilla del viejo lar, a ratos intenta el diálogo con sus amiguitos. Diálogo frustrado. Ellos no responden. Ah sí, quién sabe, es mejor; dicen tan poco sus grandes ojos turbios...

"Marcus", "Mareano", apacibles compañeros, cuánto parecido tienen a los buenos labriegos; como ellos, sufridos y resignados; como ellos, tranquilos,

quietos, frugales. Del campo al establo, del establo al camino, todos los días, todos los años, hasta morir oscuramente, de puro viejos.

Ya el indio no sólo tiene como amigos a "Marcus", a "Mareano"; es otro hombre como él quien le ha abierto su corazón. Es otro hombre blanco; cosa extraordinaria, un hombre blanco su igual, su amigo, no su opresor, el amo siempre tiránico. A este amigo le estrecha la mano y le mira a los ojos, de frente, sin temor, sin desconfianza.

Es el adventista, el bueno y alegre Miller, rubicundo hijo de Yanquilandia, que ejerce el apostolado de la Nueva Amistad.

Nada le exige Miller. Condori no tiene obligaciones para él; puede entonces obsequiarle como al hermano de raza, y así le acoge cordialísimo en su rústico "home", y comen ambos del mismo plato y beben de un solo vaso. Santa amistad, tan esperada cinco siglos.

LA NUEVA ESCUELA

Indalecio Mamani es el preceptor en el ayllu de Kollawa; salió diplomado de la Escuela Normal de Juliaca, hizo su práctica como maestro ambulante en Chucuito. La escuela ocupa un edificio recién edificado bajo la dirección del ingeniero de la Misión. Amplias salas iluminadas, con bellas vistas sobre el panorama de la planicie y el cordón nevado de los Andes. El niño indio concurre con placer, porque el paisaje familiar lo tiene siempre ante los ojos.

El maestro indiano sabe lo que debe enseñar a los hijos de su raza, y cuanto enseña lo hace con amor, con el ideal de rehabilitación como la luz de Sirio en las tinieblas de la inconciencia pedagógica.

La casa-escuela es el orgullo del ayllu. Las familias aborígenes se sienten ligadas a ella, como diez años

antes a la iglesia parroquial. El domingo, el salón de actos rebosa de público que, ávido, escucha la palabra elocuente de Indalecio Mamani, el educador de la Raza. Las almas embotadas de la grey andina comienzan a sacudirse de su sueño de piedra. Como un barreno penetra a lo hondo de esas conciencias la voz del maestro, y hay algo que se agita en el subsuelo espiritual de estos hombres olvidados de sí mismos.

La escuela se sostiene por el ayllu: todos concurrieron a edificarla, todos también la apoyan como adivinando que de allí saldrán los Indios Nuevos, nunca más esclavos.

La escuela nueva es el almácigo de la Raza resurgida.

Trescientas, trescientas cincuenta escuelas de indios y para indios se desparraman en la altipampa ilímite. Cada año brota un ciento, y las primeras de los valles serranos ya alientan recién nacidas. La escuela fiscal es un convencionalismo; el preceptor fiscal, una plaza supuesta. El indio, donde existe una escuela "suya" no va más a la del maestro mestizo y descastado que sigue tratándolo como a siervo. Huye de las sucias casuchas que el Estado llama pomposamente Escuela Fiscal número 10589, Centro Escolar número 5432...

¿Cuántos millares de Indios Nuevos han salido de la Escuela India? ¿Cuántos más saldrán en este quinquenio?

LOS MISIONEROS DE CULTURA

¿Es el apóstol trashumante un tipo arcaico, desaparecido ya? Van a contestar que si los europeizados que sólo imaginan al agente viajero de comercio y al turista como a los trotadores de mundo de nuestro tiempo. Responderán que no los viejos hindús propagadores de la Buena Nueva del Buda reencarnado, los

árabes que predicen la guerra Santa contra el "perro cristiano", los eslavos que despiertan a dormidos y muertos con el bélico toque de sus clarines revolucionarios. Responderemos que no los pueblos andinos que sienten el estremecimiento grávido de un Mundo por venir.

Apóstoles trashumantes de las punas y de los valles de la serranía, hélos aquí: fueron indios pastores, hoy propagan la cultura. Nadie más convencilo que ellos del resurgimiento de su Raza. Tienen la cálida persuasión en sus palabras sencillas, gérmenes misteriosos de la Existencia Nueva.

Todas las puertas están abiertas para ellos; llegan a la medianoche, y los perros hostiles tórnanse amistosos. Son almas puras las de los misioneros andinos. Hónrase la choza al recibirlos, y en lo más inasequible de las cordilleras encuentran un refugio con el fuego encendido y el alimento preparado.

Los indios apóstoles están creando el Santoral Andino.

¿Qué predican los peregrinos en las estancias de Puno y en las vaquerías de Vilcabamba, en los valles de Canchis y en las cordilleras de Sandia y Carabaya?

¿La guerra? ¿El aniquilamiento del blanco?

No, los misioneros de cultura no predican la destrucción. Son, sobre todo, médicos espirituales. Curan a este enfermo de amnesia que es el indio. Psiquiatras intuitivos, van derecho a buscar el mal y desarraigarlo. El mal de la Raza es el olvido.

Se ha sentado a la lumbre hogareña el apóstol, y en torno suyo, todos en cuclillas, se aprestan a escucharle.

Su palabra es dulce, lenta, ligeramente velada por contenida emoción. Lo dice todo en imágenes. Es un desfilar pausado de los viejos inkas solemnes, de los kurakas altivos, de las muchedumbres laboriosas, de los ejércitos innumerables; el Imperio magnífico está allí como una decoración fantástica en los negros muros de la choza.

Sigue el fluir del legendario relato. Es ahora; la sorpresiva presencia de los Hombres Blancos, los ilusorios aliados que vengarían la sangre de Wáskar. ¡Wirakochas! Hijos del dios de dioses, portadores de la justicia reparadora.

No se altera la voz del narrador, apenas si se matiza con un levísimo relámpago de ira. Son los Hombres Blancos, los felones que mataron a sus reyes y a sus dioses. Los Hombres Blancos que violaron a las abuelas y a las madres, de cuyos vientres venerados salió el Engendrado, el Mestizo, vasallo del Opresor y verdugo del Vencido.

Escuchan los indios con los ojos fijos en la lumbre; en sus ojos muertos hay rojas llamaradas como resplandores de un incendio interior.

El fuego espiritual ha brotado en el antro cavernario de las conciencias.

EL HERMANO ADVENTISTA

Entre la peñolería, como nido de rapaces, se pierden las casitas del ayllu. Desde esas oquedades se percibe la tersa y diáfana superficie del Lago, cuyo leve oleaje apenas riza el lomo de las aguas. En los vacíos que enmarcan los pelados peñascales, el indio cultiva papas, ocas y kinua, lo bastante para su propio consumo. En declive está el corral de las ovejas con su fuerte olor a estiércol húmedo, y su baja muralla de ch'ampas y espinos. Este recodo, entre la kancha y la chocita, es un lindo mirador del campo, del camino y del lago. Allí se recuesta, bajo el sol tibio, el guardián de la casa y del rebaño, el perrillo azorrado que aúlla en las noches oscuras, cuando pasa el viento como una rauda jauría invisible...

La familia de Bartolo Condori no ha salido hoy de la choza. En el fondo oscuro, al resplandor del hogar encendido, se sorprende el triste cuadro. La ma-

dre, presa de la fiebre, amamanta al recién nacido; tres niños más yacen inertes bajo las raídas cobijas. De pronto, ha interrumpido el silencio, la isocronía de una motocicleta que se aproxima veloz por el camino. Baja Condori a su encuentro. Es el buen hermano adventista que acude solícito a salvar a la madre y a los hijos del dolor y de la muerte.

—Hermano Bartolo, llámale amistoso y sonriente el joven mocetón de rubios cabellos.

—Hermano Johnson —le ha contestado el indio, con la gratitud pintada en el semblante.

Los botes de medicamentos, los pomos de específicos, las ampolletas de suero han sido extraídas del maletín. El adventista, con solicitud fraternal, lo hace todo. Permanece largas horas en el pobre tugurio; pero ya la madre sonríe y los muchachos se ponen a jugar. Vuelve la alegría a la casa de Bartolo Condori, y Johnson el adventista se aleja, en su motocicleta ruidosa que se ponen a ver con ojos sorprendidos los chicuelos.

—Adiós, hermano Bartolo.

—Adiós, hermano Johnson.

AMOR Y RAZA

Pablo Kutiri distinguíase entre los maestros indios que recibieron su preparación en la primera escuela normal adventista, por su clara inteligencia y su decidida vocación apostolar. Los jefes de la misión hablaban siempre con elogio de Kutiri; en menos de un año había dominado el inglés, con igual facilidad que el español, el aymara y el uru. Era un políglota keswa que prestaba importantísimos servicios a la obra educativa del indio.

Mr. Goldsmith le tomó para secretario suyo, y en breve tiempo Kutiri había conquistado un afecto profundo en el caballeroso jefe adventista. Goldsmith

depositó su absoluta confianza en el joven secretario aborigen, y cuando se presentó la ocasión de un viaje a los Estados Unidos, Kutiri fue acompañando al superintendente de la Misión de los Adventistas del Sétimo Día.

En Illinois, Mr. Goldsmith llevó a su casa y presentó a su familia al joven maestro, descendiente de la dinastía solar del Perú. Pocos meses después, los Goldsmith —Ms. Fanny y sus hijos Mss. Edith y Peter— llegaban a Puno.

La rubia Goldsmith, con sus diecisiete alegres primaveras, había trastornado el alma un poco invernal del joven Kutiri. Primero, bidiarias partidas de tenis; después, largas regatas en el lago; recuerdos del viaje; algunas labores comunes en la oficina de la superintendencia, habían aproximado por encima de todo obstáculo a Miss Edith y Pablo.

Una noche, cuando Mr. Goldsmith, sólo en su escritorio se entregaba al reposo, mientras las volutas de humo de su pipa ascendían lentamente, Pablo Kutiri llamó a la puerta.

Fue breve la entrevista.

El secretario se retiró a sus habitaciones, y aquella noche no pudo dormir Mr. Goldsmith. De madrugada, los esposos de Illinois celebraron secreta conferencia.

En las oficinas del Superintendente, Kutiri encontró unas instrucciones escritas para él. Urgía constituirse en Huancané, donde la sublevación india y la subsecuente represión sangrienta habían creado un gravísimo estado de cosas.

La Misión reclamaba de la sagacidad y discreto don de gentes del hábil secretario que se dirigiese en el día a la zona amagada a salvar la obra adventista.

Kutiri tomó su motocicleta, y antes de marcharse, fue a ver a Mr. Goldsmith en su chalet particular.

El jefe le recibió con la afabilidad de siempre; así como Ms. Fanny y el pequeño Peter; sólo Mss. Edith no se hallaba presente; la pobrecita padecía de jaquecas.

Pocas horas después de la partida de Kutiri, la familia Goldsmith se embarcaba en un autocarril rumbo al puerto de Mollendo.

Todavía Miss. Edith escribe desde Illinois al joven secretario indio.

Sólo Mr. Goldsmith se daba perfectamente cuenta, ahora en su pequeña oficina de la Washington Street, y mientras las volutas de humo de su pipa ascienden lentamente, que la solución del problema de razas planteado por su secretario el indiecito peruano Pablo Kuriri no podía obtenerse sino por la fuga...

EL INDIO A CABALLO

La civilización americana —observó Sarmiento— es una civilización de peatones, de indios a pie. El caballo traído por el conquistador incorpórose a la casta dominante, de los opresores. Fueron los caballos bestias temidas; arrollaron bajo sus cascos y entre bélicos relinchos a las masas inermes de Cajamarca. Los jacos piafantes que mascaban hierro, cuánto auxiliaron a los invasores. Buena parte del éxito feliz de la conquista debe ser atribuida a los rocines de Castilla. La ley española se cuidó muy bien de prohibir al indio junto con el uso de las armas el del caballo. El indio no osó cabalgar en los pegasos vencedores. Largas distancias recorríalas a pie; ni en los viajes de la "mita" usaron del caballo para trasladarse de Cajamarca a Potosí...

Por las abras y los valles profundos, por las pampas y las cresterías, el indio, calzado de la usuta, al paso del caballo, traga las leguas, acorta las distancias trepando hacia las cumbres, infatigablemente.

Pero, he aquí, de pronto, se indianiza el equino. El soberbio potro de sangre árabe se convierte en el "repe" chumbivilcano, bajito, lanudo, feo, pero fuerte y veloz. Se aproxima el caballo al hombre de los Andes, y el indio se hace jinete, y surge el "gaucho" de nuestras pampas, laceador insigne, aventurero de a caballo, capaz de todas las hazañas de la doma y las acrobacias de la equitación. El indio a caballo corre por la pampa como una exhalación: se diría un tártaro en plena estepa. El caballejo se lanza cuesta abajo, firme sobre sus patas contráctiles de felino. La más encrespada serranía es campo libre para el baquiano de Chumbivilcas o Cotabambas.

Pronto las yeguadas de Kolkemarka o Livitaca han crecido enormemente. Son las haras del caballo indígena. Salen de allí los "pencos" a las ferias del altiplano, y los indios del Kollau se apresuran a adquirirlos. Cerriles aún, los ensillan y con simples bozales cabalgan en ellos con un frenesí extraordinario. El caballejo arranca de estampida y nadie puede contenerlo, dos, tres leguas. Cómo goza el kolla en esta carrera desenfrenada, si logra llegar salvo hasta el final. Es frecuente que el caballero indio sea lanzado de la silla y se inicie a golpes la posesión de la bestezuela.

Cuando el tren cruza por la meseta se ve a cada paso al indio jinete; es ya señor de a caballo. El mismo fabricó todos los aperos de montar; ha tenido también que introducir notables cambios en su propia indumentaria. Las botas o las polainas, el poncho corto, la bufanda, los guantes de lana de vicuña, el sombrero alón, y los arreos hípicos: el fuete, el tapaojos, la boleadora, el pelloncito, la baticola, las alforjas que tornan siempre henchidas del viaje al poblado.

El indio a caballo es un nuevo indio, altivo, libre, propietario, orgulloso de su raza que desdeña al blanco y al mestizo.

Allí donde el indio ha roto la prohibición española de cabalgar, ha roto también las cadenas. Las pro-

vincias donde la Raza se defiende más bravamente son las poseedoras de hatos caballares numerosos.

En Chumbivilcas, el indio es un aliado, un amigo, difícilmente un siervo. Su caballo lo defiende.

El caballo movió al tártaro a invadir a Europa. El caballo conserva libre al árabe, junto con el camello. La llama ha sido cómplice por su debilidad en la esclavización del indio.

¡Cuántos Facundo Quiroga saldrán del gauchismo chumbivilcano!

La novela recogerá un día en el Perú las aventuras de los "ch'uchus" ladrones. Entonces se van a quedar atrás los filmes del Far West. Vengan los operadores de William Fox a recoger los episodios inverosímiles de la vida de un indio a caballo.

Y vengan los sociólogos a explicarnos la influencia equina en el hombre.

EL INDIO A SOLDADO

No sólo la herramienta, el arma también la hemos puesto en manos del indígena. Trabaja nuestros campos y es la base de nuestra economía su labor; conserva el orden público, y es el fundamento del Estado su fidelidad.

¡El día que nos falte el brazo viril que maneja el azadón!

El día que no obedezca el autómata que dispara.

Habrá cesado de producir la tierra. Habrá concluido la sociedad política que se denomina la República del Perú.

Con indios hostiles que vuelvan el arma contra blancos y mestizos; con indios indiferentes que se alcen de hombros ante la cosecha próxima, ¿qué podrá hacer el Estado?, ¿cómo se defenderá la orgullosa minoría de momentáneos vencedores?

Es de aborígenes el noventinueve por ciento del ejército, la gendarmería y la policía. Son indios, indios de pura sangre, los que forman el íntegro de la fuerza armada. Elude el blanco la obligación del servicio militar; la elude también el mestizo que no pasa de movilizable. El único que ingresa a los cuarteles, se disciplina militarmente, se adiestra a conciencia en el manejo de las armas, es el habitante de las serranías, el sobrio, resistente, valeroso indio peruano, soldado por excelencia, soldado vocacional, capaz de todos los sacrificios, modelo de virtudes militares, el único que hizo todas las campañas, desde las conquistadoras de medio mundo bajo sus propios jefes, los Inkas invencibles, hasta las de emancipación al mando de los grandes capitanes "realistas" y "patriotas". El indio hizo todas las guerras; ¿no le vemos tan pronto en las faldas del Pichincha con Santa Cruz vencedor, como en los desiertos de Tarapacá, desnudo, famélico, inerme, entregado por la traición a las balas del ejército araucano? El indio, siempre el indio, luchó *por* y no *contra* sus opresores, y disparó su arma contra sus hermanos de raza. En las revoluciones y en las guerras exteriores, el indio es "la carne de cañón". Derramó su sangre por defender a sus amos.

El heroísmo multánime del ejército indio nadie lo ha cantado; silenciáronlo las trompas de la fama. Copistas ridículos, erigimos el monumento al Soldado Desconocido, en vez de consagrar el heroísmo anónimo del Soldado Indio.

Una raza que dio de su seno tipos de leyenda como Kawiti, José Olaya, Mariano de los Santos y millares más, posee excelsas virtudes guerreras.

El brazo de hierro y la mirada de águila, la firmeza de espíritu y el menosprecio de la muerte; qué sorpresa nos reservan en un porvenir quién sabe demasiado próximo.

Desde Tupaj Amaru y Pumakawa, el indio no ha disparado el fusil en servicio de su propia causa.

Fue el autómata.

Ahora, este niño grande que tiene en sus manos el Arma, este gigante infantil que es la raza, poseedora del fuego, cuyo poder efectivo ya adivina, ¿seguirá disparando inconscientemente? El fusil —puesto en sus manos para defender la vida y la propiedad del blanco— es el árbitro futuro.

LA GRAN PARADA

—¿Son quince mil hombres?

—Quiá, pasan de veinte mil.

—¡Formidable! Todos visten sus flamantes uniformes de "boy-scouts".

—Que ellos mismos han fabricado, desde la tela y los correajes.

—Y observe usted la marcialidad, la increíble desenvoltura; no parecen los mismos indios humildes y agachados a quienes tantas veces dio usted de puntapiés.

—Y usted también, amigo mío. ¿Quién, entre nosotros, desde niño, no ha tratado así, al pongo, y después al yanacona?

—Es verdad. Mire usted, esto es grave: los indios de este ejército fuera del ejército marchan con insolencia. Fíjese en aquel que manda esa compañía. Qué arrogancia. Parece mentira lo que estamos viendo.

—Sí, es un despertar increíble. En pocos años, de esclavo el indio pasa violentamente a hombre libre.

—¡Cuidado! Hay mucho que temer de este brusco cambio. Pueden tomarse un desquite trágico.

—Calle usted, por Dios. Qué sería de nosotros si estos millares de hombres se dan cuenta de todos los agravios recibidos.

—Pero, no sea usted ingenuo, ¿se le ocurre que estas gentes viven en la inconciencia? No, señor. Han vivido hasta aquí inermes, impotentes, devorando su

cólera, su odio al blanco. Mas, en cuanto puedan, cuando dispongan de la fuerza...

—¡Oiga! Se rigen los escuadrones por toques de corneta. Mire bien, como hay uniformidad admirable en todos los movimientos. Se quedan muy atrás nuestros soldados. ¿Cómo se explica usted este fenómeno, si nuestros soldados son también indios?

—Muy sencillamente. El ejército nacional se constituye por coacción. Sigue siendo el reclutamiento la forma usual de llenar los cuarteles; una verdadera cacería de indios. Este ejército netamente indio se está creando por convicción. Vea la diferencia. Bueno. Ha terminado el desfile; ¿distingue usted?. En el atrio de la plaza se ha destacado un grupo, de ese grupo sale un indio, ¿lo ve usted?

—Sí, parece que va a hablar a sus huestes. Vamos allá.

La plaza mayor de Puno y las calles que a ella desembocan están totalmente ocupadas por veinticinco mil indígenas de Chucuito y provincias vecinas que, bajo estricta disciplina militar, constituyen las brigadas de exploradores indios, en buena cuenta un verdadero ejército, con su estado mayor, sus jefes y oficiales, todos de la raza.

Al finalizar la parada y el desfile, el comandante general de las divisiones de boy-scouts lanzó su proclama.

—¿Ha oído usted?

—Grave, grave. Esto va terminar en saqueo. Vámonos. Yo temo por mi familia. Puede haber algo. Seamos prudentes.

—¡Qué atrocidad! No oí jamás tantas insolencias. Con qué desprecio nos ha tratado a los blancos. ¡Qué ya no hay amos ni esclavos! Que la propiedad es de to-

dos. Puro socialismo, comunismo, bolcheviquismo. Estamos al borde de una sima.

—Y no habrá salvación. Apure usted el paso. Lo perderemos todo. Los bienes que nos dejaron nuestros padres, que nos cuestan nuestro dinero, que hemos trabajado toda la vida.

—Eso es lo de menos. Si pudiéramos salvar el pellejo.

A los toques de corneta, se ha puesto en marcha, en perfecto orden, el numeroso ejército indio. Al llegar a las afueras de la ciudad, se ha dividido en batallones, y cada uno tomó el rumbo de sus ayllus. Se pierden ya en la planicie inmensa.

COCA, ALCOHOL, CARNE

Los Nuevos Indios son abstemios.

Desarraigaron su inclinación a los tóxicos; ya no les tiraniza el vicio alcoholista, poderoso aliado del blanco opresor. Retornan a su viejo régimen vegetariano, a sus fuertes potajes a base de cereales y cal viva; suprimen la carne. No se anestesian más con la yerba sagrada del trópico; el alcaloide desaparece de su uso diario. Las hojas de coca se emplean sólo para sus ritos mágicos, para sus aplicaciones farmacópeas.

El atiborramiento bestial, característico de los festines religiosos, fue desterrado con las creencias de esta índole. El indio abstemio es un ejemplo.

Es la primera victoria del indio vencedor de sí mismo. Superándose en esta lucha contra el monstruo secular, contra la hidra alcoholista, el hombre de los Andes da la medida de su Voluntad de Poder. Como hoy se emancipó de sus vicios tiránicos, mañana se libertará del yugo blanco.

Insensibilizábale el alcaloide. La raza se anestesió con cinco siglos de excesos cocainistas. El explotador pudo maniobrar a su antojo; qué resistencia iba a encontrar en el cuerpo laxo y en el espíritu aletargado del hombre de las sierras. El cultivo de la coca y su venta en gran escala fueron la sistemática neutralización de la conciencia india.

El alcohol completó la obra. Puestos los venenos en la mano del aborigen oprimido, éste buscó su liberación en los paraísos artificiales. Huyó de la realidad dolorosa por los caminos del embotamiento y la idiotización.

Cinco siglos que el blanco persiguió tenazmente el suicidio espiritual de esta gran raza.

No triunfa perdurablemente el mal. De la noche tenebrosa de la inconciencia emergen a la luz los Nuevos Indios abstemios.

INDIOS ELECTORES

Los indios de Moho y Platería que saben leer y escribir, que están inscritos en el registro militar, que son, en una palabra, ciudadanos, tienen en sus manos la victoria del sufragio en la capital de Puno.

Pueden elegir su diputado por inmensa mayoría. Un diputado netamente indio.

De modo que, bajo la garantía de una ley electoral verdadera, un candidato "caballero" sería derrotado por un candidato "sirviente".

La proporción de electores indios es de más del doble del total de votantes blancos y mestizos.

Pronto, en otras provincias de la meseta, crecerá considerablemente el porcentaje de "ciudadanos" indígenas.

En una organización minimalista, por el sufragio universal, a la vuelta de veinte años, podría constituirse la Democracia India. Hacia esa meta evolucionamos.

Sólo que el renacimiento inkano se da prisa.

LOS INDIOS ARTISTAS

Milenaria aptitud la de los indios artistas. De sus manos demiurgas salieron la maravilla de su arquitectura y el milagro de sus tejidos. Con el mismo genio que dominó la dureza granítica, fabricaron la malla invisble de sus kumpis. El oro y la plata, las piedras finas, tomaron las más caprichosas y bellas formas, gracias a la destreza de orfebres y glípticos.

Poderosos intuitivos, plásticos insustituibles, alarifes únicos, a ellos debió su ser el arte virreinal esplendoroso. Desde las altas naves catedralicias y los coros y púlpitos de cedro tallado, hasta las custodias recamadas de pedrería y finos esmaltes y la vajilla magnífica del culto católico, las esculturas policromadas y los grandes lienzos murales, el buril, el pincel, el martillo, el cincel fueron manejados diestramente por los indios artistas. Hermosearon los palacios y los templos con sus manos privilegiadas, y la fama de sus obras paseó por las colonias y la metrópoli.

Después, el decaimiento, la muerte de los indios artistas, para que surgieran sólo los indios labradores, los indios cargueros, los indios sirvientes.

Renazca la milenaria aptitud. Vuelvan a florecer las artes populares: otra vez el indio artista produzca la belleza e indianice cuanto a sus manos tocan.

LA REBELDIA ORTOGRAFICA

Basta ya de sujeción al yugo de la gramática española —se han dicho los idiomas vernáculos—.

Sí, guerra a las letras opresoras: a la b y a la v, a la d y a la z, que no se usaron jamás; afuera la c bastarda y la x exótica y la g decadente y femenina, y la q equívoca, ambigua.

Vengan la K varonil y la W de las selvas germánicas y los desiertos egipcios y las llanuras tártaras. Usemos la j de los árabes análogos.

Inscribamos Inka y no inca: la nueva grafía será el símbolo de la emancipación. El keswa libre del tutelaje escriturario que le impusieron sus dominadores.

El keswa en la simpática amistad y vinculación fonográfica de los idiomas símiles.

Reaprendamos a escribir los nombres adulterados, las toponimias corrompidas. Kosko y no Cuzco, Wirakocha y no Viracocha, Paukartampu y no Paucartambo, Kochapampa y no Cochabamba, Kawiti y no Cahuide, Atau Wallpa y no Atahualpa, Kunturi y no Condori, Kespe y no Quispe, mitmajkuna y no mitimaes, yunkas y no yungas...

Limpiemos el keswa de escrecencias hispánicas, purifiquemos la lengua de nuestros padres inmarcesibles los Hijos del Sol: que brille su áurea, pulida armazón, recubierta por cinco siglos de mugre esclavista. Impongamos el léxico andino: que el orgulloso usurpador adopte las voces sin equivalencia. Que la vieja Academia de Madrid reconozca, vencida, la fuerza del andinismo filológico.

Rompamos el último eslabón de la cadena, aunque giman los nostálgicos del yugo, los españolistas a ultranza que suspiran por el Siglo de Oro Castellano y rinden fanático culto a Calderón de la Barca, Tirso de Molina, Lope de Vega, con la reverente actitud de los siervos coloniales.

Ideario

De los Andes irradiará otra vez la cultura.

El andinismo es mucho más que una bandera política; es sobre todo, una doctrina plena de mística unción. Sólo con la fe de los iniciados, con el ardor de los prosélitos, el andinismo surgirá para encerrar en su órbita todo lo que los Andes dominan desde su altitud majestuosa.

De los Andes tienen que nacer, como nacen los ríos, las corrientes de renovación que transformen al Perú.

El indio es el único trabajador en el Perú, desde hace diez mil años. Levantó con sus manos la fortaleza gigantesca de Sajsawaman, la ciudad sagrada del sol, los templos y los palacios inkaicos, los grandes caminos continentales, la canalización de los ríos, la captación de las aguas, los colosales acueductos, las terrazas innúmeras, las subterráneas galerías, las urbes coloniales con sus moles catedralicias y sus conventos de graníticos claustros, los puentes, las fábricas, los ferrocarriles, las obras portuarias, las instalaciones infernales de las minas profundas y multimillonarias.

El indio lo hizo todo, mientras holgaba el mestizo y el blanco entregábase a los placeres.

En la sangre india están aún todas sus virtudes milenarias.

Somos dueños de una de las más hermosas regiones del globo; la sierra y la montaña prodigan su belleza, como si no fuese bastante con la utilidad de sus ricos y múltiples productos, de todos los climas.

Podemos vivir en abundancia y bienestar. No nos torturan abismantes inquietudes. La tierra excede, prolífica y maternal, a nuestras necesidades presentes y futuras.

El virus moderno del parasitismo elegante penetra al Perú por la puerta abierta de su capital europeizada.

Hay que oponer a la suicida tendencia de la vida muelle la ley universal del trabajo, instituida como uno de los fundamentos de la grandeza inkaica.

El andinismo es el amor a la tierra, al sol, al río, a la montaña. Es el puro sentimiento de la naturaleza. Es la gloria del trabajo que todo lo vence. Es el derecho a la vida sosegada y sencilla. Es la obligación de hacer el bien, de partir el pan con el hermano. Es la comunidad en la riqueza y el bienestar.

Es la santa fraternidad de todos los hombres, sin desigualdades, sin injusticias.

El andinismo es la promesa de la moralidad colectiva y personal, la poderosa, la omnipotente reac-

ción contra la podredumbre de todos los vicios que van perdiendo a nuestro país.

Proclama el andinismo su vuelta a la pureza primitiva, al candor de las almas campesinas. Andinismo es agrarismo: es retorno de los hijos pródigos al trabajo honesto y bendito bajo el gran cielo: es la purificación por el contacto con la tierra que labraron con sus manos nuestros viejos abuelos los Incas.

Sólo una gran virtud personal; un titánico esfuerzo de moralidad puede salvarnos.

Sabemos ya por la sociología relativista, que en el mundo se han desarrollado, como grandes organismos, las culturas sometidas a las leyes generales de la vida: nacimiento, desarrollo y muerte.

Son las culturas seres específicos plasmados con caracteres propios e inconfundibles. Como los astros en el cosmos, las culturas en el mundo espiritual son las creaciones máximas de cuya energía se nutren pueblos e individuos.

Cada personalidad, cada grupo, nace dentro de una cultura y sólo puede vivir dentro de ella, como el pez en el agua. Esta relación universal entre el ser vivo y la naturaleza que le rodea se resuelve con el problema de la cultura. Vamos por la tierra con nuestro propio mundo a cuestas; conocemos, pensamos, sentimos según el conocer, el pensar y el sentir de la propia cultura. No existe el Hombre abstracto, no ha vivido nunca el ente de razón que ha creado el absolutismo filosófico.

Somos hijos, es decir, herederos de un ser que la Naturaleza y la Cultura han formado. La generación espontánea, la mutación, la vida sin historia repugnan, pues, a nuestra mente.

La cultura inkaica un organismo original. Aparece en el mundo precolombino con todos los caracteres de los sublimes productos de este connubio perpetuamente renovado entre la Tierra y el Hombre.

Aislada de los otros continentes, se desenvolvió por un proceso autogenético, nutriéndose por si sola, sin recibir influencias de otras razas o grupos. Llegó al esplendor y la grandeza, con una vitalidad y lozanía de que sólo son capaces las culturas que no han roto el cordón umbilical que las une a la Tierra.

Los Andes son la inagotable fuente de vitalidad para la cultura del Perú. No perdieron los inkas ni los indios de hoy han perdido su engarce telúrico. Conviven con la montaña y con el río, prolongan su sociabilidad a lo infrahumano y se confunden, en la nebulosa panteísta, con cuanto les rodea.

Los hombres que rasgaron el misterio del océano, rompiendo los límites del mundo conocido, al descubrir el país de las doradas leyendas, irrumpieron por entre la multitud atónita de Cajamarca y el Cuzco impelidos por la hidrópica sed de las riquezas metálicas.

Centauros veloces transmontaron la cordillera, vadearon el río, se perdieron en la inmensidad del desierto o en el laberinto de la selva, poseídos de una fiebre devoradora de enriquecimiento. Eran los hampones, los arruinados hidalgos harapientos, los capitanes ambiciosos arrojados de España empobrecida hacia las rutas tentadoras de El Dorado y Cipango. Pizarro trazó su destino y sintetizó el móvil de su empresa en la línea que marcara con su espada.

Marchaban al Perú a ser ricos.

Los audaces aventureros que se arriesgan por las encrucijadas o se juegan el sol por salir, tórnanse

tranquilos terratenientes, señores encomenderos.

Todavía ha de requerir la espada su espíritu inquieto en las correrías y batallas de las guerras civiles de Almagros y Pizarros; pero han detenido ya su inicial impulso. Cuelga la lanza el caballero, y el asturiano o el vasco se arma del arado y enseña a roturar la tierra purificadora por los métodos de otra cultura. Unce al buey. El caballo de combate tira del carro. Junto al maíz vernacular, luce sus doradas espigas el trigo. Del espadón y la armadura férreos se ha hecho la herramienta.

Evangeliza el encomendero. El sacerdote católico revela a Dios. Siembra la simiente de la nueva fe en el alma sencilla del idólatra solar. Los dogmas y el santoral se superponen al animismo de estos campesinos que adoran la cumbre.

La raza del Cid y don Pelayo mezcla su sangre a la sangre americana. A la violencia del asalto de los lúbricos invasores, sucede la tranquila posesión de la mujer india.

Se han mezclado las culturas.

Nace del vientre de América un nuevo ser híbrido: no hereda las virtudes ancestrales sino los vicios y las taras. El mestizaje de las culturas no produce sino deformidades.

La raza madre en los Andes supervive. Siguen alimentándola como nodrizas gigantescas. Apagado el luminar tawantinsuyu, brillan aún sus resplandores en el despojo humano, como brillan los últimos rayos del sol en las altas cumbres. En la meseta andina, en la sierra del Perú, no ha muerto la gran cultura aborigen.

Pese a nuestra ingratitud, la madre amorosa, negada por humilde, en el silencio y en el dolor de su in-

ferioridad vergonzante, sigue arrullándonos, como a hijos de sus entrañas, con la cantinela que entonaron todas las madres desde que vive el hombre en estos riscos.

Nació de vientre americano el hombre nuevo. Toda la influencia maternal de la cultura inkaica vive en nosotros. Discurre misteriosamente en nuestro espíritu como la sangre que irriga nuestro cuerpo. Nos debemos a la Raza.

El aventurero presuntuoso nos enseñó a despreciar al indio. La mujer que le daba los hijos era su sierva. El representaba la civilización: la cultura occidental, la España de los Reyes Católicos, de los caballeros de cota y tizona. Para él, trashumante hidalgüelo quizás analfabeto, la cultura de la rueda, de las letras, del caballo y de la holganza, del trigo y de la vid, de la moneda de oro y del comercio, de la guerra sangrienta y del sombrío misticismo, no podía ser igual sino superior a esta cultura de las casas de enormes monolitos, del llama, del maíz, del Inka paternal y magnífico, del agrarismo plácido, de la heliolatría jocunda, de las conquistas civilizadoras y humanas y de la vida comunitaria sin ricos ni pobres.

Quinientos años son necesarios —y quizás aún más— para que el hombre de la cultura occidental se dé cuenta de que el mundo no es su sólo mundo; de que más allá de las Columnas de Hércules o del archipiélago helénico, miles de años antes que el orgulloso europeo hubo hombres y pueblos capaces de un perfeccionamiento tan original, dentro de su medio telúrico, que se bastaron a sí mismos sin tener nada que envidiar ni aprender de otras gentes.

Cuatro siglos de implacable destrucción de una raza. Cuatro siglos que pugna el invasor blanco por

desarraigar una cultura. Nuestra historia es la tragedia de esta lucha. El hombre de ultramar y el aborigen, en este duelo gigantesco, no cejan en su empeño de afirmar su ser, sin doblegarse a la fatalidad del sino. Quiere el conquistador, en su loca presunción, borrar todo el pasado de diez mil años de cultura indígena. Bajo la piqueta del destructor van cayendo, una a una, las instituciones del viejo imperio. Los suntuosos palacios, las estupendas fortalezas, los magníficos templos levantados por el Inka, en un glorioso afán de eternidad, son derribados por el bárbaro vencedor. Con los últimos señores de Vilcabamba concluye la estirpe solar de los emperadores. Rueda del patíbulo la inocente cabeza del postrero príncipe del Tawantinsuyu. ¡Mas, es en vano, del alma india no puede ser arrancada la esencia de su cultura!

En la torpe desviación republicana, incapaces de comprender la realidad histórica, hemos ido más allá del opresor español. Los últimos vislumbres de autonomía, el simulacro de las autoridades indias, la conservación de la propiedad comunitaria, el refugio en lo ornamental de las fiestas en que reaparecían aún las insignias del Inka vistiendo a algunos de sus descendientes como un recordatorio de su grandeza, todo, todo ha desaparecido en nombre de una burlesca, sombríamente irónica igualdad. Más ciegos, más ignorantes que los colonizadores, borramos de una plumada las sabias leyes protectoras del regnícola que en aquellos lejanos tiempos se dieron con un gran conocimiento de la virtualidad jurídica. No ha habido emancipación para la raza americana.

El divorcio nacional en que vivimos, que acentúa de día en día la incomprensión de la sede del gobier-

no, impide afrontar la solución de los grandes problemas vitales como el problema de la raza indiana. Los Andes constituyen una muralla infranqueable para el legislador y el gobernante de la Capital. De otro lado, son tan diversas las modalidades de serranos y costeños que éstos no podrán darse cuenta nunca de lo que es la vida en las serranías y de lo que significan los ideales de cuantos de ella participamos. Esta disparidad sociológica viene desde muy atrás. El Cuzco y Lima son, por la naturaleza de las cosas, dos focos opuestos de la nacionalidad. El Cuzco representa la cultura madre, la heredada de los inkas milenarios. Lima es el anhelo de adaptación a la cultura europea. Y es que el Cuzco preexistía cuando llegó el Conquistador y Lima fue creada por él, ex-nihilo.

¿Cómo desde la capital va a comprenderse el conflicto secular de las dos razas y las dos culturas que no ha perdido su virulencia desde el día que el invasor puso sus plantas en los riscos andinos?

Será capaz el espíritu europeizado, sin raigambre en la tierra maternal, de enorgullecerse de una cultura que no le alcanza?

¿Podría vivir en el mestizaje de otras razas exóticas el gran amor que sólo nutre y mantiene la sangre de los hijos del sol?

Sólo al Cuzco está reservado redimir al indio.

La intelectualidad de las sierras ha emprendido la gran cruzada indianizante. Bajan de los Andes los arroyos purificadores que mañana serán los Amazonas soberbios de la Nueva Edad Americana. Crece el orgullo de sentirnos herederos de una gran cultura original, y de un extremo a otro del continente se mueven los precursores para proclamar la emancipación del Espíritu Colombino. En Buenos Aires se saluda con el fervor de los fanáticos prosélitos de un culto vital el advenimiento del Arte Inkaico. Y desde Montevideo

hasta Nueva York se deslizan las ondas sonoras del Himno del Sol.

El día que todas las conciencias sientan nacer el orgullo de ser de esta madre sublime —la Raza— que aguarda largos siglos la hora de su rehabilitación, habrá desaparecido el problema indígena.

Los indios, señores de la tierra, elevados a nuestros ojos por la vivificación de la vieja cultura, volverán al hogar común como el hermano injustamente despreciado y preterido que reocupa su sitio, impuesto su derecho de vástago legítimo.

Ilusión perniciosa, engaño interesado pensar que el indio puede redimirse por una ley o unos cuantos decretos. No es la obra de un hombre ni de una generación.

Sólo un gran amor fraternal, comprensivo, uno de esos amores que arrancan de la génesis de la especie y son el grito de la sangre, tendrá el poder de Salvar al Perú, dignificando al indio.

EL PERU, PUEBLO DE INDIOS

Un periodista yanqui ha afirmado, ante el escándalo de muchos, que el Perú es un pueblo de indios y que esa consideración ha influido en el ánimo del presidente Coolidge para negarle justicia en su controversia con Chile.

Y ha dicho bien el periodista yanqui. El Perú es un pueblo de indios. El Perú es el Inkario, cuatrocientos años después de la conquista española. Dos tercios de su población pertenecen a las razas regnícolas; siguen hablando los idiomas vernaculares.

Para esos cuatro millones de peruanos, sigue siendo el Hombre Blanco un usurpador, un opresor, un ente extraño y extravagante.

El Hombre Blanco, en buena cuenta, no ha sustituido al indígena sino a una clase social inkaica. A los que mandaban, a los que dominaban. El Monarca Español heredó al Monarca Indio, le sucedió en el derecho de gobernar y en el de la propiedad de las tierras "del Inka". La Iglesia se apoderó de las tierras "del sol". De muchas tierras públicas y privadas salió el repartimiento. Al curaca reemplazó el encomendero, el terranetiente, el gamonal. El Hombre Blanco sustituyó, pues, a los inkas, es decir, a la nobleza del imperio.

El pueblo siguió siendo netamente americano.

El Hombre Blanco construyó la Ciudad a la española, unas veces sobre las ruinas de la urbe inkaica, como el Cuzco, otras veces no: la ciudad salió de la nada, aunque la "mano de obra" fuera siempre india. Lima, Arequipa, Trujillo, Piura, fueron surgiendo por mandato del español dominador, pero por esfuerzo del regnícola.

Mas, el Perú esencial, el Perú invariable no fue, no pudo ser nunca sino indio. De un cabo a otro del territorio, erizado está el mapa de toponimias keswas, aymaras, mochicas, pukinas. Ciudades, aldeas, ventorros, haciendas, heredades, simples parcelas, montañas, ríos, valles, lagunas, todo está bautizado por la Raza. En vano el esfuerzo de llamar Grau a Cotabambas o Espinar a los distritos altos de Kanas o Melgar a Ayaviri. En vano suavizar la ruda fonética de los ásperos apellidos o, absurdo descastamiento, traducirlos algunas veces al español. Los Kispes y los Waman, los Kondori y los Changanaki, los Ch'ekas y los Chok'ewanka están denunciando la verdad inmarcesible: el Perú es indio y lo será mientras haya cuatro millones de hombres que así lo sientan, y mientras haya una brizna de ambiente andino, saturado de las leyendas de cien siglos...

¡El Perú es indio!

Precisan cuántos siglos para darse cuenta de este hecho primordial. Ha sido necesaria una evolución

profunda en el pensamiento para que haya quien se atreva a proclamarlo así. Que esta verdad como un rayo andino fuera capaz de rasgar la áspera atmósfera de engaño en que vivíamos.

Todos contribuyeron al galeotismo de apellidar al Perú pueblo moderno, pueblo blanco, pueblo europeo. Inclusive los indios que lograban redimirse de su inferioridad social, negando su origen, aunque el rostro los desmintiera. Se tenía vergüenza de ser indio, como se tiene vergüenza de ser esclavo.

Era legítimo el anhelo del agricultor o del pastor indígena: que sus hijos adquirieran la posibilidad de no ser esclavos. Había que enriquecerlos, había que educarlos a la española, había que vestirlos como caballeros. Gutiérrez, Rodríguez o Meléndez apellidaría el hijo de Juan Waman y Petrona Kispe. Sería doctor y viviría en la ciudad, dueño de una casa y de una hacienda. Llegaría a diputado, a ministro, a vocal. Maldito si se acordaría más de Juan Waman y Petrona Kispe. Si algunas veces los infelices intentaran llamarle "su hijo", qué ofensa para "el doctor"...

He aquí la tremenda tragedia silenciosa de que ha sido teatro el Perú durante cuatrocientos años, sólo por negar esta verdad cardinal: que el Perú es un pueblo de indios.

Pero, aclamada la gran verdad, dignificado El Indio, señor de la tierra, creación del Ande, granítico símbolo de una cultura inmortal, los Kispe y los Waman tendrán a orgullo firmar así, ya no será un baldón para el doctor Crisanto Condori que sus viejos padres —que por él se sacrificaron— le sigan amando como a retoño de la raza, con el mismo candor que cuando Crisantucha pastaba las ovejitas en el cerro del ayllu.

Hay que medir y sopesar la trascendencia de este descubrimiento sensacional, de esta invención feliz de que el Perú es un pueblo de indios. Significa este hecho la rehabilitación de la mayoría de los pobladores del país. Significa su emancipación verdadera de la escla-

vitud en que yace. Significa —sobre todo y ante todo — que ha nacido la conciencia nacional, que ya el Perú no es un pueblo caótico y sin rumbo.

Sabiéndose el Perú un pueblo de indios, está trazada la ruta que debe seguir. La gran luz que proyecta su propia verdad no ha de menester de extrañas y débiles linternas.

COSTA Y SIERRA

En una sociología freudiana, estas dos regiones del Perú representarían dos sexos. Feminidad la costa, masculinismo la sierra. Ya en el tiempo precolombino se habían marcado los contrastes: gentes amigas de la holganza, de la vida muelle, de los placeres viciosos, eran las del litoral, en tanto que las andinas se distinguían por la rudeza de sus costumbres, su frugalidad y su espíritu bélico. Bien lo hacía notar el fraile Las Casas, en su apologética historia.

En el período de la conquista, las hazañas de los bravos aventureros se realizaban entre los riscos y los peñascales de las tierras altas; del Cuzco salían todas las expediciones, ya al Tucumán, ya a los desiertos de Atacama.

Existieron dos coloniajes: el coloniaje de Lima, pleno de sibaritismos y refinamientos, con un acentuado perfume versallesco —la Perricholi su símbolo— y el coloniaje del Cuzco, austero hasta la adustez, varonil y laborioso. La colonia costera tiene su tradicionista y la crónica cortesana de Ricardo Palma. La colonia serrana no está historiada.

El peninsular absorbió el barroquismo chimú-naska: tras de las montañas fue americanizado virilmente el hijo de Castilla. En las sierras, lo indio se impone: a las orillas del mar, lo español.

Este "eterno femenino" de Lima tiene sus mejores páginas en la historia republicana, desde los albores de la vida libre.

San Martín se adormeció en sus brazos con laxitud capuana, en tanto que Bolívar se vigorizaba en los fríos climas de los campos serraniegos. En el Cuzco, el Libertador se postró ante el solio de los Inkas: en Lima, el Libertador era servido de rodillas. Lima fue dos veces violada por el invasor extranjero, y su feminidad se exacerbó siempre en su diplomacia versátil; ningún vencedor osó acercarse al Cuzco, y su masculinidad se dejó sentir en la enhiesta actitud bélica que le hizo —todo tiempo— temible.

Lima y la costa representan el aduar convertido en urbe, frente a la soledad parámica de sus arenales. El Cuzco y la sierra son la naturaleza, el ruralismo, lo perenne, lo indesarraigable. Nada extraño que Lima sea extranjerista —¡hispanófila!— imitadora de los exotismos, europeizada, y el Cuzco, vernáculo, nacionalista, castizo, con un rancio orgullo de legítima prosapia americana.

Lima se regocija cuando el huésped hiperboliza su feminidad: "No hay mujer más bella en el mundo que la limeña". Al Cuzco le es grato el reconocimiento de su virilidad y de su altivez. Lima tiene la nostalgia de sus virreyes donjuanescos, y el Cuzco la de sus austeros reyes, los Hijos del Sol. Qué extraño que en Lima se pronuncie a cada instante el ditirambo a la Madre España, con tierna emoción filial —servil—, y en el Cuzco no haya amenguado la hispanofobia de cuatro siglos, viéndose en cada peninsular al verdugo de la raza.

Teatro de la historia incaica es la sierra. En cada vallecito, en cada repliegue andino, en las planicies cordilleranas, allí se desenvuelve el proceso histórico del Perú.

La sierra es la nacionalidad.

El Perú vive fuera de sí, extraño a su ser íntimo y verdadero, porque la sierra está supeditada por la costa, uncida a Lima. Sólo de este modo se explica que haya República Unitaria Central, que predomine lo que no es autóctono, que gobierne y dicte las leyes una

minoría extravagante sin ningún vínculo ni afinidad con el Pueblo del Perú, con la raza que creó la cultura por el esfuerzo milenario.

La monstruosa planta urbana crecerá en el litoral: extenderá sus tentáculos hasta el mar. Otra vez quien sabe Chan Chan y Cajamarquilla reunirán en su seno millones de ciudadanos. Y la civilización producirá sus frutos podridos, y su flor de decadencia lucirá con los más lindos colores y el perverso aroma exquisito embriagará.

Pero un día bajarán los hombres andinos como huestes tamerlánicas. Los bárbaros —para este Bajo Imperio— están al otro lado de la cordillera. Ellos practicarán la necesaria evulsión.

El Problema Indígena

Conferencia leída en la Universidad de Arequipa el 22 de Enero de 1927

Tras de las cuchillas del Ande, en pleno desierto, crearon los inkas este oasis. Ved la campiña: todo es macetería, andenes, campos de cultivo que el hombre formó. Aquí, como al otro lado de las montañas, se contempla la obra titánica de los Hijos del Sol. Y desde los nombres de sus montes nevados, Misti, Pichupichu, Chachani, hasta los de sus ríos y lugares de recreación, Chile, Uchumayo, Yanahuara, Tingo, Paucarpata, el keswa dejó en sus voces la huella que los siglos no borran.

Arequipa es una avanzada del espíritu andino sobre el mar. El inka insufló su aliento a la tierra; fecundáronla los Andes con el cristalino caudal de sus aguas, y, mientras llegan hasta aquí las quemantes arenas de la oceánica playa, bajan de las cumbres las frescas brisas.

Arequipa es el eslabón de costa y sierra. El Misti escruta por igual los riscos y las dunas.

—

El mestizo arequipeño es un tipo racial de excelencia. En esta región del país dio la sangre mezclada de conquistadores e indios el fruto escogido, aquí; en este espacio privilegiado que la montaña disputa al desierto.

El hombre de la Pampa posee cualidades primarias: une a su fortaleza física grande sanidad espiritual.

Sobrio y resistente como el inka, enérgico trotamundos como el aventurero español, su inquietud le lleva a todas las latitudes; se adapta a los medios hostiles y, por su disciplina en el trabajo, por su ánimo optimista, por su firme resolución, triunfa y domina, en las rudas labores manuales, en el comercio y la industria. La estrecha campiña le enseñó a ser pragmático. Le grabó también indeleblemente su inkaismo.

En el humilde rancho —igual en todo a la *chujlla* cordillerina— el mestizo arequipeño, después del yantar tradicional— el *uchu* y el *ajka* de los viejos peruanos— expresan en su música la saudade inefable, la dulce ansia nostálgica por los vallecitos serraniegos, de los que salieron sus antepasados, los primeros pobladores tan remotos.

Las cuerdas de la guitarra vibran quedamente: es el mensaje milenario del *mitmak* (el mitimae), el doliente eco de los ayllus trasportados del paisaje materno a las tierras nuevas.

No sacrifica su modo de ser, este mestizo, ante las exigencias del medio extraño: en la pampa salitrera, en la mina glacial, en el "puesto amazónico", lo impondrá enérgicamente. Desde el detalle culinario del *rokoto* hasta el yaraví de las veladas íntimas.

Y llevó el impulso asociativo, el sinequismo que es ejemplar en las colectividades arequipeñas fuera del terruño. ¿No lo identifican con el hombre de comunidad que es el hombre del inkanato?

En la fabla popular tan sabrosa, cuántos términos keswas involucrados, kechuismos ahora con título propio en el léxico español. Supersticiones, magia (hechicería, brujería), medicina casera, leyendas y consejas, cantos y cuentos, arte de guisar, todo lo que Keyserling halla intransferible, es de raíz india. Por encima de la mixtificación, bajo la cáscara europea, civilizada, el *genius loci*, genio de la montaña, es todopoderoso en los vastos dominios de la subconciencia.

El mestizo arequipeño ha heredado las sobresalientes cualidades indígenas y las conserva mejor en

mucha parte, por que ignora su procedencia. (¡Oh el prejuicio, oh la repugnancia indiófobas). Vida vernácula, pegada a la tierra, con matrices originales, la de la sociedad arequipeña. Sus llamados defectos resultan virtudes.

A los ojos del europeizante, la resistencia misoneísta, los hábitos y las costumbres inmemoriales de este pueblo, aparecen reprensibles. Para quienes queremos un Perú muy peruano, ese apego a lo propio que es alta moralidad en la vida privada, amor de familia, práctica de los usos inveterados, posee un valor excepcional, es la legítima defensa de la personalidad contra el avasallamiento progresista, civilizado, europeo. Defendemos nuestra vitalidad de la inoculación del virus de decadencia que se importa del occidente. (Ya lo dijo Ortega y Gasset, toda civilización recibida es fácilmente mortal para quien la recibe, porque la civilización —a diferencia de la cultura— es un conjunto de técnicas mecanizadas, de excitaciones artificiales, de lujos o *luxuria* que se va formando por decantación en la vida de un pueblo).

Partícipe Arequipa de la grandeza andina —ahí tenéis sus cumbres nevadas, los Apus y los Aukis centinelas— vive con los caminos abiertos al mar. Interfiere, recibe y trasmite el clamor del océano y de la montaña, la voz de las tierras lejanas, la voz de las tierras nuestras. Arequipa tiende los brazos al firme apoyo de la cordillera, porque sabe que es inseguro el desierto.

El papel ambivalente que tocará a Arequipa en el futuro debe hacerse conciencia profunda en la juventud que escucha. En Sudperú, en esta hora de compulsación de fuerzas, correspóndele una acción principal. Bajo la égida del Misti simbólico, a plena luz, hará posible, con su intervención conciliadora, un entendimiento entre los hombres de la costa y de la sierra. En Arequipa se firmará el "Covenat" que consolide la unidad política, la convivencia de armonía de

los elementos disímiles de estas dos grandes regiones del país.

Arequipa deberá ser un oasis espiritual, un remanso de las encontradas corrientes indianista y europeizante, y un refugio a donde vengamos a buscar quietud y paz. Posee atractivos físicos insuperables —oh sortilegio de belleza y salud. Dotadla, jóvenes maestros y estudiantes, del ambiente cultural que a su carácter corresponde.

Mientras en las ciudades vivimos entregados a las pequeñas luchas por el interés y el predominio individuales, en la Sierra del Perú se incuba un nuevo estado social.

En Puno y Cuzco la masa indígena antropopiteca readquiere espíritu. Un vivo anhelo de educación parte de los ayllus. Los padres llevan a sus hijos a la escuela, y los huidizos pastorzuelos se han transformado en puntuales alumnos. De largas distancias —no importa los cerros que hay que trepar ni los ríos y obstáculos que vencer—, vienen a instruirse los jóvenes indios. Hay avidez. ¿Obedece al plan de hacer también suyos los instrumentos de esclavización que hoy monopolizan blancos y mestizos? Sí, quieren ellos libertarse de la ignorancia que los mantiene en inferioridad.

La avalancha ha comenzado. Rebasan las casas-escuelas de discípulos y el preceptor se malhumora aoostumbrado como estaba a llenar el expediente con media docena de mesticillos sus alumnos.

Los latifundios se arruinan. Atraviesa por grave crisis el feudalismo cuzqueño. A la gesta trágica de las mutuas violencias —masacres y vendetas horribles— ha seguido una sorda y tenaz lucha. El indio no ataca. Se cruza de brazos.

Adoptó la táctica hindú de la no-cooperación. Gandhi trasmite su mensaje desde el Himalaya y en las cresterías andinas halla su receptor altoparlante.

Las tierras yermas, sin cultivo; los rebaños, dispersos, abandonados; los acueductos, sin agua, des-

truyéndose; derribadas las cercas. Sobre planicies y laderas amarillentas —las que ayer verdeaban sonreídas por el Agua y el buen Padre Sol— pasa una sombra densa de muerte y de misterio.

El indio se remontó a las punas; herboriza ascéticamente. No trabaja. Prefiere el hambre a la explotación de que piensa liberarse.

La hacienda no produce.

Es la huelga general del proletariado andino.

¿Qué hacer? Se exaspera el opresor vesánico. Carece ahora del pretexto del levantamiento, de la sublevación indígena. Nadie asoma por el caserío. El ulular de las multitudes enfurecidas se pierde en la lejanía confusa.

Es entonces que el cacique busca al indio en su hogar sosegado y distante. La fuerza puesta a su servicio invade los ayllus con ímpetu de Gengis Khan. Saqueo de las pobres moradas, violación de las mujeres indefensas, maltrato cruel de los niños, apresamiento y vejación de los ancianos, deportación en masa de los adultos al infierno de las selvas, triste sepultura del cuitado.

Es en estas condiciones de máxima opresión, de fracaso irremediable de evangelizadores y humanitaristas, de Patronatos y Proindígenas, que aparece en el altiplano la secta religiosa llamada el Adventismo del Sétimo Día (ignoro su credo y no me interesa conocerlo).

Emprende la catequización de nuestros *highlanders por métodos nuevos*. El indio de la meseta —desamparado de Dios— encuentra en el preciso instante un amigo cordial en el rubio misionero de Yanquilandia. Supieron los adventistas —por caminos seguros— acercársele derechamente al corazón. ¿Cuál fue su secreto? Igualdad. No le hablaron como amos sino cual simples camaradas. ("Hermano Johnson. Hermano Condori").

Y sus sentimientos fraternos —sinceros o no— se exteriorizan en formas palpables: asistencia, coope-

ración, educación, respeto mutuo, ambiente familiar en las relaciones cotidianas.

(Ved a este anglosajón montado en su motocicleta, tragando las leguas de la planicie para conducir auxilios, médicos a un enfermo, libros y folletos a los lectores vírgenes, figuras y juguetes a los niños, herramientas al trabajador).

El adventista está ayudando al alumbramiento del nuevo indio. Su asepsia se deja ver en la extirpación de los vicios seculares: alcoholismo, cocainismo, servilismo. El hombre que en la altipampa del Kollau representa hoy la tradición milenaria del Tiawanaku, posee hábitos higiénicos, viste de americana, reside en limpias moradas, no bebe aguardiente ni *pijcha* coca: es abstemio. Ha aprendido a mirar de frente, a hablar con aplomo y a extender la mano en gesto amistoso a cuantos favorece con su simpatía. Es un hombre.

La obra adventista adquiere enorme proyecciones. La Escuela Normal de Juliaca, el crecido número de escuelas y maestros que sostiene, la organización en gran escala de sus oficinas, todo revela que estamos en presencia de un poder social nuevo que no por negarlo deja de existir y que —por lo contrario— debe ser atentamente examinado para conocer sus métodos y denunciar sus peligros.

El despertar de millares de conciencias indias implica el más grave problema que se haya presentado jamás en el Perú.

¿Cuáles son los propósitos que abriga el nuevo indio? Porque no se trata ya de la involucración aislada de individuos aborígenes en el compacto mestizo-europeo: es la masa infrahumana —diez millones de indios en Perú, Bolivia y Argentina— que torna a constituir grupos sociales conexos, que busca la luz y descubre en la caverna interior el fuego perdido de la conciencia racial.

¿Qué programa tiene formulado la vanguardia nativa del movimiento pan-indianista? ¿Alguien lo sabe?

Nosotros —que sin ser indios predicamos un quinto evangelio inkaísta— tampoco lo sabemos.

Algo se puede intuir.

Ante todo, los nuevos indios readquirirán rotundamente su calidad de seres humanos; proclamarán sus derechos; anudarán el hilo roto de su historia para restablecer las instituciones cardinales del Inkario.

Hay algo. Sí, es esa fuerza extensa y penetrante de la que sale el desorden de los cataclismos y el curso ordenado y tiránico de la vida. Es esa fuerza —de que nos habla Barbusse— que dirige nuestros átomos y maneja nuestros brazos, sin que los sepamos nosotros. Encarna ya en el agregado humano de los Andes y ella los hace vibrar como una tempestad que se avecina?

¿Qué resistencia oponerle?

El block de mestizo-europeo es minúsculo e inerme. Las gentes de color significan el décuplo y han monopolizado el arma. Ya lo dije otra vez, el fusil es indio.

El autómata que hoy dispara contra sus hermanos de raza dejará de serlo. ¿Y entonces?

Quién sabe de qué grupo de labriegos silenciosos, de torvos pastores, surgirá el Espartaco andino. Quién sabe si ya vive, perdido aún, en el páramo puneño, en los roquedales del Cuzco.

La dictadura indígena busca su Lenin.

Los que vivimos en el corazón de la sierra poseemos el privilegio de asistir al acto cosmogónico del nacimiento de un mundo, como el viajero que contempla el sublime espectáculo de la tempestad en medio de la llanura azotada por el rayo. Privilegio en el peligro.

En el Cuzco, centro de la indianidad, los núcleos de la inteligencia están en guardia. La Escuela Cuzqueña —así la ha bautizado Francisco García Calderón— hace bastante tiempo que se organiza y disciplina. Sus actividades indianizantes e indiófilas han traspuesto las fronteras para extenderse por la Amé-

rica que busca en los Andes una justificación de su existencia, como el hidalgo en su solar: Artistas y escritores cuzqueños son acogidos con simpatía por los núcleos americanistas y en las grandes publicaciones de Indoamérica no sólo con curiosidad sino con interés profundo son leídas sus producciones, comentadas sus obras.

Los cuzqueños nos hemos dado cuenta con oportunidad de la inminencia de un próximo nuevo ciclo de cultura andina.

Y —por qué no decirlo— nos asiste la fe viva en cierto papel providencial deparado al viejo solio de los inkas. Puede ser para muchos censurable este orgullo cuzqueño de sentirse pueblo escogido; pero, tal sentimiento es tan fuerte que nos compele a marchar juntos hacia un solo rumbo, como impelidos por un soplo místico.

De aquí la sensación de fuerza y unidad que produce el Cuzco a quienes observan los movimientos espirituales del país en esta hora crítica.

¿Será presunción nuestra el intento de encauzar las formidables energías desplazadas por el mundo que nace detrás de las montañas?

Cuando la voz de la sensatez civilista —Francisco García Calderón— auguraba, no hace mucho, que en el Perú el elemento indígena adquirirá lentamente predominio, (aunque ese predominio lo explique nuestro pensador por la aplicación de la Ley de Gresham a la etnología), los ánades del capitolio anunciaban un peligro que sólo se podría conjurar —según la receta del mismo cuerdo publicista— por la constitución de una oligarquía desinteresada y enérgica.

Había que preguntar: ¿una oligarquía formada por quienes?

Si ha de ser la que en el Perú tanto hemos conocido, el remedio que se señala es inocuo, totalmente ineficaz.

La única *élite* posible, capaz de dirigir el movimiento andinista, será integrada por elementos racial

o espiritualmente afines al indio, identificados con él, pero con preparación amplísima, de vastos horizontes y ánimo sereno y sonrisa estoica para afrontar todos los reveses, sin perder la ruta en el laberinto de las ideologías.

Ese grupo selecto se incautará de la técnica europea para resistir a la europeización y defender la indianidad. El vendrá a ser el bautista de ideas que dé nombre a las cosas y luz a los ojos del monstruo ciego.

La indiada resurgente informe, como una nebulosa, contorneará su personalidad, bajo el cincel de verdaderos escultores de pueblos. Admiremos la genialidad del artista que llega, el nuevo Miguel Angel de este Moisés de la montaña.

Sólo dos alternativas tiene el advenimiento de la Raza resurrecta; significará o la ciega destrucción demoniaca lucha de razas, o la evulsión creadora con término en el Pacto o Contractus, estabilizador vital de todas las variedades étnicas asentadas en el "habitat" peruano.

Los obreros intelectuales estamos obligados a buscar la segunda solución.

¡Cuántos peligros trae consigo el deslumbramiento para quien emerge "de la negrura mística de los estadios primitivos", en la que, por quinientos años, ha vivido la Raza de los Andes!

De quienes la guíen depende el futuro.

Esta "alma grande que despierta" (la terminología spengleriana en imprescindible) esta alma dotada de una demiúrgica voluntad de cultura, ha menester del grupo de escogidos que vive, siente, obra y sabe morir en nombre del pueblo.

Aspiramos a constituir ese grupo.

Nuestro evangelio se sintetiza en una sola palabra:

ANDINISMO

Es una expresión geográfica, toda vez que la raza existe en tanto se arraiga en un trozo del planeta. ("Raza y paisaje van juntos, y donde se halla el solar permanece también la raza").

Andinismo, expresión deportiva. Supera a alpinismo como superan al Mt. Blanc el Waskaran y el Koropuna.

Andinismo, deporte de dioses. Anhelo de infinito, de exaltación constante.

Andinismo, agua purificadora, creadora, sangre de los antepasados, aspiración vertical de la tierra. La vida y la cultura germinaron en la planicie y en el valle andinos. ¡Ex Oriente Lux!

(Absurdo enuncian cuantos dogmáticamente sostienen que la cultura trepó a la meseta. ¡Basta abrir los ojos para pensar lo contrario! Hombres y formas culturales se desparramaron —copa colmada— de la hoya del Titikaka, costa y sierra abajo).

La doctrina andinista pretende ser un ensayo de ideología aborigen. Se forma lentamente y a la larga indios o indiófilos nos entenderemos.

Se percibe ya la inquietud prolífica que va a crear el apostolado. La suma de inauditas iniquidades contra el indio colma toda medida. Ha llegado el turno de indignarse a los indiferentes, a los timoratos, a los endurecidos.

La raza crucificada se transfigura. ¿Cuándo la resurrección no fue precedida del martirio y la muerte?

Y de este dolor de las lacerias, de las injusticias, brota, como flor de cactus, el anhelo primaveral, el amor de la vida nueva, del Resurgimiento, de la elevación a la luz, y al goce inefable de los horizontes ignorados. El que vivió una vez vivirá siempre.

Como un vino añejo enardece esta savia y templa el alma para el sacrificio.

Por Puno y Cuzco se desparraman los misioneros del andinismo, con la fe mística de los perseguidos que buscan un reino de justicia. En torno a ellos, reúnen-

se labradores y pastores: inquieren el anuncio profético. La esperanza anida en sus corazones quebrantados por la opresión sin tregua.

Los portadores de la Buena Nueva, como los discípulos de Cristo, pasan por la prueba del dolor. Llenas están las cárceles de estos que la justicia romana ha calificado delincuentes por no conformistas con la sociedad y sus leyes. Y en el Valle de la Muerte, en las posesiones insalubres del Madre de Dios blanquean los huesos de las innúmeras víctimas.

En esta situación de extrema violencia, en que el caciquismo juega su última carta, prevalido de todos los elementos necesarios para aplastar al indio y sus defensores, es que se establece en el Cuzco el "Grupo Resurgimiento", comunidad fraterna de trabajadores manuales e intelectuales, maestros y estudiantes, artistas y escritores, indios y mestizos en pie de absoluta igualdad, unimismados por el ardor combativo, por el valor sereno de quienes no temen las represalias sino que las esperan.

Nada conturba su ánimo, porque al ingresar a esta hermandad, renunciaron a todo escrúpulo cobarde.

Voluntariamente nos hemos impuesto misión tan ardua, como para purgar la culpa de las generaciones cómplices en la estrangulación de la Raza.

La juventud y la intelectualidad del Cuzco están en su puesto.

La gran cruzada pan indianista deberá extenderse, con idéntico fervor, por el circuito Sudperú-Bolivia-Argentina: "todo lo que los Andes abarcan".

Por ineluctable destino —imposición de la tierra, voluntad de los dioses— Sudperú mira hacia el Atlántico, nuestra aguja de marcar señala el Plata. Del Cuzco, por encima del Alto Perú, alzamos los brazos, listos a estrecharse con los que se nos ofrecen cordiales desde la cosmópolis austral. La disputa de las comunicaciones rápidas para la República del Altiplano beneficiará enormemente a Sudperú, aproximándonos a Bolivia, Brasil, Argentina, Uruguay y Chile.

Sudperú está llamado a la supremacía por múltiples causas. Tiene sobre las otras regiones la ventaja del espíritu solidario que está creando una verdadera conciencia colectiva.

El gran bloque de los pueblos meridionales del Perú, espiritualmente unificado, inclinará la balanza en un futuro que todos presentimos.

Otra vez, pasados dos mil años, el Lago de las Teogonías, el Titikaka venerable, demiurgo animador de cielos y tierras, reocupa su centricidad. Emergerán de sus orillas los fundadores, los Waris gigantescos que llevarán el germen de la cultura por todo el continente.

Como un imperativo recuerda el exégeta el apotegma pindárico. "Llega a ser lo que eres". Y Spinoza, filósofo de filósofos, dicta: "Persiste en ti mismo".

El nuevo indio se ha descubierto a sí propio. ¿Quién si no él resolverá su problema? ¿Quién si no él hallará el camino que lo conduzca al mundo tenebroso de su conciencia milenaria? El problema indígena lo solucionará el indio. El kolla y el mujik ruso, en opuestas zonas del planeta, no sólo coinciden en su símbolo primario, la planicie.

Lugones, no el fascista sino el poeta, es decir, el vidente, escribió, no hace mucho, estas palabras que dejo a vuestra meditación.

"Todos los focos de la antigua iniciación han vuelto a encenderse. La palabra, a la vez divina y fatal, ha cruzado esta vez los mares; y desde los dominios siberianos que el "shaman" evoca con epiléptico tamboril, hasta la piedra misteriosamente sonreída de la Esfinge; desde la montaña hindú donde impera el Gran Asesino, hasta los Señores de Piedra de Tiawanaku, del Yucatán, la inquietud de los días iniciales se eriza como una crin sobre el lomo de la tierra".

Wirakocha, el dios de las cumbres y las aguas, desciende, otra vez, desde la altitud del Olimpo andino, y a su paso los Hombres de Piedra abandonan su enclavamiento milenario y caminan, como el Lázaro bíblico. Su voz resuena en las concavidades graníticas, como el trueno. Y la tierra tiembla.

Hombres de Piedra de este tiempo, despertemos.

No haya conciencia que no se estremezca de gozo y espanto cuando un mundo nace detrás de las montañas...

¡Arriba los Indios!

Auscultaciones de los publicistas.

Su tradición y su natural inclinación lo llaman a la tierra. Será siempre un agricultor de buena voluntad, mucho más si llega a conocer los modernos procedimientos. La fortaleza de su cuerpo lo capacita para ser un excelente minero. Su gran sentido de régimen y disciplina, su profunda e incomparable moralidad hacen del indio un soldado ideal, probablemente como no existe superior en Europa. Soldado, minero, labrador —esto es ya el indio, y lo es de manera inmejorable, en cuanto pueda serlo alguien que lo ignora todo, y de quien nadie se cura sino para explotarle.

Después, ciertos tipos de hombres especiales... Su resistencia corporal y su paciencia nos darían excelentes exploradores; su sentido estricto de las realidades y su carencia innegable de imaginación nos darían matemáticos de primer orden, constructores e ingenieros; su paciencia y su espíritu metódico —el indio es lo más admirablemente metódico que existe en América— nos darían incomparables maestros de escuela su natural disciplinario y obediente nos daría excelentes sargentos, lugartenientes y subjefes y más tarde tal vez tácticos y capitanes; y más tarde aún, las grandes cualidades fundamentales de la raza, el propio dominio, la suficiencia, la voluntad silenciosa e indomable y cierta dosis de fatalidad superior que comporta consigo toda cabeza hegemónica y que posee el indio indiscutiblemente, harían que éste nos dé hom-

bres gobernantes y grandes patricios. En este sentido, Santa Cruz es un verdadero *representative man* de la raza.

El alma india es un alma replegada y revertida sobre sí misma.

El indio está como cerrado, y si llega a dar, nunca llega a darse.

Voluntad silenciosa y orgullosa de ser y quedarse lo que se es y como se es.

No sólo es el cuerpo que *persiste* histórica y fisiológicamente hablando: también el hombre interior, la voluntad, la intención, la acción humana por excelencia, *persiste* característicamente. El indio *quiere* con la misma constancia que perdura.

Porque el indio, como todas las grandes razas, es un conservador, es decir, que en la congregación de la vida, se prefiere a sí mismo y preferie su propia ley de vida, a cualesquiera otras, teniendo como tiene una una especie de noción subconsciente de su verdadera superioridad.

Desde el momento que el indio aparece en la historia su acción en toda forma es idéntica a sí misma. Una grande unidad reina en su manera de ser y de obrar.

El indio sabe pocas cosas, pero lo que sabe lo sabe mejor que nadie.

Una extraña rigidez y una superior severidad han debido ser siempre el fondo de la naturaleza interior del indio.

Una comprensión recta y directa, incompleja y sana de toda forma y de todo principio de causalidad, tal es la característica del indio.

Lo que alcanza a ver lo ve llanamente, pero lo ve del todo.

El indio parece haber dejado siempre de lado todo lo que en la inteligencia humana puede llegar a ser fuente de goce mental o estético. Parece no haber concedido jamás una importancia excepcional y superior a las fuerzas mentales, de las que se ha servido como de cualquier facultad humana, sin predilección ni especialización. Pensar es útil cuando es necesario, y basta.

Buscad en el alma primitiva del indio algo de la simplicidad y grandeza romana, algo del espíritu sesóstrico; pero nunca el histrionismo del gréculo decadente o el hedonismo del muelle bizantino.

El indio se basta. El indio vive por sí. La existencia individual o colectiva demanda una suma permanente de cálculo y de acción; el indio la da de sí para sí. Tiene aunque en un grado primitivo e ingenuo todo el esfuerzo combinado que demanda la vida social organizada y constante: el indio es constructor de su casa, labrador de su campo, tejedor de su estofa, y cortador de su propio traje; fabrica sus propios utensilios, es mercader, industrial y viajero a la vez, concibe lo que ejecuta, realiza lo que combina, y en el gran sentido shakespeariano, es todo un hombre. Que el indio apacente o pesque, sirva o gobierne, encontráis siempre la gran cualidad de la raza: la suficiencia de sí mismo, la suficiencia que en medio mismo de su depresión histórica, de su indignidad social, de su pobreza, de su aislamiento, en medio del olvido de los indiferentes, de la hostilidad del blanco, del desprecio de los imbéciles,— la propia suficiencia que le hace autodidacto, autónomo y fuerte.

De RICARDO ROJAS

...Los españoles hispanizaron al nativo; pero las Indias y los Indios indianizaron al español. Penetraron los conquistadores en los Imperios aborígenes; pero, tres siglos después, los pueblos de América expulsaron al conquistador.

(Ley de Continuidad de la Tradición)

Atahualpa fue muerto, y el indio fue cristianizado en la misión o esclavizado en la encomienda. Pero aquella brusca interrupción es sólo una apariencia de teatro, la ilusión de un instante. El río de la tradición autóctona ha caído en un abismo hacia el siglo XVI, pero seguirá su curso subterráneo para reaparecer más tarde. Es un misterio de la intrahistoria popular, la que persiste, más esencial que la historia externa. Atahualpa ha muerto; pero resucitará en Túpac Amaru a fines del siglo XVIII, y después de la independencia, en el proyecto de Belgrano para coronar a un descendiente del Inca.

De ARTURO CAPDEVILLA

(Los conquistadores)... para imponer el respeto a la vida, a la propiedad y a la mujer, no hallaron camino más corto que matar, robar y fornicar. De todos sus mandamientos no practicaban sino una vana santificación de las fiestas. Venían, cruzados de la caridad y crearían el mendigo; nuncios de la fraternidad, y crearían al esclavo. Bien estaba el indio con su Inca y con sus ídolos, afable aquél, benignos éstos. Bien claro era su día y bien lograda la tarea cotidiana. Bien tranquila era su noche y grande

la paz del cielo. No se sabía lo que fuese la miseria. La tierra pertenecía a todos por la posesión del trabajo. Ignorábase qué cosa fuera un esclavo. Allí no había sino hermanos en el alto nombre del Sol. El cristianismo tuvo a su cargo el destino terrible de crear al mismo tiempo esclavos y mendigos.

¿Grecia se habrá perdido definitivamente? ¿Roma se habrá perdido para siempre? ¿Los antiguos pueblos no han de vivir ya más que en la columna trunca o en el friso carcomido? La multitud, entidad soberana de plazas y teatros, ¿qué se hizo? La interior sustantividad, ¿a dónde está? ¿Dispersa, diseminada, como quien arroja siembras? No. El ideal de algún modo se salva entero. No se le descuartiza en un reparto. Puede darse intacto a muchos. La muchedumbre que mira al cielo, no se lo parcela: cada uno lo goza en su totalidad. Lo propio acontece con el ideal. Hombres y pueblos no son sino encarnaciones de ideales. Creo, pues, en el retorno de todo ideal, en Grecia que vuelve, en Roma que vuelve, en el oriente que puede volver. Lugones tiene derecho a decir: "Os propongo argentinos, la civilización helénica". Nosotros, por eso, afirmo, no venimos de indios ni de españoles, venimos del fondo de nosotros mismos, estamos creándole nuevas posibilidades de realización a nuestra más recóndita razón de vivir. Somos acaso algo muy viejo que quiere comenzar otra vez; somos, acaso, una resurrección magnífica".

De BALTASAR BRUM

Soy hombre incapaz de hacer cosa alguna por mera cortesía. Lo que no es concorde con mi sentimiento lo rechazo. Tratándose de la Misión peruana que acaba de visitarnos, soy uno de sus admiradores.

Por que lo soy y muy grande, de esa raza quechua, cuyos monumentos apreciè en mi gira por el Perú. Y creo que en el esfuerzo de la misión, hay un mérito digno de premiarse, no sólo por lo que revela y resucita; sino por la reivindicación de un pueblo con quien los conquistadores y el fanatismo han sido lastimosa y estúpidamente injustos... ¡Ojalá volviéramos a ser lo que fue el Imperio de los Incas! Si yo fuese peruano, me sentiría el Espartaco de ese pueblo.

De FRANCISCO GARCIA CALDERON

"En el Perú, como en otras repúblicas, el elemento indígena adquirirá lentamente predominio, y sólo una oligarquía desinteresada y enérgica puede presidir a esta transformación sin que nos arruine la discordia, sin que perdamos ese privilegio de señorío y de aristocrático refinamiento por el cual representamos en América, frente al cosmopolitismo apresurado o a la división fanática, la mesura, la armonía y la tradición".

Las razas obedecen, como la moneda, a la ley de Gresham: la especie inferior tiende fatalmente a supeditar a la superior si ambas luchan por la supremacía.

Donde se manifiesta la rivalidad, el Asia impera gracias a la resistencia física de sus habitantes, a su tenacidad, a su miserable *"Standard of Living"*.

De ANTONIO CASO

"Comenzó entonces el grave problema de formar un pueblo de mestizos con dos grandes culturas profundamente diversas, sin puntos de contacto de ninguna especie en lo religioso ni en lo político...".

La democracia es imposible mientras persiste la heterogeneidad de los vencedores y de los vencidos, de los "criollos" y de los "indios"; porque nada aparta tanto a un hombre de otro como el sentimiento inconsciente, pero profundísimo de la diferencia de raza.

El factor histórico y social preponderante en nuestra vida colectiva es la raza.

Contra todos estos inconvenientes no tenemos sino la obra lenta, muy lenta, de los cruzamientos consanguíneos, y la otra rápida, como lo quiere nuestro deseo, de la educación nacional.

Somos, a la vez, varios ritmos históricos que marchan a descompás.

De LORD BRYCE

La raza autóctona adquiere riquezas y conciencia de su valor, y más tarde o más temprano tomará posesión del país.

De LEOPOLDO LUGONES

No existió un solo vínculo de amistad entre el indio y el conquistador. Fue una animadversión de raza que los descendientes siguieron abrigando.

Víctima de la civilización moderna, desde el comienzo, el indio continúa siendo en ella el conquistado. Nunca la ha entendido ni le interesa. Por esto, vímoslo oponerle una inquebrantable resistencia pasiva o voluntad de conservarse cuanto le es posible, en el estado precolombino que le caracteriza con asombrosa persistencia.

El indio no es sustancialmente inferior al blanco. Es, tan solo, muy distinto.

Todos los focos de la antigua iniciación han vuelto a encenderse. La Palabra, a la vez divina y fatal, ha cruzado esta vez los mares; y desde los demonios siberianos que el "shaman" evoca con su epiléptico tamboril, hasta la piedra misteriosamente sonreída de la Esfinge; desde la montaña hindú donde impera el Grande Asesino, hasta los Señores de Piedra de Tiahuanaco y del Yucatán, la inquietud de los días iniciales se eriza como una crin sobre el lomo de la tierra.

LUGONES Y UN SABIO PERUANO

Leopoldo Lugones, el polígrafo y poeta argentino, visitó Lima en diciembre de 1924. Tuvo ocasión de auscultar el pensamiento de algunos de los hombres representativos del Perú. De una de estas y muy interesantes entrevistas se ocupó en el III artículo que aparece de la serie "Información del Pacífico" en el gran rotativo del Plata, "La Nación".

Dice así:

..."Visitando cierto día el retiro estudioso de un sabio peruano cuya dedicación a la más pacífica de las ciencias parecía excluir la pasión política, me avancé a opinar que la conquista como acto irrevocable de dominación, consumado por un centenar de aventureros, demostraba una asombrosa incapacidad en los indios para defender su populoso imperio, no menos que una increíble resignación a este acto de fuerza. Resultado, concluí, del sistema enervante que debió ser aquel comunismo.

Mi interlocutor se yergue vivamente, poseído de verdadera indignación.

—Es la opinión falsa, superficial de todos Uds. los blancos, añade con tono sarcástico que no intenta reprimir.

Oiga Ud. prosigue orgullosamente, a un indio de pura sangre, que va a decirle la verdad, siempre interesante de inculcar en un escritor a quien se estima: la Conquista fue una monstruosa traición a la que nunca nos resignamos. Ese comunismo incásico era un estado tan perfecto de civilización fundada en la justicia social, que apartaba hasta la idea de aquella felonía.

Convengo, añade con amarga nobleza, en que la dicha y la equidad practicada durante siglos habían-

nos tornado poco aptos para la barbarie de la guerra. Vencidos, diezmados con saña feroz, no olvidamos ni olvidaremos nunca. Nuestra esperanza y nuestra paciencia tienen la firmeza de nuestros montes. Nada queremos con el blanco, tan enemigo ahora como ayer. La raza volverá a ser un día lo que fue en sus costumbres y en su suelo. La civilización de los incas renacerá para nosotros. ¡Sólo para nosotros! La voluntad de la raza constituye, a este respecto, un bloque de granito. Y lo mismo ahora que dentro de quinientos años, ella no cejará hasta no haber expulsado al último blanco de nuestro suelo.

La exaltación de ese sabio, verdadero monje de la ciencia, es para mi una revelación del transpensamiento formidable y oscuro que la fisonomía disimula como inconmovible máscara. Por primera y única vez quizá, veo alterarse con imperioso movimiento y oigo hablar a esa piedra con su verdadera voz. Entonces comprendo.

Comprendo por qué el primer descuido o abandono de la reserva ya automática a fuerza de secular, transforma la sumisión del proletario, la indiferencia evasiva del transeúnte, la misma inocencia del niño, en una expresión de rencoroso desprecio. Bajo la mirada enemiga que lo sorprende, sobreviene, al acto, la opaca petrificación, el repliegue fatal del alma en la sombra. La hipocresía pertinaz ha acuñado en esa expresión una verdadera estilización siniestra. El mutismo característico de aquella gente acecha y elude. Nada tan desolado como su seriedad. El indio ha perdido la risa; todas sus ternuras, desde la embriaguez hasta el amor, las llora. Su dignidad ante el conquistador consiste en lo inconquistable de su afecto. Su estado permanente de guerra contra él es una absoluta renuncia a la misericordia. Guerra de las lamas, que resulta la perfección del odio, añejado

en la impotencia como un ponzoñoso licor. Una leyenda bastante difundida pretende que los aymarás, cuando consiguen capturar un blanco en secreto, se lo comen, no por canibalismo nutricio, sino por odio ritual. Ello es seguramente falso, pero no psicológicamente inverosímil.

Para el indio, pues, no hay concordia esperable, y de consiguiente, patria posible con el blanco. Desterrado así, en su propia patria, ésta viene a serle algo más durable que el mismo amor: el odio en que suelen torcerse al fin los amores desesperados.

Entonces comprendo el motivo de esa invencible resistencia a cambiar las queridas cosas que fueron: lengua, traje, costumbres, supersticiones, intactos a través de los siglos, es decir, perpetuamente incompatibles con la civilización de la conquista y de la democracia. Quizá tengan por ahí razón los ideólogos comunistas.

Organizaciones así fueron los imperios cuya reconstrucción parece constituir la esperanza de los indios americanos; y, en todo caso, su resistencia gentilicia y psicológica a la civilización de la conquista y de la independencia, acaso los predisponga mejor para la adopción de las formas análogas que, según parece, asume el actual comunismo.

Así se explicaría el éxito comunista del Yucatán, territorio cuya población pertenece casi por entero a la raza maya; y éste sería un parecido más, entre los muchos que acercan a los indios americanos a los mongoles del Asia.

Sea como quiera, debe necesariamente existir una gran diferencia entre los pueblos americanos de raza europea y aquellos en que abunde o predomine la raza india: diferencia influyente, a no dudarlo, sobre el régimen político de los mismos.

Ella no comporta, en mi intención, ninguna inferioridad. El indio no es sustancialmente, inferior al blanco. Es, tan solo, muy distinto.

De DORA MAYER

¿Y no es lógico suponer que en la renovación del prestigio de su raza fundamental esté la salvación del Perú?

¡Qué raza blanca ni raza de color! Tut-ank-Amón ha salido muerto de su tumba, mañana saldrá vivo un rey de Egipto de entre las cataratas del Nilo y se sentará en el palacio de los Faraones. Abiertas para los judíos están las puertas de la Palestina. Los hijos de Gandhi verán la India soberana, y el Inca allí, colocado en un crucero de las calles de la hirviente urbe moderna (1), hará el proyecto de una nueva organización política regeneradora, netamente aborigen.

La historia de todos los pueblos terrestres se pierde en la leyenda. Las leyendas atribuyen a todos ellos un origen desde los dioses. La leyenda peruana es la del Inca. Lo que tiene en la sangre la nación peruana de España, de Italia, de países sajones, esclavos, mongoles o malayos se remonta al mito ibérico, nórdico, tao-tseico, etc. La leyenda propia es la piedra de toque de nuestra autenticidad racial. Sólo es verdaderamente peruano el hilo histórico que parte de las aguas heladas que sostienen las naves de totora en el lago más alto sobre el nivel de los mares de la Tierra.

Mirad al indio inkaico: su faz no es europea ni asiática: El indio peruano es un pueblo que marcha por el valle de las lágrimas, buscando la aurora prometida, que a nadie jamás es negada.

---

(1) Se refiere al monumento erigido en Lima por la colonia japonesa al fundador del imperio Inkaico.

De LOTHROP STODDARD

(De las exposiciones y comentarios que Francisco García Calderón hace en diarios de Buenos Aires y Lima).

La tesis central del autor es esta: después de invadir a otros continentes, a partir de 1500, era de los grandes descubrimientos geográficos, de ejercer una hegemonía petulante, Europa retrocede en las últimas décadas, y la gran guerra que turba a los pueblos inferiores cos el mensaje wilsoniano, acentúa ese retroceso. El asalto continúa, caen los diques de defensa, se arman los Estados remotos, desdeñan a las naciones magistrales, fenece el imperio del hombre superior.

Las Américas son el país del hombre rojo, entre el río Grande y el trópico de Capricornio. Allí vive la raza AMERINDIANA, es decir, el indio puro y el mestizo, cuarenta millones aproximadamente, dos tercios de la población total. Al sur, zonas blancas o semiblancas, como la Argentina. Al norte, un país que ha aniquilado al indio: Estados Unidos. La América "Latina" no lo es por la raza, sino mas bien continente amerindiano o negroide, con ligero barniz español o portugués; zona inmensa de color que se ha oscurecido, si es posible expresarse así, en el último siglo, al disminuir el número de los invasores y de sus descendientes.

Tres problemas capitales:

Primero.— Necesidad de una oligarquía blanca para mantener el orden y conservar la cultura. *Segundo,* importancia de una abundante inmigración

europea, si se quiere estabilidad. *Tercero*, renacimiento del indianismo precolombino que puede determinar alianzas políticas con el Japón y la China.

No se equivoca al notar que el indio, explotado, humillado, se prepara a la rebelión.

Los mestizos buscan la amistad del reino oriental, el indianismo exalta las afinidades étnicas que lo avecinan al Asia maternal.

La inmigración de blancos en país de blancos o de gentes de color en zonas habitadas por blancos, favorece la expansión de elementos inferiores y reduce los elementos superiores en un proceso disgénico, contrario a las más claras normas de la biología.

MR. ROSS Y UN SABIO CUZQUEÑO

El gran sociólogo norteamericano Edward Alsworth Ross que visitó la capital de los Inkas, hace quince años refiere en su notabilísimo libro sobre Sudamérica la conversación que sustuvo con un sabio cuzqueño.

En unos comentarios de Francisco García Calderón, se sintetiza en el siguiente párrafo esa reveladora entrevista:

"En el Cuzco, un peruano muy ilustrado explicó al profesor Ross que la política peruana es una lucha entre los mestizos españoles de Lima y de la costa y los indígenas del Cuzco y del interior. Preveía un le-

vantamiento, la constitución de una república quechua con el Cuzco como capital y los Estados Unidos como protectores. El mismo profesor notó que los bolivianos, mientras dure la explotación del indio, vivirán como sobre el cráter de un volcán dormido".

...El profesor Ross piensa que si no levantamos baluartes contra la penetración asiática, hacia fines de este siglo la América del Sur se convertirá en morada de 20 ó 30 millones de orientales y esta inmigración transformará al continente y fijará para él nuevos derroteros.

Un sociólogo castizo explicó en Bolivia, al mismo profesor, que el mestizo es inferior al blanco y al indio en vigor físico, en resistencia a las enfermedades, en inteligencia, en longevidad, y que el estancamiento de las repúblicas sudamericanas se debe al dominio de los mestizos.

De ERNESTO QUESADA

La población actual egipcia presenta distinto carácter que el de sus antepasados, en la época de su brillo cultural, tanto que Spengler ha acuñado un término nuevo para indicar ese estado especial: el del estado de Fellache o de barbecho, durante el cual descansa un pueblo que tuvo una cultura deslumbrante.

Pero, en cambio, ese período de barbecho no puede ser eterno y alguna vez despiertan los pueblos: exactamente como el terreno cansado de producir sucesivas cosechas y dejado durante un tiempo en barbecho, se rehace a la larga y es susceptible de nuevo y provechoso cultivo.

Hoy la China fermenta, la India se agita, Marruecos se rebela, Siria se resiste, y por doquiera los pueblos invocan, su propio destino para poner término al largo interregno del barbecho.

En Sud-américa todavía no se nota el fenómeno de la participación activa de la población indígena en la vida nacional, pero no es cuerdo mantener a la enormísima mayoría de los habitantes de estos países como ilotas sin derechos y sin personalidad. No basta acordarles teóricamente la igualdad sino que es menester llevarla a la práctica en idéntica educación y tratamiento y no con altruísmo doctrinario, sino como consideración práctica de estadista, pues la actual situación es artificial y anómala.

Para la inmensa mayoría americana el ciclo Cultural Occidental, eminentemente urbano, es cosa perfectamente ajena y con la cual carecen de puntos de contacto los millares de indígenas de América, pues son elementos incontaminados con los gérmenes de decadencia de aquel Ciclo, desde que nunca formaron parte de él.

Spengler no admite el Ciclo Cultural Americano sino el Eslavo. En el fondo, el alma indígena americano es tan virgen como el alma eslava, porque vive en contacto directo con la naturaleza y es refractaria a la civilización urbana con todas sus lacras físicas y morales.

Tengo para mí que en el despertar de las razas indígenas americanas —sobre todo en las poblaciones a lo largo de la espina dorsal de la montaña que va del Cabo de Hornos al Estrecho de Behring— y en las regiones donde brillaron las deslumbrantes civilizaciones precolombinas — ahí está el secreto del porvenir que asombrará al mundo en la forma del nuevo Ciclo Cultural, con otras orientaciones, distintos ideales de los sensuales y materiales de este período de sensibilidad y chochez, en que se va extinguiendo el ciclo actual. En esa gran reserva de seres libres de contagio

de nuestra civilización decadente, está posiblemente encerrada la gran sorpresa del día de mañana: por eso los sociólogos objetivos deberían auscultar esa alma aún dormida y tratar de percibir sus futuros latidos. El porvenir de la humanidad está en nuestra América indiana.

En el seno de la América India palpitan ya los movimientos fatales de un nuevo ciclo cultural.

De MANUEL GAMIO

En el Congreso Científico Panamericano de Washington, dijo: "Las delegaciones asistentes al Congreso son representantes en raza, idioma y cultura de no más que un 25% de las poblaciones de sus respectivos países; representan el idioma español y el portugués, y la raza y la civilización de origen europeo; el 75%, los hombres de raza indígena, de lengua indígena, de civilización indígena, no están representados; apenas si se les menciona con criterio etnológico, como objeto de especulaciones científicas de escaso número de investigadores, pudiendo decirse que, para el llamado mundo civilizado en general, pasa inadvertida la existencia de esos 75 millones de americanos, ya que se desconocen los idiomas que hablan, se ignoran las características de su naturaleza física, y no se sabe cuáles son sus ideas éticas, estéticas y religiosas, sus hábitos y costumbres"... ¿Pueden considerarse como patrias y naciones, países en los que los dos grandes elementos que constituyen la población difieren fundamentalmente en todos sus aspectos y se ignoran entre sí? ¿Los numerosos millones de individuos de razas, de idioma y de cultura o civilización indígena, pueden abrigar los mismos ideales y aspiraciones, tender a

idénticos fines, rendir culto a la misma patria y atesorar iguales manifestaciones nacionalistas, que los pocos millones de seres de origen europeo, que habitan en un mismo territorio, pero hablan distinto idioma, pertenecen a otra raza y viven y piensan con la enseñanza de una cultura o civilización que difiere grandemente de la de aquellos, desde cualquier punto de vista?".

La separación, la divergencia de esos dos grupos sociales existió no sólo durante la conquista y la época colonial, sino que se hizo más honda en los tiempos contemporáneos, pues la independencia fue hecha por el grupo de tendencias y orígenes europeos, y trajo para él libertades, progreso material e intelectual, dejando abandonado a su destino al grupo indígena, no obstante que es el más numeroso y el que atesora quizás mayores energías y resistencias biológicas a cambio de su estacionamiento cultural... La población indígena se presenta hoy como lo estaba en la conquista, dividida en agrupaciones más o menos numerosas, que si constituyen pequeñas patrias por el lazo común de la raza, el idioma y la cultura, en cambio por sus mutuas rivalidades y recíproca indiferencia, hicieron más fácil su conquista durante el siglo XVI y causaron su estancamiento cultural en la época de la Colonia y en nuestros días... Es menester encauzar sus poderosas energías hoy dispersas, atrayendo a sus individuos hacia el otro grupo social, que siempre hemos considerado como enemigo, incorporándolos, fundiéndolos con él, tendiendo, en fin, a hacer coherente y homogénea la raza nacional, unificado el idioma, y convergente la cultura.

De JOSE CARLOS MARIATEGUI

La nueva generación siente y sabe que el progreso del Perú será ficticio, o por lo menos no será peruano, mientras no constituya la obra y no signifique el bienestar de la masa peruana que en sus cuatro quintas partes es indígena y campesina.

La redención, la salvación del indio, he aquí el programa y la meta de la renovación peruana. Los hombres nuevos quieren que el Perú repose en sus naturales cimientos biológicos. Sienten el deber de crear un orden más peruano, más autóctono.

El Perú tiene que optar por el gamonal o por el indio. Este es su dilema. No existe un tercer camino. Planteado este dilema todas las cuestiones de arquitectura del régimen pasan a segundo término. Lo que les importa primordialmente a los hombres nuevos es que el Perú se pronuncie contra el gamonal, por el indio.

En el Perú los que representan e interpretan la peruanidad son quienes concibiéndola como una afirmación y no como una negación, trabajan por dar de nuevo una patria a los que, conquistados y sometidos por los españoles, la perdieron hace cuatro siglos y no la han recuperado todavía.

El indio no representa únicamente un tipo, un tema, un motivo, un personaje. Representa un pueblo, una raza, una tradición, un espíritu. No es posible, pues, valorarlo y considerarlo desde puntos de vista exclusivamente literarios como un color o un aspecto nacional, colocándolo en el mismo plano que otros elementos etnográficos del Perú.

El colonialismo, reflejo del sentimiento de la casta feudal se entretenía en la idealización nostálgica del pasado. El indigenismo, en cambio, tiene raíces vivas en el presente. Extrae su inspiración de la protesta de cuatro millones de hombres. El Virreinato *era;* el indio *es.* Y mientras la liquidación de los residuos de feudalidad colonial se impone como una condición elemental de progreso, la reivindicación del indio y, por ende, de su historia y de su tradición, nos viene insertada en el programa de las avanzadas del porvenir.

La Acción Adventista

Informaciones y comentarios.

LA OBRA EDUCACIONAL DE LOS ADVENTISTAS

Por FABIO CAMACHO

El indio, antes que nada, necesita una educación que lo valorice como factor de producción y de trabajo, al mismo tiempo que de mejoramiento intelectual y moral de la colectividad: hay que aprovechar de sus condiciones naturales.

Esta labor tiene ya sus pionniers. Son los adventistas. Estos hombres admirables han adquirido un magnífico título al respeto y a la gratitud nacional por el fervor y el entusiasmo con que se han dedicado a la obra de la educación del indio.

Durante mi estada en Puno, algunas personas me hablaron de la actividad educacional de los adventistas y de sus resultados, suscitando en mí el más profundo interés. No quise perder la oportunidad de enterarme con exactitud de un trabajo tan trascendental e hice una visita al local de la Dirección General de los Adventistas. Es un edificio de estilo moderno, construido especialmente, situado entre la Estación y el Muelle. El Director, Mr. G. E. Mann, hombre joven, de no más de treinta años, americano del oeste, me recibió cordialmente, felicitándose de mi deseo de conocer la obra de la misión. "Nosotros hemos venido a esta región del país —me dijo— a cumplir una obra humanitaria y civilizadora. Para nosotros esta obra es la satisfacción de un deber". Conversamos luego sobre el indio, sobre su sicología, su inteligencia, su so-

briedad, su resistencia a todas las fatigas. Y durante esta charla, nuestro interlocutor nos paseó por el local, mostrándonos sus diversas secciones e instruyéndonos sobre sus varios servicios. Visitamos, ahí, en esa central de la misión adventista, un botiquín mejor provisto que muchas boticas, a cuyas puertas se agolpaba una cantidad de indios a quienes gratuitamente se suministraba distintas medicinas. Visitamos un depósito de material escolar, donde se almacenaba textos de gramática, aritmética, cartillas antialcohólicas, libros de moral, lecciones de higiene, tratados de Agricultura, etc. Visitamos un depósito de materiales y herramientas para el trabajo del campo, construcción de caminos, abastecido de elementos para la instalación de pequeños talleres de mecánica. Visitamos un depósito de motocicletas. Y en todo encontramos y advertimos un profundo espíritu de amor y comprensión del indio.

Durante nuestra visita al establecimiento, apreciamos, sobre todo, el mérito de la labor de los adventistas en los resultados que nos brindaba la ocasión de observar a los indios educados en sus institutos. Pudimos medir la eficacia y el acierto extraordinario de esta obra educacional, conversando con los numerosos indios aymarás que encontramos. El método pedagógico de los adventistas los había transformado completamente, corrigiendo sus defectos, exaltando y estimulando sus cualidades. Este éxito se debe en parte, indudablemente, al hecho de que el indio, en este caso, es educado en su propio ambiente, sin artificiosos trasplantes. Mientras el indio que desciende a la costa, al volver a sus lares, como único resultado de su contacto con la civilización, exhibe su aptitud para explotar a sus hermanos de raza, el indio educado en Puno por los adventistas, sin salir de su tierra, asimila efectivamente las costumbres de la civilización y se convierte en un elemento útil y nuevo.

El señor Mann me invitó a efectuar una gira por la región en que los adventistas del séptimo día trabajan con tan admirable abnegación. Salimos de Puno, rumbo al Desaguadero, en una balsa de totora, gobernada con una maestría singular por un aymará. El paisaje del lago se nos brindaba en la plenitud de su belleza. Por largas horas, nos circundaron, renovadas siempre, las visiones lacustres. La balsa avanzaba por los canales que se forman en las aguas del lago entre los macizos de totora. Unas veces la impelía el remo y otras veces las velas de totora hinchadas por el viento. El piloto gobernaba la frágil embarcación con una seguridad y una precisión extraordinarias. Después de tan interesante viaje, llegamos a Desaguadero. Ahí conocimos detenidamente una Escuela Adventista. La primera nota que queremos consignar es esta: el Preceptor es un indio aymará educado por los adventistas. El local bajo todo punto de vista, es superior a los de las Escuelas Fiscales. La disciplina y la asistencia escolares, verdaderamente remarcables.

El viaje de regreso de Desaguadero a Puno lo hicimos en motocicletas. El camino bordea el agua, revelando sus múltiples aspectos. Por él trafican con facilidad automóviles y motocicletas. El paisaje siempre es sugestivo. Bajo un cielo deslumbrante, el lago presenta irisaciones maravillosas.

En la lejanía, los nevados constituyen una decoración fantástica. Las rocas tienen preciosos contornos. Pasamos por las poblaciones de Yunguyo, Pomata, Juli, Ilave, Acora, en todas las cuales existen escuelas de los adventistas. A nuestro paso, se nos acercan muchos indios que saludan cariñosamente al señor Mann, a quien se dirigen con expresión de cariño filial en la palabra y en el gesto.

A quince kilómetros de Juliaca los adventistas han comprado una finca a la cual se arriba por un camino de seis metros de ancho, que por su conservación señalaremos como uno de los mejores que hemos visto en el sur del Perú en el curso de nuestros viajes. Este

camino ha sido construido por los adventistas, quienes son, por supuesto, los que se ocupan de su mantenimiento.

La Escuela Normal, tiene un edificio de dos pisos con una vasta área. Por su distribución interior, por el material escolar, por sus instalaciones de todo orden, es uno de los mejores locales de su género del Perú. En toda la República, si se exceptúa Lima, no existe otro superior. A ambos lados del edificio, se levantan grandes pabellones destinados a alojar a la población escolar. El indio que, en sus chozas, duerme en el suelo, aquí en los amplios limpios cuartos que lo albergan, tiene su cama. El ambiente le ha comunicado nuevos hábitos y le ha creado nuevas necesidades. Todos los alumnos de la Escuela Normal se bañan, lavan su ropa, cuidan debidamente de su higiene corporal.

El año escolar se divide en dos períodos marcados por las estaciones: Invierno y Verano; el primero dura 28 semanas y el segundo 18. La instrucción es gratuita. En los días francos, los alumnos trabajan, en el arreglo de caminos, construcción de locales, etc. Como remuneración de su trabajo reciben *veinte centavos por hora* —paga excelente en la región—. Con este dinero atienden a su alimentación.

El número de alumnos llega a doscientos ochenta. Comprende hombres y mujeres, niños y adultos, hasta de cuarenta años, pues en este instituto se prepara a los preceptores de las escuelas elementales, dedicadas a la desanalfabetización de las masas indígenas. Anualmente se selecciona a los más aprovechados e inteligentes para enviarlos a Estados Unidos o a la Argentina a fin de que en los institutos adventistas de esos países perfeccionen su instrucción.

El profesor adventista trata al indio como a igual: con solicitud, con comprensión, con cariño. Y los resultados de su método pedagógico son evidentes. Hay un abismo entre el indio educado en la normal adventista y el indio común de la serranía.

Dirige la Escuela Normal con singular competencia, Mr. H. N. Colburon, secundado eficazmente por su señora y un talentoso normalista peruano.

La obra de los adventistas es importantísima no sólo por su acierto sino también por su extensión. Tienen en el Departamento de Puno, en la actualidad, noventa escuelas que dan los mejores frutos. Su labor se deja sentir en muchas localidades del sur del Perú. La cifra de la asistencia escolar a sus escuelas es aproximadamente de *diez mil.*

Estos solos datos bastan para expresar el inmenso valor, la utilísima trascendencia de su obra educacional, que merece, incontestablemente, por sus resultados y por su espíritu, el aplauso del país.

LA INSTRUCCION EN LA REPUBLICA

Por DORA MAYER DE ZULEN

De Tarma se nos informa que la instrucción pública en esa provincia se halla en cierto estado de abandono.

Los vecinos del pueblo, o barrio de Chanchán, del distrito de Tarma, han dirigido quejas a la Dirección General de Instrucción, exponiendo que desde varios años, los niños del lugar no adelantan en el aprendizaje escolar, porque las personas que regentan el plantel fiscal los ocupan en mandados domésticos y otros de su provecho particular, haciéndoles recoger leña en los cerros y traer pasto a la casa de los preceptores.

Los locales de las escuelas, tanto de varones como de mujeres, son propiedad exclusiva de la comunidad; pero en los corrales, la familia de los respectivos preceptores, que son marido y mujer, crían toda clase de animales y venden guano, quedando los educandos confundidos con caballos, chanchos y conejos, mientras la maestra atiende a sus hijos y el maestro llena oficio

de amanuense de juzgado de paz y apoderado de litigantes. En veces se deja de abrir los planteles por la tarde, y en las mañanas ellos funcionan sólo una hora, de 9 a 10. Según últimos datos hay escuelas sin abrir en algunos barrios, hasta ahora, mes de junio.

Afirman los comuneros de Chanchán que en este pueblo existe una población escolar de 200 varones y 150 mujeres, que manda otorgar el artículo 53 de la Constitución.

Los memoriales dirigidos a la Dirección General de Enseñanza de Lima han sido redactados después de haberse apelado infructuosamente, mediante un recurso escrito y una entrevista directa, al señor Inspector de Instrucción de la provincia, quien no ha visitado el pueblo en ninguna ocasión, ni parece haber atendido en ninguna forma que correspondiera a su misión oficial, las representaciones que se le hicieran.

Igualmente mencionan los informes que se nos han suministrado, a una preceptora del pueblo de Pian, que hace perder un día de escuela a sus discípulos mandándolos con cartas particulares de una aldea a otra.

En el caserío de Callao y Conza se ha cambiado últimamente a una preceptora, procedente de Lima, que era grata a los indígenas por su contracción, a favor de otra persona oriunda del lugar, que tiene ahí propiedades y es menos llamada a ser protegida por la Dirección, puesto que se muestra menos apta y tiene su atención dividida entre sus intereses particulares y los de la escuela.

En el caserío de Cuyrupuace, prosigue la información, la preceptora nombrada oficialmente no dirige las labores escolares, habiendo optado por vivir en la ciudad de Tarma y ha dejado la enseñanza al cuidado de su esposo, quien no tiene títulos para el cargo.

En la provincia de Cajatambo, del departamento de Ancash, figura en cambio, un inspector de instrucción activísimo, quien con su celo tampoco consigue,

sin embargo, levantar como sería de desear, la instrucción en esos lugares rurales, y extirpar siquiera el analfabetismo.

Obran en poder de la Dirección General de Instrucción importantes informes y proyectos de este funcionario, que no han podido ser atendidos, tal vez por un poco de falta de iniciativa, que es el defecto de las oficinas burocráticas, o por escasez de medios económicos.

Efectivamente, el señor inspector de instrucción de Cajatambo ha buscado no sólo por intermedio de la Dirección de Instrucción, sino de un modo personal ante centros o personas que pudieran recomendarle maestros idóneos de ambos sexos, cómo remediar el mal del deficiente progreso escolar en la región de su residencia. El hecho es que los sueldos que se pueden ofrecer a tales maestros son tan exiguos que no representan un aliciente, y únicamente podrían ser aceptados por individuos animados de un afán apostólico por el bien de la humanidad, que, se comprende, son los menos y a veces suman cero.

Esta reflexión de que la razón económica impide que se realicen las justas aspiraciones que en cuanto a una competente difusión de las primeras letras entretiene la nación, es la que en el actual momento nos ocupa.

Probablemente, aún el preceptor de la escuela de Chanchán, en la provincia de Tarma, cuya conducta se reprueba, aduciría en su disculpa el hecho de que con el sueldo de empleado escolar fiscal no se puede vivir, y que al desempeñarse un segundo empleo, también a éste hay que dar un espacio.

La pobreza del fisco en el renglón de instrucción origina, pues, deplorables situaciones que provocan desórdenes donde, por motivos de ejemplo moralizador, menos los debiera haber.

No es exagerado decir que con la angustia económica que rodea la esfera del magisterio en la República, se suscite en todas partes una verdadera deses-

peración. Los pueblos quieren instrucción; los pueblos no quieren quedar atrasados, ninguno de ellos. ¿Pedir fondos, fondos nuevos al Estado, crecidísimos como para calmar ese clamor en momentos de las cargas especiales que impone la Cuestión del Sur, y en época de un desenvolvimiento material aún inmaduro e inorganizado? Sería imprudente pensar en ello.

Sólo dos poderes hay que materialmente pueden hacer frente, supliendo la acción débil del Estado. a la urgente demanda de alfabetización y reforma de costumbres que se siente en la República: dos poderes de iglesia, la católica y la protestante.

Las misiones extranjeras, tituladas evangelistas, han venido introduciéndose en nuestro medio popular, desde hace muchos años, al cabo de cuyo trascurso se ha puesto en relieve un número de verdaderas colonias religiosas, fundadas en La Platería, departamento de Puno, en Cuzco, en Junín, en Ancash, en La Libertad, etc. Dichos misioneros actúan por medio de las fuertes rentas que en Estados Unidos se donan para obras de proselitismo, y que les facilitan proceder con métodos caritativos que les atraen las simpatías de los proletarios, y los hacen aparecer, hasta cierto punto, engañosamente, como adornados de mayores méritos que el antiguo personal lugareño.

La energía del carácter sajón y la procedencia de países donde tantos defectos evolutivos que aquí aún tenemos que combatir, están ya vencidos, han hecho que la labor de los misioneros protestantes ofrezca en muchos sitios síntomas halagüeños a la vista: se ha desterrado en las congregaciones apóstatas del catolicismo, el vicio del alcohol, y posiblemente se ha obtenido más laboriosidad y más higiene en las familias indígenas.

El crédito de que gozan las misiones protestantes en diversos círculos de la comunidad nacional, se debe en resumidas cuentas al remedio que han sabido poner a las consecuencias de la desidia de nuestras instituciones gubernativas propias y de la corrupción

del clero rural, poco vigilado por las altas autoridades eclesiásticas. Maestros mal rentados y párrocos del clero regular, que parecen no tener votos ni de castidad ni de pobreza, habían traído a mal la forma del Estado y de la Iglesia entre la gente que al fin y al cabo no podría ofrecer todas sus perspectivas de progreso humano en sacrificio infecundo a su devoción a la Patria y Religión, y veía a los extranjeros premunidos de promesas que se trocaban en algo real.

Ahora se comparan con ventaja algunos de los centros educativos sostenidos por los misioneros extranjeros con la ausencia de empeño advertible antes en las mismas localidades.

¿Sería dable pedir el retiro de esa campaña de cultura, por no ser de naturaleza patriótica, ni católica? No; el fanatismo no cabe en los tiempos modernos, y fanatismo sería expulsar a extranjeros que practican y difunden virtudes en nuestras poblaciones, aunque lo hagan informados en otros dogmas que los que son tradicionales en nuestra tierra.

Lo que debe hacerse es batir a los misioneros protestantes con sus propias armas: es decir, constituir centros educativos tan buenos y mejores que los de ellos. Porque conviene batirlos, desde el punto de vista nacionalista. A los misioneros protestantes hay que agradecerles el haber puesto en práctica entre los indígenas, cuyos quebrantos nadie de su propio país subsanaba, la emancipación del sistema de fiestas religiosas, diezmos y mitas en que había degenerado el culto católico, lejos de las fuentes de inspiración del verdadero cristianismo. Pero la enseñanza de los maestros extranjeros no puede sino debilitar los recuerdos de raza y las sensibilidades hogareñas en la materia prima educando que prepara. Toca al Estado y a la Iglesia Peruana conservar la ascendencia moral sobre las masas populares que la propaganda extranjera les quiere arrancar, mas, eso sí, triunfar en buena lid, y no eliminando el competidor para después recaer en la cómoda rutina.

La Iglesia Católica tiene que ser considerada siempre como la nacional, por ser católico el Estado Peruano y básica su influencia en la formación de la raza indo-hispana. De ningún resultado útil es introducir pleitos dogmáticos en un medio en que se ha trocado apenas la psicología pagana en cristiana. Los pueblos nuestros no tienen ningún interés, sino el positivo, en pertenecer a congregaciones exóticas. Quien no quiere dogmatismos, ni fanatismos, nada gana con los protestantes. Hoy mismo éstos no han convencido a nadie de su absoluta superioridad moral. La acción de ellos sólo puede ser deseable como un acicate para agitar el celo de los funcionarios nacionales, o siempre y cuando el Perú mismo fuera capaz de reaccionar contra el estancamiento intelectual en sus regiones indígenas, y los emisarios ingleses fueran la única esperanza de redención de la humanidad aborigen de América, que debe ser redimida.

El Estado y la Iglesia del Perú tienen la obligación moral de recuperar impulsando la instrucción y la higiene, las posiciones tomadas por los misioneros protestantes. Las congregaciones monásticas de la Iglesia Católica están muy bien calificadas para hacer la competencia a las misiones adventista, bautista y demás sectas evangélicas; ellas son tan buenas, tan laboriosas y tan disciplinadas como éstas. Solamente ha sucedido que las misiones estables católicas, se han radicado muy lejos en el Oriente por los ríos de la montaña y que en los pueblos de la sierra sólo se ha conocido el clero seglar, mero administrador de sacramentos, sin espíritu de trabajo y abnegación.

La organización de las congregaciones monásticas obvia, sin la menor duda, dificultades que se oponen en el terreno del magisterio laico. Las parroquias, con escuelas anexas serían otras que ahora, en manos de monjes y hermanos franciscanos o salesianos.

Los misioneros protestantes, adhiriéndose a la máxima: "En país donde fueres haz lo que vieres" han dado ya en varias partes en el método de adquirir

tierras y hacerlas trabajar por sus feligreses o discípulos, coadyuvando a la producción de artículos negociables. En igual costumbre podrían incurrir las misiones católicas, pervirtiéndose bajo la acción de medios apartados. En previsión de tal emergencia, un nuevo plan de instrucción para la población rústica de la República podría dar a esas tendencias mercantilistas de una vez el giro de su enseñanza agrícola, autorizando el trabajo de los alumnos en el campo, como estudio agronómico, con un determinado provecho para el sustento del plantel, y obedeciendo programas oficiales calculados sobre las exigencias de modernización en el fomento de crías y cultivos. Para inspectores de instrucción se recomendarían entonces ingenieros agrónomos y especialistas ganaderos, sujetos a reglamentos que regirían para los planteles oficiales católicos y los particulares, protestantes, agnósticos o lo que fueran, bajo la liberalidad de una Constitución que favorece el desarrollo de la perfección mediante el empuje de la competencia.

Vocabulario

Algunas voces keswas

Anthara	Flauta de Paz
Allpaka	Auquénido andino
Akja	Bebida de maíz
Apu	El señor, la cumbre nevada
Apu Ausankati	Nevada frente al Cuzco
Achachila	Abuela aimara
Apasanka	Araña grande
Ayllu	Grupo de familias indígenas
Ichu	Paja de las punas
Inti Watana	Medidor solar
Ismaco	Diminutivo de Ismael
Challa (Chala)	Paja de maíz
Chakitajlla	Arado de pie
Chojllo	Mazorca de maíz tierno
Chuño	Papa seca
Chutillu	Indio joven
Chalona	Carne seca
Intiwata	Oración matutina al sol
Jaicha	Interjección de triunfo
Kalchai	Cosecha del maíz
Kancha	Lugar cercado
Kamachikuj	El que manda
Kaswa	Danza de júbilo
Kamili	Curandero aimara
Karacha	Enfermedad de los auquénidos
Kelkere	Escribiente, leguleyo
Kollana	El capitán agrícola
Kinua	Cereal de clima frígido
Kokawi	Comida de camino
Kurak	El mayor de edad
Kipus	Escritura inkaika

Kumpi	Tejido fino
Laikaska	Embrujado
Llakolla	Manto
Llautu	Tocado antiguo
Kiswar	Alamo indígena
Machu	Anciano
Marka	Lugar, despensa alta
Muku (muca	Maíz masticado
Misti	Mestizo
Matekllo	Yerba medicinal
Mama Killa	La Luna
Pillk	Adorno de cabeza
Paiko	Yerba comestible
Pinkuillu	Instrumento musical
Pumawakachi	El que atemoriza al puma
Pallai	Ornamentación de tejido
Panti	Yerba medicinal
Purakilla	La Luna llena
Pututu	Concha de molusco utilizada como trompa musical
Llijlla.	Manteleta
Champa	Terrón con raíces
Saramama	Divinidad del maíz
Sullka	El menor en edad
Supai	Diablillo indio
Raki	Vasija para chicha
Rancha	Enfermedad del trigo
Tupu	Prendedor
Takjia	Estiércol
Tijllaiwarmi	Yerba medicinal
Sonkochai	Corazoncito mío
Sipas	Doncella
Sayariichis!	Poneos de pie
Tinka	Conjuro a los dioses
Take	Despensa o granero
Taktai	Baile
Kollau	Región de la meseta del Titicaca
Urpu	Vasija de barro para chicha
Unku	Túnica inkaika

Usuta	Sandalia indígena
Machula	Anciano Keswua
Yanakuna (Yanacón)	El que ayuda
Yuyu	Toda yerba del campo, comestible
Warmacha	Chiquillo
Waillar	Pradera
Waina	Mozalbete
Waikechai	Hermanito mío
Waska	Soga
Willka Umu	Sacerdote, el adivino mayor
Watakai	Yerba comestible

Colofón

NI LO INDIO, NI LO GAUCHO NI LO ESPAÑOL SEPARADAMENTE CONTIENEN TODO EL ESPIRITU NACIONAL.

RICARDO ROJAS.—"EURINDIA", 349.

A fuerza de escuchar a las piedras milenarias, Valcárcel ha captado su mensaje. Pero, vehemente profesor de idealismo, alterna, ahora, la proclama encendida con la interpretación ardiente, y, fuego sobre fuego, ha caído su antigua máscara arqueológica por mostrar la faz del predicador iluminado. Predicador laico, rebelde, cuyo sermón se dirige, en regiones abruptas, a estoicos caracteres amasados por el dolor y connaturalizados con el infortunio, ya que hasta la imaginación pedestre de turistas y poetastros ha querido simbolizarlos en cromos convencionales.

Valcárcel, pues, ha olvidado sus andanzas arqueológicas. En sus dos últimos libros, adviértese un absoluto cambio de frente. "Del Ayllu al Imperio", colección de antiguos estudios, no es todo lo que pudiera ser desde el punto de vista estrictamente histórico. "De la Vida inkaika", más moderno, trasluce el afán de un poeta que se extravió por entre los vericuetos de la historia y que hoy reivindica su patrimonio imaginativo, evocando la egregia figura del leyendista Herodoto y la del orador Michelet. Las citas de Spengler, a través de esos ensayos, me parecen embozo o antifaz. Plugiérame mucho leer ahí, trascripciones del "Ramayana" o glosas de "Le couteau dans les dents". Por eso, quizás, Valcárcel ha seguido, ahora, la senda interpretativa de "Ars Inka" y "Glosario de la Vida Inkaika", sus dos producciones más originales, de las cuales desconfían absurdamente los historiadores chapados a la antigua, precisamente porque, para ellos, el dato escueto encierra la única ver-

dad histórica, olvidando que el comentarista debe arrancarle su contenido al dato, prestarle lenguas a la piedra.

De tal guisa, aparece ante mis ojos, el proceso de "Tempestad en los Andes". El despierto oído de Valcárcel ha escuchado los rumores agoreros. Sigámosle en sus presagios y acompasemos nuestro paso al suyo.

No coincide exactamente, mi posición ideológica ante la cuestión nacional, con algunos aspectos del pensamiento de Valcárcel. Pero ambos, él y yo, estoy seguro, convenimos en el punto de partida: el deseo fervoroso de "peruanizar el Perú", a toda costa, y la urgencia de reformar muchos aspectos de nuestra estructura social. Valcárcel proclama, a pulmón lleno, su indigenismo. Yo proclamo, con igual franqueza, mi TOTALISMO. *Para mí, es perjudicial y absurdo, jugar a los gallos regionale. Valcárcel, en cambio, se deja llevar, a veces, por la invencible seducción de la proclama, del periodismo, de la política. (Acordarse de Shaw cuando hablamos de periodismo). Y "Tempestad en los Andes", en su primera parte especialmente, es una encendida proclama de reivindicación indígena.*

Ampara el libro una frase de González Prada. Según ella, "no forman el Perú, las agrupaciones de criollos y extranjeros que habitan la faja de tierra situada entre el Pacífico y los Andes", sino que "la nación está formada por las muchedumbres de indios diseminados en la banda oriental de la cordillera". Hermosa frase y elocuente en su época. Nadie se atrevía a pensar así. Pero, hoy, que las cosas han cambiado tanto, es preciso revaluar esa y muchas otras frases de Prada, ante cuya memoria me prosterno y cuya magnífica rebeldía será perenne blasón de nuestro pueblo. Porque hay que tener presente la posición combativa, el apostolado actualista y "alusivo", característicos en el Maestro, y que en cada pensamiento suyo —era un batallador, no un ideólogo apriorista ni un puro idealista— no está demás buscar el motor oculto. Su gran pasión fue la lucha contra el civilismo y la clerecía. Atacó el señoritingo limeño, porque veía su profunda cohesión con el clericalismo y el conservadorismo. Pero, él, no fue jamás a la sierra, a buscar

la "verdadera nación" sino que permaneció en Lima, dirigiéndose a las "agrupaciones de criollos y extranjeros". Y es que, en un análisis hondo de Prada, sorprendería acaso la similitud con el europeizante Sarmiento, y se vería que él, como el otro, fue al nacionalismo de extraño modo y hasta a regañadientes. Y que, en fin, su idiosincrasia violenta, agresiva, soberbia, su genialidad de ave de presa, no esconde siempre un magnífico despecho, que le arranca imprecaciones estupendas.

Mas, no es así, como, entiendo yo, habrá que predicar una trasformación total del Perú. Oponer el indio como único elemento de posible emancipación, al costeño, escinde en vez de construir. La doctrina ha de ser el totalismo. Y así lo ha dicho, también, en "Indología", el maestro mejicano por quien Valcárcel y yo coincidimos en una fervorosa admiración.

El totalismo debe dirigir nuestros pasos y nuestras prédicas. Si uno de los grandes males ha sido el "centralismo absorbente" el peor antídoto es el regionalismo disolvente. Ni la costa tiene la culpa de las diferencias sociales, ni en Lima todo es como lo pintan los sermones sectarios. Precisamente, un grupo de muchachos rebeldes —el de "Titikaka", sobre la firma de Gamaliel Churata— dice que existen dos Limas: la que trabaja, se renueva y siente; la que absorbe, se estanca y desdeña. Aquella marcha al unísono con todos los espíritus libres del mundo, del cual no están excluidas las provincias serranas del Perú; esta, no desea ver perturbadas sus conquistas. Pero, en una y en otra, hay, por igual, provincianos y limeños. La mayor inquietud novadora ha nacido en Lima, desde González Prada, y, antes, desde el tacneño Vigil. No ha sido preciso averiguar la procedencia de nadie. Porque el sentimiento, el esfuerzo, la lucha, la cultura y el esfuerzo no tienen lugar de nacimiento ni caben dentro del estrecho espacio del campanario nativo.

Me parece que una de las razones de tales confusiones y desconfianzas, radica en cierta incomprensión de vocablos y de conceptos. Claro que es sólo una pequeñísima y nimia razón, pero razón al cabo. No estamos, aún, de acuerdo sobre el significado de "indio" y "criollo". Desde el punto de vista cultural y étnico, existen "indios" absolutamente mestizos y "criollos" completamente indígenas. De donde he venido a sospechar que lo

característico del indio, no es el nacimiento ni la cultura, sino el ambiente y la situación económica. Y he venido, también a constatar que, en el Perú, se acostumbra, equivocadamente, llamar criollo, al pinturero zambito jaranista confundiendo la nacionalidad con los "picantes" y la costa con el "tondero". Y eso es falso. Criollo es el fruto genuino de la tierra, del mestizaje, del proceso de la civilización dentro de un territorio; criollo es el castizo, no el autóctono; criollos son el cholo y el zambo; y yo que me siento cholo, y lo soy, como lo es Valcárcel, no columbro la distancia entre el sentir de la sierra y de la costa, por el hecho de ser costeños o serranos; ni creo en la rivalidad entre limeño y provinciano, salvo ciertas divergencias individuales o ficticias que la propaganda y el interés han contribuido a sostener.

Claro, que el rencor indígena surge, entre otras causas, de la irritante conmiseración y de la culpable desigualdad con que se le ha mirado. Patronatos y Proindígenas, asevera Valcárcel, traslucen el mismo afán colonial de mirar al indio como a ser inferior. Brotes de caridad, mas no de justicia, esa asistencia de Patronato y Proindígena, se le ha dado al indio como limosna, no como retribución legítima. Y la limosna lleva, invívito, el principio del no derecho y de la lástima. He ahí un error sostenido por los limeños y por los "expertos" serranos que han aconsejado a nuestros gobiernos nacionales.

Pero, de ahí a equiparar el problema peruano al de Rusia, también hay distancia. En otro tiempo, Perú se sintió una nueva Francia, como antes se había sentido España. Ambos, dos sentimientos coloniales y eunucos. Surgimos a la emancipación política, remedando a Francia. Por eso, no hemos encontrado nuestro rumbo. La emancipación social, pretende, ahora, surgir de una imitación de Rusia, sin reparar en que eso es continuar el destino colonial de nuestro pueblo, que nuestro problema agrario es diverso, que la situación política, económica, étnica, geográfica, social y la estructura histórica de ambos pueblos los hace diferir sustancialmente, como son distintos todos los pueblos de la tierra, aún los de la misma raza y semejante historia. México, con ser americano y de proceso análogo al nuestro, no podría sernos comparado exactamente, a menos de incurrir en una flagrante equivocación. Argentina, de confi-

guración espiritual quechua, no tiene problemas semejantes a los del Perú y México. Mucho menos Rusia. La imaginación, y el tropo engendrado por ella, nos conduce a equiparar al MUJIK *con el indio, el* MIR *con la comunidad, etc. Día vendrá en que el mito se esfume, y, entoncés pensaremos en nuestra reforma y en la redención del indio —como lo hizo México— sobre bases nuestras, típicas, escarbando nuestro sensorio.*

Para esa reforma, que Valcárcel presagia sangrienta, acordándose de Marx, no habrá necesidad de fomentar odio, sino mucha comprensión y toda cooperación. "No te consuma el odio; el amor es demiurgo", exclama Valcárcel, reaccionando contra la ola trágica augurada. Y así debiera ser el tono íntegro de este mensaje férviente que nos llega de Cuzco. "El amor es demiurgo", en verdad, y, por ello, la prédica debiera encaminarse por los senderos del totalismo. Y combatir, no al costeño por costeño, ni al limeño por limeño, sino al injusto por injusto, al abusivo por abusivo, sin averiguar origen, sin examinar libro de genealogía, sin pedir certificado de residencia.

Si procediéramos así, no supondríamos, por cierto, que "el mestizaje de culturas no produce sino deformidades", frase de combate, acalorada improvisación del instante agonista, que se le escapa a Valcárcel en su noble deseo de reivindicar al indio y devolverle la situación que reclama. Bien se ve que ello es un decir vehemente. Los mismos "Nuevos indios", que nos pinta, revelan argucias de mestizos, aparte de la cazurrería india. Mestizos que escucharon al Ghandi y que empiezan a conocer el secreto de la lucha pasiva, de la no cooperación.

El noble afán de Valcárcel —en este libro que se presta al debate, y así entiendo yo la mejor manera de ponerle colofón—; noble porque se dirige al humilde, es sincero y se encariña con la tierra misma, le arranca estampas admirables a las entrañas andinas: el caballista chumbivilcano y el poblacho mestizo, son dos água-fuertes, semejantes a los "hombres de piedra" de otro libro suyo, y anuncian al robusto escritor, capaz de produgir vigorosa obra autóctona.

"Sin ser indios"..., dice Valcárcel en alguna página. Y es así. El no es indio. Ciudadano adoptivo del Cuzco, nació en Moquegua y su cultura ha sido española, según se trasparenta en el tono de su obra. Por más que él odia al Conquistador, demoledor del Imperio, —aunque no quiere una resurrección del Incario, como sugieren algunos ingenuos—, su abolengo hispánico se revela en su prosa orquestada a la española. Por eso mismo, se yergue furioso contra la férula de la Academia y propone una ortografía original, que ya usan muchos. Me limito a objetar pancescamente. Nada ganamos reemplazando el "gua" español con la "w", que no es peruana, sino sajona. Tampoco ganamos mucho con sustituir la "c" fuerte por una "k", que tampoco es peruana, sino germana. Pasar de Madrid a Berlín y Londres, no nos da el derrotero del autoctonismo. Prosódicamente nos quedamos en las mismas. Gráficamente, erizamos de postes los renglones. El queshua lo que requiere es uniformar la grafía y la prosodia.

El cosmopolitismo lleva al nacionalismo, según lo ha demostrado la experiencia histórica. Argentina nos da el ejemplo más próximo. La calumniada y odiada Yanquilandia —calumniada por quienes la creen desprovista de espiritualidad, odiada por los que justamente recelan de su absorcionismo— brinda un paralelo inmediato. Sin mestizaje no concebimos el cosmopolitismo y éste es una antesala forzosa del progreso. Algún ahincado investigador de cuestiones étnicas, Finot, refiere que hasta los cerdos, para ser mejores, se cruzan; y que no hay mejor fruto humano que el mestizo. Ricardo Rojas, en la Argentina, ("Eurindia"), y José Vasconcelos, en México ("Indología"), puntualizan la necesidad del mestizaje en América. La evolución social de la endogamia a la exogamia trasunta, en el ámbito familiar, la misma tendencia. Pero, abrir las puertas a lo cosmopolita, no es ser absorbido por ello, no es imitar a Francia, Rusia o España, o a todas ellas. Por el contrario, se requiere no perder de vista la realidad propia. Tierra nuestra y raza autóctona serán los númenes de nuestro cosmopolitismo.

La raza queshua, como núcleo de esa transformación, deberá proveerse de las armas que disponemos los hombres libres: independencia política y económica efectivas y cultura. Quizás para esta evolución haya que sacrificar algunos dogmas provisionales. Pero, ello es nada con tal de llegar a la meta. En toda campaña hay siempre dos medios de llegar al fin: el violento que provoca reacciones, muchas veces perjudiciales, y el metódico, que, día a día, conquista una posición y, tramo a tramo, avanza siempre. El totalismo conduce a este último camino. Armoniza porque el amor es demiurgo. Une, porque "el mal de la Raza es el olvido "y de ese mal" extrae la más saludable cooperación. Sobre las cenizas del odio trocado en olvido, bien pueden ajustarse los cimientos de la nacionalidad futura.

Abrir las entrañas de nuestra tierra, sondearla con nuestras propias manos, no significa desdeñar lo ajeno. Aprovechemos cuantos elementos nos vengan, que para eso nos cosmopolitizamos pero sin perder de vista la nacionalidad. Y de este modo, sea nuestra tarea, no la de adaptar la realidad peruana a la de cualquier país extraño, sino la de aprovechar lo exótico, en cuanto se acuerde, convenga e interese a nuestra urgente reforma nacional.

Y así "Tempestad en los Andes", se trocará en "Tempestad en el Perú".

LUIS ALBERTO SANCHEZ

1927.—LIMA.

INDICE

COLECCION "AUTORES PERUANOS"

1.—Ciro Alegría	**LOS PERROS HAMBRIENTOS**
2.—Manuel A. Segura	**EL SARGENTO CANUTO - LAS TRES VIUDAS**
3.—Ciro Alegría	**LA SERPIENTE DE ORO**
4-5-6.—Inca Garcilaso de la Vega	**LOS COMENTARIOS REALES DE LOS INCAS**
7.—Augusto Salazar Bondy	**LA FILOSOFIA EN EL PERU**
8-9.—Ricardo Palma	**TRADICIONES PERUANAS (2 Tomos)**
10.—Abraham Valdelomar	**CUENTOS**
11.—Leonidas Yerovi	**POESIA Y TEATRO**
12.—José María Eguren	**POESIAS COMPLETAS Y PROSAS SELECTAS**
13-14-15.—Inca Garcilaso de la Vega	**HISTORIA GENERAL DEL PERU (3 Tomos)**
16-17.—Ciro Alegría	**EL MUNDO ES ANCHO Y AJENO (2 Tomos)**
18.—Luis B. Cisneros	**JULIA**
19-20.—Narciso Aréstegui	**EL PADRE HORAN (2 Tomos)**
21.—Ciro Alegría	**SUEÑO Y VERDAD DE AMERICA**
22.—Felipe Pardo y Aliaga	**POESIA Y ARTICULOS**
23.—Felipe Pardo y Aliaga	**TEATRO**
24.—Ciro Alegría	**GABRIELA MISTRAL INTIMA**
25.—Manuel A. Segura	**ARTICULOS DE COSTUMBRES**
26.—Manuel González Prada	**ENSAYOS ESCOGIDOS**
27.—Ciro Alegría	**LA OFRENDA DE PIEDRA**
28.—José Carlos Mariátegui	**ENSAYOS ESCOGIDOS**
29.—Felipe Pardo y Aliaga	**EL ESPEJO DE MI TIERRA**
30.—Abraham Valdelomar	**POESIA Y ESTETICA**
31.—José María Arguedas	**PAGINAS ESCOGIDAS**
32.—José Santos Chocano	**ANTOLOGIA POETICA**
33.—Anónimo	**OLLANTAY**
34.—Luis E. Valcárcel	**TEMPESTAD EN LOS ANDES**
35.—Luis E. Valcárcel	**RUTA CULTURAL DEL PERU**

Impreso en los Talleres Graficos de
EDITORIAL UNIVERSO S.A.
Av. Nicolás Arriola 2285
Telf. 241639 Apdo. 241
La Victoria
Lima- Perú